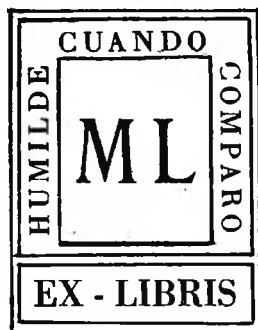


Album Guido y Spano





Carlos Guido y Spano

ALBUM GUIDO Y SPANO

PREPARADO CON OCASIÓN DE LAS FIESTAS

EN

HONOR DEL POETA

BUENOS AIRES

1895



CASA EDITORA

IMPRESA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE JACOBO PEUSER
Calle San Martín, esquina Cangallo

1895

ADVERTENCIAS

La necesidad de apresurar la impresión de este libro á fin de terminarla en el tiempo necesario, ha obligado á la Comisión encargada de prepararlo á prescindir de numerosos trabajos, recibidos unos y otros anunciados, reservándolos para incorporarlos al ALBUM que se formará con todos los originales y que será ofrecido al poeta como el más apropiado recuerdo de esta parte interesante de la Demostración efectuada en su honor. Otro tanto ha sucedido con multitud de adhesiones de dentro y fuera del país, á las que se dará el mismo destino.

No á otra causa deben atribuirse las omisiones correspondientes, — por lo que hay que disculparlas con la buena voluntad que todos han demostrado para coadyuvar al buen éxito de la manifestación.

Ha habido que eliminar también muchas composiciones, en prosa y verso, publicadas en épocas anteriores, tanto en el país como en el extranjero, no obstante el realce que habrían dado al libro, por la autoridad de sus autores y por la unanimidad que habrían demostrado en favor de la justicia del movimiento iniciado. Son tantas, que se hubiera necesitado varios volúmenes para contenerlas todas.

Se ha adoptado, para la colocación de los trabajos, el orden alfabético. Si algunos saliesen de él, será porque no han llegado en tiempo para el arreglo correspondiente.

La Comisión del ALBUM GUIDO Y SPANO agradece por igual todas las cooperaciones recibidas, sin olvidar la muy valiosa del retrato de Guido y Spano, obsequio del distinguido artista Eduardo Schiaffino.

La casa Peuser, editora del ALBUM, es acreedora á una especial mención por el interés desplegado para ejecutar el trabajo con la prontitud y el esmero requeridos y con el menor gasto posible para la Comisión.

La edición del ALBUM GUIDO Y SPANO es de mil doscientos ejemplares, los cuales serán puestos á la venta á diez pesos cada uno, para los gastos de la Demostración. No se hacen descuentos ni se pagan comisiones.

Se reciben y atienden las órdenes en la Casa Editora, San Martín y Cangallo, y en la Secretaría General de la Demostración, San Martín 336.

DEMOSTRACIÓN GUIDO Y SPANO

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente Honorario: Dr. Benjamín Zorrilla

Miguel Cané, Lorenzo Anadón, Adolfo E. Dávila, Calixto Oyuela, Silverio Domínguez, Rafael Obligado, Mariano de Vedia, Joaquín V. González, Carlos Vega Belgrano, Angel Della Valle, Carlos Gutiérrez, Luis V. Varela, Marco M. Avellaneda, Rubén Darío, J. J. García Velloso, Carlos M. Urien, Carlos F. Scotti, B. Mitre y Vedia, F. Villanova Sans, Leopolo Díaz, Domingo D. Martinto, Gregorio Uriarte, Victoriano E. Montes, Andrés E. Ferreyra, Gabriel Larsen del Castaño, Eduardo Schiaffino, J. Amadeo Baldrich.

JUNTA EJECUTIVA

Presidente: Dr. Luis V. Varela

Vice Presidente: Dr. Silverio Domínguez

Tesorero: Rafael Obligado

Pro Tesorero: Angel Della Valle

Vocales: Dr. Calixto Oyuela, Dr. Joaquín B. Gonzalez, Mariano de Vedia,
Jacobo Z. Berra.

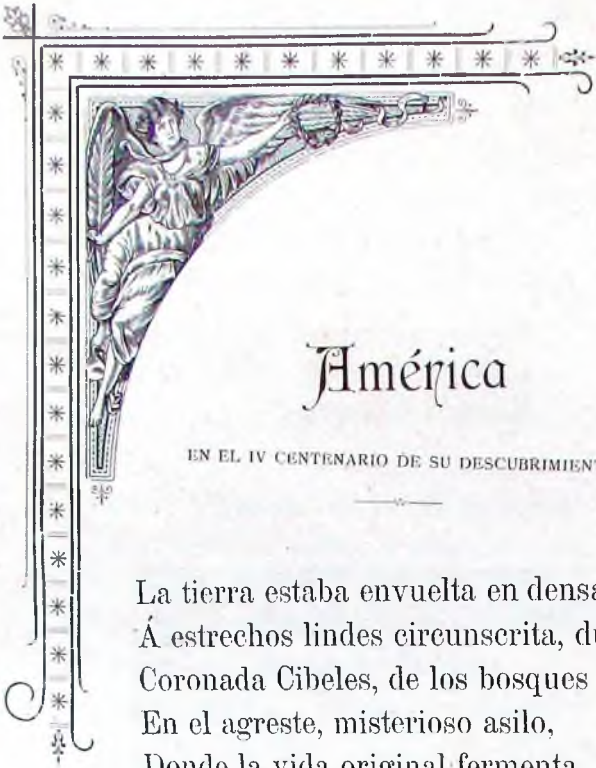
Secretario General: B. Mitre y Vedia

COMISIÓN DE RECURSOS

Presidente: Dr. Arturo Reynal O' Connor

Ricardo Lezica, Federico de la Barra, Eduardo Schiaffino, Rafael Hernández, Eduardo Ibarbalz, Angel Plaza Montero, Federico Tobal, Miguel E. Beccar, Carlos M. Urien, Juan M. de Vedia, Ernesto de la Cárcova, Eduardo Sivori, Emilio Gouchon.

NOTA — En justicia debiérase también consignar aquí los nombres de los señores miembros de las Comisiones Auxiliares de dentro y fuera de la Capital, que con tan loable celo han cooperado al mejor éxito de la Demostración, pero no habiendo sido posible formar la lista completa en tiempo para incluirla en el ALBUM, se ha preferido prescindir por ahora de toda publicación al respecto, á fin de evitar indebidas omisiones.



América

EN EL IV CENTENARIO DE SU DESCUBRIMIENTO

La tierra estaba envuelta en densa bruma.
Á estrechos lindes circunscrita, duerme,
Coronada Cibeles, de los bosques
En el agreste, misterioso asilo,
Donde la vida original fermenta.
Duerme, sueña. Suspensa en el espacio,
De sí misma ignorante, ciega gira,
Obediente á la ley que la da impulso.
Barrera formidable, el mar la ciñe.
Aislado el hombre, en la escabrosa playa
Contempla con pavor su inmensa furia.
¿Quién osará arrostrarla, entre huracanes
La soledad terrífica invadiendo?
Al océano ¿quién en noche horrenda
Irá á encender el faro del destino?
El primero que al ponto se aventura
Sobre el tronco de un arbol, ese ahuyenta,
Animoso, las sombras del abismo.



Le seguirá el salvaje en su canoa,
Y más tarde, la gente marinera
Cuyo coraje en el peligro acrece.
Dominado el temor, rota la valla
Del piélago, hasta entonce inaccesible;
Ved al piloto egipcio cual recorre,
De caña y junco en su bajel liviano,
De la Mar Eritrea el vasto seno,
Y el litoral del Asia en occidente.
Ved el barco fenicio, que despliega
Purpúreas velas, descubriendo á Chipre,
Rodas, Creta, las Cícladas famosas,
La pintoresca, la feraz Sicilia,
Y cual la costa intrépido circunda
Del África abrasada. Hannón, Himilcon,
Parten osadamente de Cartago:
Con el oro de Ofir cargan sus naves,
Que aguarda Tiro y que Sidón festeja.
Ya de Hélade el trireme zarpa en Colcos,
Cruzando de Tesalia al Ponto Euxino;
Ya las columnas de Hércules traspasa,
Y llega á visitar la gentil Gades.
¡Pues qué decir del *drake* escandinavo,
Águila audaz del septentrión! Las olas
Á su vista sublévanse iracundas;
Mas los hijos de Thor logran domarlas,
Y hacia los climas de la luz navegan.
El tiempo andando, emprende Marco Polo
Sus viajes romancescos. Lusitania
Á Neptuno arrebátale el tridente.
Servida de audacísimos marinos,



Les envía á explorar remotos mares,
« Antes nunca surcados, » que dijera
Camoens inmortal, cantando á Gama.
Pero faltaba el navegante ilustre,
La prez de Italia, el héroe de Liguria,
Para ensanchar los límites del globo.
Hoy se le ensalza en clásico certamen,
Y de Colón el nombre hasta el empireo
Se eleva en alas de flamantes odas.
Ellas dirán las penas, las angustias,
De que apuró el acíbar, cuando oscuro,
Cual alta nube en que se esconde el rayo,
De corte en corte procurara en balde
Apoyo á sus designios; dirán cómo,
Fallida la esperanza, opresa el alma,
España le acogió, dándole aliento
Con el aliento del valor antiguo.
Y tú también ¡oh lira! que en mis manos
Humildemente sueñas, tus acordes
Dedica á enaltecer nobles hazañas.
Del Nuevo-Mundo el padre inspire el canto
Consagrado á su obra, aunque enmudezca,
Luego, ya roto, el débil instrumento,
Que por honrarle disputé al olvido.
De una á otra edad debe inculcarse, ejemplo
Y severa lección; mísero, errante,
Sin ceder al rigor de la fortuna.
El que ha de ser asombro á las naciones,
Crée hallar la paz donde la paz habita:
En tus macizos, venerables muros,
Antiquísima Rábida, que ofreces



Blanda hospitalidad á quien la implora.
Pero su vida es el afán; se cumple
El fallo en él, del síno inexorable
Que al genio lleva á combatir. Proceden
Naturaleza y arte lentamente.
Piden magnos trabajos, magno esfuerzo.
No sin vivo tesón forjara un numen
Las fuertes armas y el broquel de Aquiles;
Ni creciera en un día el pino enhiesto
Que dió á Jason el mástil de su nave.
La emulación, la envidia, la ignorancia
So la púrpura ufana, al peregrino
En busca de amplitud, el paso estorban.
Nada en tanto le arredra, en Dios confía,
Cunde su inspiración, encuentra amigos,
Del regio alcázar el cancel golpea,
Y de constancia varonil, modelo,
Insta, discute, aclara, insiste, vence.

Repetirlo es honor, lauro, justicia:
Adivínanle un sabio y una reina;
Aquel, representando las virtudes
Que á la sombra florecen del santuario,
Iluminadas de fulgor celeste;
La reina, el temple de su clara stirpe,
La magnanimidad puesta en el solio.
¡Juan Pérez! ¡Isabel! Vosotros fuisteis,
Y tú, Fernando, vencedor del moro,
Al sublime argonauta firme amparo,
Y alentadores de su empresa ¡Oh gloria!



Hélo ya sobre el mar; en su navío
Flamea el estandarte de Castilla,
Que también enarbolan los Pinzones,
Á la inmortalidad poniendo el rumbo.
Embárcanse con ellos cien valientes
Españoles, la flor de la marina,
Hombres de hierro, atletas de la sombra,
De quienes fué nodriza la borrasca.
Cuando el anela levaron, que la costa
Dejan atrás, benditos de mil voces,
La prora hacia poniente, suelto el lino,
Rugió ensoberbecido el león ibero,
Las barras de Aragón se iluminaron.

¿Quién ignora la espléndida odisea?
Al polo el ecuador la preconiza,
Y cuéntanla de paso á la tormenta
Las olas del Atlántico espumantes.
Consígnese también en áureos versos,
Dignos del estro, si se alcanza á tanto,
Con que el bardo de Smyrna cantó á Ulises.
Triunfa Colón. El huésped refugiado
En un convento humilde ¡ha descubierto
América! que si otro la dió el nombre,
La fama ella le da, y el orbe aplaude.
¡Oh ensueño realizado! ¡Oh fausto día!
Las ibéricas naves encontraron
Un mundo, estrecho á su ambición ¡hosanna!
Allí está, sí, magnífica, opulenta,
La codiciada tierra: nuevos astros
Dan esplendor á su beldad salvaje.



Las fuentes de la vida en ella fluyen
Con murmullos de amor, frescas y puras.
¡Qué mente imaginó tal maravilla!
Es la creación primera aun inviolada:
Lujo, abundancia, plenitud: el campo
Del porvenir, á la esperanza abierto
De la oprimida humanidad. Sorprende
Cuanto los ojos ven: el hombre, el bruto,
La planta, el ave, la floresta, el río.
Medran como en Tadmor verdes palmeras
De elegancia oriental. Todo en contorno
Luz, colores, perfumes, armonía.
Ni describirse puede el delicioso
País, ni la sin par naturaleza,
Opima en frutos, virginal en gracia.
¡Suelo bendito del edén trasunto!
Templados aires, saludables aguas,
La esfera azul, las noches transparentes,
Con explosiones de carmín la aurora,
Y de gloriosa pompa el sol vestido.

¡Por qué no se ocultó, dejando á obscuras
El horror que á su lumbré afrenta fuera!
Al júbilo, á la paz, sucedió el llanto.
Vino la guerra infanda, la conquista,
La vil superstición, la muerte vino.
Las islas, las ubérrimas comarcas,
Apenas descubiertas, ya embestidas;
Del invasor extraño bajo el yugo,
A los vencidos son cárcel y tumba.
La invasión se dilata, enciende el odio,



Truena la tempestad, el rayo estalla.
Fatal y doloroso alumbramiento
De un siglo de combate, en que la fuerza
Devasta y crea á un tiempo, lo caduco
Sin cesar renovando prodigiosa,
Con el derecho en pertinaz conflicto.
De Motezuma el trono al polvo rueda,
Y unos pueblos perecen, mientras otros
En la opresión y el vilipendio gimen.
¿Qué de la herencia fué de Huayna-Cápac,
El peruviano emperador divino?
¿Qué de Atahualpa?... El humo de la hoguera
A su martirio pérfido encendida,
Ennegrece las cumbres de la historia.
¡Y esta ha de ver trofeos inmortales,
De honra á la vez y de crespón cubiertos!
Tended la vista: fusco el horizonte,
Campos de soledad, hondo silencio,
En donde fueron reinos florecientes.
¡Singular confusión! ¡Unida al brío
La fiereza! ¿Quién freno á las pasiones
Pondrá, si hierven en viriles pechos?
Son ellas como el mar; tranquilo—el cielo
En su cristal refleja; mas si el bóreas
Con ímpetu sañudo le embravece,
Brama, se enerespa, se desborda en ira,
La playa azota, la campiña inunda,
Y cuanto más avanza, más destruye.
En medio á tanto estrago, hasta Dios llega
Tu voz, virtuoso Casas. Al oírlo
Los ángeles sonrén, y las sombras



De los viejos caciques se levantan
Entre el osario de las tribus muertas,
Piedad para sus indios implorando.
¡Ah! si el grande ligur previsto hubiera
La esclavitud impuesta al Nuevo-Mundo,
Y el triste fin que le guardó la suerte,
Prefiriera estrellar antes su barco
Contra el primer escollo, á abrir las puertas
Por donde en pos del triunfo entrara el crimen,
De sabias leyes burlador impune.

A duro imperio fulminante espada...
Sin quitarse el arnés, altiva siempre,
Iberia expía, abriéndose las venas,
Su heroicidad terrible; queda exangüe,
Y ya ni embraza el diamantino escudo,
Ni el cetro de oro al universo impone.
Empero, del pasado entre las nieblas
La verdad resplandece. Si sus armas,
Por adalides épicos regidas,
La América, lidiando, sojuzgaron;
Diérala en cambio cuanto darla pudo:
Su fe, su lengua, su valor, su genio.
Lo atestiguan los pueblos esparcidos
Del mar Caribe al anchuroso Plata,
Que el primero Solís sureó esforzado.
La conquista arrogante eso responde
Á la posteridad si la interroga.
Dice además: «la que formé, cautiva,
Ora de vastas zonas soberana
Sobre el pavésalzada de los siglos,



Se redimió con sangre de mi sangre.
Y en sus fastos ostenta honrosos tímbrs.
Robustecida en el materno seno,
Tras larga pugna y lamentable ruina,
Con los escombros levantó ciudades,
De la riqueza colonial, emporio.
Mares, ríos, desiertos, cordilleras :
¿Qué paraje recóndito, qué yermo,
Dejó por explorar? ¿En cuál altura
No clavó su pendón, doquier las huellas
Fijando de sus pasos de gigante?
El suelo que sembrara la discordia
Con dientes de dragón, brotó guerreros ;
Luchó tenaz é indómito: fué libre.
Cumpliéronse felices vaticinios.
La amazona en sus selvas sorprendida,
Por siempre á ínclita raza vinculada,
Del Progreso triunfante es hoy la esposa.
Mirarla puede Europa sin recelo.
Pues que la tiende los robustos brazos,
Y la invita á sentarse en el banquete
De la fraternidad. « Yo soy », exclama,
« Predilecta del sol: brilla en mi frente
La luz del porvenir: llevo en mi seno
Las esperanzas del linaje humano.
Venid á mí, soy joven, soy hermosa.
Refrescad vuestra sangre en mis torrentes ».
Y el mundo acude, y de la madre España
Palpita el corazón bajo el acero
De la vieja armadura, al ver sus hijos
Perpetuando en el tiempo su grandeza.

Carlos Guido y Spano.



LA GUERRA EN AMÉRICA

“ La Paz sea con vosotros. ”

JESUCRISTO.

“ El mayor delito es excitar un pueblo
“ á la guerra. ”

BUDDA.

“ Si dos naciones caminan á la guerra,
“ ponedlas en paz: si alguno hace á otro
“ una sinrazón, combatid al injusto. ”

MAHOMA.

En la independencia de los pueblos americanos existe una sensible diferencia histórica.

Los descendientes de Inglaterra, al emanciparse de la Metrópoli, se conservaron unidos: los hijos de Portugal conservaron también su integridad lusitana. Sólo los descendientes de España se dividieron, se aislaron y formaron quince naciones distintas en América.

El dominio de los caudillos, el despotismo de los tiranos, las continuas guerras civiles, los odios y luchas internacionales entre hermanos de raza, el triunfo del individualismo, la relajación del principio de autoridad, la falsificación de los principios republicanos han sido hijos, en gran parte, del excesivo fraccionamiento de la emancipación hispano-americana.

California, Nuevo Méjico, Tejas, Misiones, el Norte del Río Apa, la margen derecha del Cuareim y la izquierda del Yaguarón, el Sud y Oriente del Orinoco, etc., son profundas heridas, lamentables desmembraciones, sensibles pérdidas para las hijas emancipadas del antiguo imperio ibérico. Su doloroso recuerdo debe pesar siempre en todos los estadistas, para impedir y arreglar pacíficamente las diferencias internacionales entre pueblos del mismo idioma.

La única gloria en la guerra es terminarla y el mayor mérito del gobernante y del publicista es evitarla.

Esperar una guerra sin males es tan absurdo como suponer una batalla sin víctimas.

Las guerras comienzan con la pluma en la prensa y terminan con la espada cubierta de sangre.

Los reyes necesitaron las guerras para perpetuar su dominio sobre los pueblos; las repúblicas necesitan de la paz para fomentar su progreso y mejorar la condición de sus hijos.

La guerra entre pueblos hermanos es un crimen, y sobre sus causantes debe caer entera la maldición de todas las madres y la reprobación de todos los pensadores.

En la merecida apoteosis al egregio Patriarca de la poesía americana-española Carlos Guido y Spano, cabe un idilio á la paz.

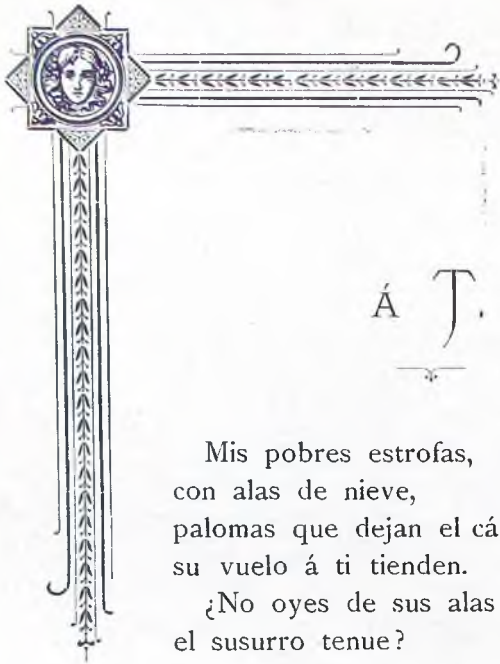
Que los ecos armoniosos de su potente lira le inspiren un canto sublime á la fraternidad americana.

Montevideo, Mayo de 1895.

Matías Alonso Criado,

De la Real Academia de la Historia.





Á J.

Mis pobres estrofas,
con alas de nieve,
palomas que dejan el cálido nido,
su vuelo á ti tienden.

¿No oyes de sus alas
el susurro tenue?

No es el abanico de nácar y encaje
que tu mano mueve,
ni de tu vestido
la seda crujiente
que roza su trama irisada, fúlgida
con tu cuerpo breve.

Tus ojos de Diosa
hacia el cielo vuelve
y en el azul diáfano, verás mis estrofas
veloces perderse.

¡Ah! de mi amor tímido
emblema inocente,
mis pobres estrofas, al sentirse vistas,
vuelan á esconderse.

Julián Aguirre.



CARLOS GUIDO Y SPANO

HÉROE DE PAYSANDÚ

También mi patria tiene derecho á reclamar una parte de la gloria que se le va á discernir por sus compatriotas al eminente vate argentino.

Y no me refiero á las bellísimas páginas que ha escrito Guido y Spano sobre hechos culminantes de la historia de mi país, en las que, con brillante y magistral estilo y palabra viril y entusiasta, como cuadra á los escritores de su talla, ha ensalzado las glorias de nuestros héroes y anatematizado á los tiranos que nos han azotado.

Tampoco me refiero á su generosa hospitalidad, ni á la exquisita cultura y hermoso desprendimiento, como cuadra á los caballeros de su ilustre alcurnia y noble abolengo, que ha usado con mis compatriotas en esta tierra hospitalaria, recibiendo y agasajándolos en su respetable mansión, en su bello y poético hogar, más que si fueran sus hermanos, como si fueran sus propios hijos.

A otro hecho me refiero. A otro hecho grandioso, en el cual tuvo él, Carlos Guido y Spano, el primer paladín de las musas en la República Argentina, el poeta de los idilios sentimentales, el ciudadano patriota y austero, una participación directa y entusiasta, abandonando hogar y posición, cruzando el anchuroso Plata y corriendo á enrolarse en las filas de los héroes y mártires de mi patria.

Terminaba el año 1864. Allá en la costa oriental del caudaloso río Uruguay, un pueblo valeroso, que jamás se humilló ante su enemigo, luchaba fieramente contra todo el formidable poder de un imperio de Sud América, que hacía esfuerzos sobrehumanos para rendirlo y sojuzgarlo.

¡Era Paysandú! La hermosa y coqueta ciudad que se mece al arrullo de las olas del Uruguay famoso, en medio de sus frondosos bosques y las hermosas colinas y praderas que la circundan. Paysandú, que quince mil hombres, cuarenta cañones y varios barcos de guerra ametrallaban sin cesar, por tierra y por agua; defendiéndola un puñado de valientes, que no alcanzaban á mil, y unos cuantos viejos cañones.

La lucha era á muerte. Ni unos ni otros combatientes cederían un palmo de sus posiciones, si no se les arrojaba por la fuerza. Leandro Gómez, el bravo adalid que mandaba la guarnición, había jurado morir antes que rendirse al pabellón extranjero, y los sitiadores ante aquella resistencia heroica se proponían por todos los medios rendir y tomar la ciudad.

Immensa era la emoción que se experimentaba por todas partes, aquí y allende el Plata, al tenerse noticia de aquel homérico combate.

Guido y Spano, corazón grande y generoso, que late al impulso de nobles emulaciones, entusiasmado hasta el frenesí á favor de la denodada guarnición, no titubeó un instante, y en un arranque sublime de honor y de patriotismo, esgrime la pluma primero, proclamando la gloria del héroe y enviándole nobles palabras de aliento; y corre luego á la lid acompañado de otros corazones generosos como el suyo; los Doctores Aurelio Palacios y Florencio Garrigós, á quienes invita y aceptan incontinenti la gloriosa aventura, embarcándose y cruzando animosos la distancia entre esta ciudad y la nueva Sagunto ó Zaragoza.

Desgraciadamente llegan tarde, debido á tropiezos prosaicos que tuvieron para embarcarse. Paysandú, cuyos defensores pelearon en su desesperación hasta con piedras, empleando fósforos á guisa de fulminantes que ya no tenían, había caído, al fin, en poder de sus sitiadores, los que sólo encontraron escombros y ruinas dentro de sus almenas. Y su denodado jefe, el defensor sin miedo de la independencia de mi patria, sufrió también entre los escombros muerte injusta, de ingrato recuerdo.

Guido y Spano llegó para presenciar la agonía y destrucción de aquel valiente pueblo, lo que le causó más entusiasmo por la causa que él creía santa; anatematizó el hecho y escribió con caracteres de fuego los últimos momentos de la heroica resistencia; ayudó á los heridos y menesterosos; regresó á Buenos Aires, donde contribuyó eficazmente para la suscripción que se inició á favor de sus hermanos en este generoso pueblo, y á los funerales suntuosos que se le hicieron á las víctimas del valor y el patriotismo; y luego, cuando cumplió con todos estos piadosos deberes, ofrecióse sin limitación al Gobierno de Montevideo, después de haber mantenido larga correspondencia con uno de sus ministros y haber combinado entre ambos un espléndido proyecto para terminar con la guerra — el que desgraciadamente, fracasó, — yendo entonces á aquella ciudad, en la que fué recibido con grandes demostraciones de cariño y se enroló voluntario en el batallón de guardias nacionales en que prestaba servicios la principal juventud montevidéana.

Desde aquel momento Guido y Spano es para nosotros nuestro compatriota, y si algún día tuviéramos la dicha de verlo en nuestra patria, todos los orientales, sin distinción de colores políticos, lo aclamaríamos gran ciudadano, glorificando su personalidad de patriota; nuestras bellas entretejerían mirtos y laureles para ceñir con guirnaldas sus hermosas sienes de poeta, y nuestras aves canoras, de doradas y brillantes plumas, que afluyen á nuestros bosques y mojan sus azulados picos en nuestros arroyos, entonarían himnos de alabanza con sus melodiosos gorjeos, de dulces trinos y cánticos suaves, en honor del cantor del sentimiento argentino, acompañadas del murmullo de nuestros montes, de las caricias de nuestras auras y del suave oleaje de nuestros ríos; pero mientras llega ese día venturoso, que ojalá llegara para mi patria, permitaseme que, interpretando débilmente los sentimientos de mis compatriotas, proclame á Carlos Guido y Spano, en el día de su glorificación, héroe inmortal, héroe de la inclita Paysandú.

Abdón Arózteguay.



El Poeta

¡Qué grande, qué hermosa es la pléyade de nuestros poetas!

Ellos, en todos los tiempos, en todas las edades, cantaron en bellísimas estrofas á las buenas, á las nobles pasiones humanas, á la sublime naturaleza, que tan pródiga ha sido de sus dones para con nosotros, y llenos de entusiasmo sincero, ferviente, llevaron su laúd al altar de la patria para cantar sus glorias inmortales.

En la lucha homérica enardecieron el espíritu de nuestras legiones con el canto épico, con el himno de los himnos y en las horas tristísimas del despotismo, cuando la libertad caía de su pedestal en la tierra argentina, ahogada en sangre, ellos, desde lo alto de la Nueva Troya, execraban al tirano, maldecían su obra sacrílega, reanimaban al débil y al oprimido. Bardos errantes, fugitivos, lloraban el desastre de la patria, predecían la victoria final del derecho y de la justicia y señalaban el camino del regreso al hogar, para continuar en él la obra de progreso que iniciaron los fundadores de nuestra nacionalidad.

Y cuando la tiranía cayó vencida para siempre, llenos de santo entusiasmo entonaron cánticos á la deidad que volvía recobrar su augusto imperio, vigorizando la tarea de rehacer lo que la barbarie había destruído.

¡Cuán grande, cuán bella es la pléyade de los poetas!

Los recordamos siempre. Conservamos en la mente el nombre de los que ya se han ido: en nuestro corazón argentino tienen un altar: son los sacerdotes de la patria.

Y cuando los vates que nos acompañan en la vida hacen oír sus nobles acentos, les saludamos con placer y con respeto.

¡Qué extraño que el sentimiento se incline unánime ante *El Poeta* que en la época presente lleva en sus manos el arpa perdida, siempre rica en armonías inefables!

Lo extraño sería que no le honráramos cual lo tiene merecido, y en él á su arte divino, — el de las grandes inspiraciones en la buena como en la mala fortuna.

Maria Isabel Abeleyra

Villa Devoto.





La vejez de Venus

Lloren los vientos en tus diáfanos tules,
Las brisas giman en tus hondos barrancos,
¡Oh mar de Jonia, de las aguas azules!
¡Oh Paros, cuna de los mármoles blancos!

*
* *

Venus la Olímpica, la inmortal de Citeres,
La que perdiase en las sombras del monte,
Cuando llamábala á los blandos placeres
Entre las rosas el cantar de Anacreonte.

*
* *

Ya disipados sus antiguos amores
Como las brisas inconstantes y leves,
Jóvenes busca de su gracia cantores,
Suelto el cabello del color de las nieves.

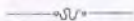
*
* *

Amó de joven á los viejos poetas,
Ciñó sus frentes de jazmines y nardos,
Y en el ocaso, cual rival de sus nietas,
Habla de amores á los núbiles bardos.

Victor Arreguine.



ADMIRACIÓN



¿Qué mágico impulso, qué poder sobrehumano, ha podido mover de tal modo las voluntades?

¿Cuál es la causa irresistible que ha reunido á todos los espíritus en torno de una idea?

¡La figura majestuosa de un poeta. Los acordes melódicos de su lira. La fecundidad de su numen!

A despecho de la despreocupación de nuestro siglo, á pesar del mercantilismo imperante, vemos que se destaca, cual fulgurante rayo de la celeste bóveda, la simpática personalidad del patriarcal cultor de la gaya ciencia.

Se le rinde admiración, se le tributan honores y se le aplaude sin reservas, por su modestia incuestionable, su bondad sin límites y su preclaro ingenio.

Mas ¿quién es ese sér privilegiado ante quien se inclinan todos respetuosamente?

Es el cantor de las glorias patrias, el heraldo de sus victorias, el del alto pensar y el decir galano, Carlos Guido y Spano.

Reciba el autor de *Ráfagas* un laurel más para la gloriosa corona que le otorgan sus hermanos y admiradores.

Hipólito García de Andoin.



El último censo ha confirmado oficialmente lo que ya sabíamos por nuestros estadígrafos: que la segunda ciudad latina y la primera de habla española es Buenos Aires. Vecinos amables nos han comparado por esta causa con Pekín... ¡Lástima grande que estén allá tan lejos los antípodas para acomodarnos al modelo!

Otros, en cambio, afirman que Buenos Aires hará las veces de París y ha de ser pronto un nuevo Londres, hablando de Sud-América, se entiende; por nuestra parte, limitémonos á verla convertirse en capital de nuestra lengua.

Y que la susceptibilidad de los peninsulares no se alarme: ninguna idea mezquina ó desdeñosa para su legítimo amor propio envuelve la enunciación de este pronóstico. España ha de seguir vinculada á estas regiones con lazos más fuertes cada día; sus virtudes y sus defectos nos han de ser comunes, con las modalidades que el medio y los tiempos determinan: su heroico espíritu resurgirá en nosotros con la altivez originaria, pero así mismo, las letras españolas van á tener aquí su florescencia.

Entre otras causas, por la exuberancia y el vigor de la producción francesa, el arte literario en las dos penínsulas de raza latina no brilla con la luz propia del genio nacional. Fuera de la prensa, el teatro y alguna otra manifestación parcial, los escritores de ambos pueblos no viven de sus obras: producen como artistas, sin estímulo; que no es por la fortuna si llegan á la gloria.

Es presumible así que á no variar sensiblemente las condiciones del arte español, en veinte ó treinta años más, con sus dos millones de habitantes, Buenos Aires tendrá el cetro del movimiento intelectual, y los mismos literatos de la madre patria escribirán aquí sus libros, en vez de seguir enriqueciendo con su reproducción ó los Lajouane del día.

Cuando en esto se piensa, recordando que en la próxima centuria nuestra lengua compartirá el dominio del mundo con la inglesa, resulta un poco extraño el patriotismo de quienes desearían fabricarnos un idioma flamante cuyas leyes dictaran las generaciones por venir... .

Gracias que va á dar cuenta de esas quimeras el progreso, consagrando la apoteosis final de Carlos Guido, que para nuestros hijos será grande porque enseñó el primero la forma castellana.

Lorenzo Anadón.



La Musa de Guido y Spano

¿Qué arpegios sublimes se escuchan á lo lejos, del lado de la fócide?

Es el coro de voces armoniosas de las musas argentinas que cantan «gloria», mientras con sus afligranados dedos de marfil y rosa tejen coronas de pétalos purpúreos y verdes laureles, para nimbar la excelsa cabeza del poeta; la cabeza artística florecida de blanco, que es luminar de ideas.

El delicioso enjambre con acendrado amor rodea á la dulce compañera, la que es la amada del poeta; esa hermosa como Ruth, tierna y melancólica como Nenia. ¡Qué hermosa, la mujer de ojos turquíes y labios de cinabrio, con su blanco y diáfano *tipoy*, como tejido por Ariadna con los puros rayos de esa luna impregnada de los cálidos misterios nupciales del Olimpo!

Ella es la que le brinda en el hoyuelado hueco de su manecita blanca, las cristalinas aguas de las fuentes samaritanas; ella, la que le filtra entre sus labios, con los suyos rojos, el dulzor de las mieles libadas en las faldas del Hybla y del Hymeto; ella, la que le desliza, sutil, al oído, la música azulada de las ondas jónicas; ella, la que le ha hecho sorprender en el baño de onda azul y cristalina, á la rubia Myrta, temblorosa de pudor, desflocando sus rizos escarchados; ella, la que esculpe con el cincel de Fidias, el busto de sus mujeres, en los mármoles del Pentélico; es ella la que deshoja, como Ofelia, las flores de sus versos.

Está fresca y lozana como en los días de su juventud radiosa, la encantadora desposada del arte; de sus ojos emergen relampagueos de cambiantes opalinos que envuelven en velos de luz, los ensueños purpúreos, los recuerdos azules, abriantando las ilusiones; de sus labios en flor, mana un vaho carmíneo, de perfume cálido que enciende el amor, y el ambiente que la circunda se puebla de sonrisas rumorosas, de música de besos, de fragancias, luces y melodías celestes.

No ha sufrido el íntimo martirio de los dolores infinitos, y apenas si la sombra de un recuerdo, vagando triste por sus sienes pálidas, ha esfumado el rosa tenue de sus tersas mejillas.

Hoy, la musa de los artísticos primores tiene encendida la faz por la pudibunda luz de la modestia, es día de fiestas, y sus compañeras, las gentiles musas argentinas, visten de albo traje, en su honor.

Cuando algún día esa musa, pliegue pálida sus esmaltadas alas, cuando el alma de su amado poeta, herida por la nostalgia de los eternos mundos azules, haya tendido hacia allí sus alas nítidas, entonces, oh! mudas de dolor sus amantes compañeras, verterán á raudales las perlas de sus candentes lágrimas, y un denso crespón negro habrá caído como paño mortuorio, cubriendo de luto para siempre la lira nacional.

M. J. Astrada.

Córdoba.



CLUB BERNARDO P. BERRO

Montevideo, Mayo 1º de 1895.

*Señor Presidente de la Junta Ejecutiva de la « Demostración
á Carlos Guido y Spano » Dr. Luis V. Varela.*

Buenos Aires.

Señor Presidente:

La Junta Directiva del Club « Bernardo P. Berro », que tengo el honor de presidir, en sesión de fecha de ayer, ha resuelto adherirse á la simpática idea iniciada por Vds., nombrando al Doctor Jacobo Z. Berra para que la represente.

El esclarecido poeta Carlos Guido y Spano, á quien tuvo el que firma el gusto de conocer en 1865 entre los defensores de esta ciudad, siempre ha demostrado su predilección por los orientales en sus patrióticas estrofas ó acompañándonos personal y generosamente en los momentos solemnes de peligro para las libertades patrias.

Hoy que sus compatriotas los argentinos, nuestros hermanos en hazañas y tradiciones, tratan de honrarle, no podemos los orientales afiliados al Partido Nacional, cuyas desgracias identificadas á las de la Patria, él glorificó en cantos inmortales, mostrarnos indiferentes á tan levantado propósito, por lo que, este centro político, que reúne en su seno á una gran parte de la juventud montevideana, entusiasta siempre por toda idea noble y generosa, ofrece su humilde contingente en homenaje á los relevantes méritos personales, literarios y políticos de aquel distinguido ciudadano.

Saluda á Vd., muy atentamente.

Arturo Salem,

Pro-Secretario.

Manuel R. Alonso,

Presidente.



ACADEMIA ESPAÑOLA



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



A propuesta de los Excmos. señores Conde de Cheste y Vicente Barrantes y del que suscribe, la Real Academia Española nombró á V. S. en junta celebrada anoche, mediante votación secreta y unánime, individuo de esta corporación en la clase de Correspondiente Extranjero, dando así testimonio de apreciar justamente los conocimientos de V. S. en lengüística y letras humanas.

Tengo á honra y dicha comunicárselo á V. S. para su satisfacción, remitiéndole al propio tiempo el diploma del expresado cargo.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Madrid, 8 de Noviembre de 1889

Manuel Tamayo y Baus,
Secretario.

Señor D. Carlos Guido y Spano.



ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

— 3 —

Buenos Aires, Marzo 2 de 1895.

*Señor Presidente de la Junta Ejecutiva de la Demostración
Guido y Spano, Dr. Luis V. Varela.*

DISTINGUIDO SEÑOR:

Los que suscriben, empleados del Archivo General de la Nación, amigos personales y antiguos subalternos del distinguido ciudadano Sr. Carlos Guido y Spano, ex-director de esta repartición á que dedicó veinte años su inteligente y asidua contracción, tienen el honor de dirigirse al señor Presidente de la Comisión encargada de los trabajos preparatorios para la demostración de simpatía que se proyecta en honor del ilustre poeta, expresándole su ilimitada adhesión á la noble y justiciera idea de rendir merecido homenaje de amor y respeto al compatriota que, aparte de sus acreditadísimos méritos particulares, encarna en su apellido histórico, tradición de ejemplar civismo.

Saludan al señor Presidente atentamente

AGUSTÍN PARDO.

JOSÉ J. BIEDMA.

DOMINGO L. BARÓ.

C. A. PALACIOS.

AUGUSTO MALLIÉ.

CARLOS VILLARINO.



LIBERTADORES

(EN EL ALBUM DE UN AMIGO)



ODA fuerza consciente se subleva
Ante el déspota cruel. El patriotismo
A los extremos de la lucha lleva
Para arrancar la vida al despotismo.

Cada hombre libre de conciencia altiva,
Es punto resistente en la batalla,
Y en el fragor de la contienda viva
Ó vence el hombre, ó triunfa la canalla.
Pero el héroe allá va! Su sangre ha dado
Por recobrar la libertad perdida;
Y aun nublada su estrella de soldado,
Brilla siempre el honor de la partida.

¿Mas, qué ingrata esa lucha silenciosa
Donde el laurel es siempre del tirano,
Y en que el héroe de sangre belicosa,
Forjando las cadenas con su mano,
Sin gloria y sin honor cual pobre insano,
Se rinde al despotismo de una hermosa?

A. Bachini.



Carlos Guido y Spano

La recompensa que los pueblos tributan á los hombres que han consagrado toda su vida al servicio de la patria y han estado perpetuamente ligados á sus grandezas y desastres, no teniendo más aspiración que el amor constante de su culto, es digna de que todos la celebren, la aplaudan y secunden.

Por esto, como argentino, me asocio de todo corazón á los que, inspirados por sentimiento de alto patriotismo, persiguen la noble idea de tributar un justo y digno homenaje al gran poeta, que constituye hoy el orgullo de la patria, y es gloria de las letras argentinas.

Si algún ciudadano merece este honor, y se ha hecho acreedor á esta alta distinción de sus compatriotas, es, sin duda alguna, Carlos Guido y Spano; y el coronar sus largos méritos es un acto de estricta y severa justicia, que se impone como un deber sagrado en la conciencia de cuantos admiran y reconocen la sublimidad de su talento y la superioridad de su ingenio.

Su figura venerable, rodeada por una aureola constante de majestad, que le hace aparecer como los celebrados poetas de la Grecia, llena de sublime grandeza, inspira ese sentimiento de respetuoso cariño que sólo alcanzan y merecen los que han pasado, como Guido, por el oscuro sendero de la vida dejando tras de sí, brillante estela, que los tiempos y los años jamás borran.

Aquella cabeza, ya coronada por la nieve de los años, que encierra una inteligencia privilegiada, bella y pensadora y de la cual han brotado tantas inspiraciones impregnadas de la grandeza de su alma, impone veneración, y despierta esa fuerte simpatía que atrae y cautiva dulcemente á cuantos la contemplan, y que es como el privilegio concedido exclusivamente por la naturaleza á los espíritus elevados, y únicamente reservado á las inteligencias esclarecidas.

Por esto Guido y Spano, en la tarde de la vida, aunque siempre fuerte y lozano, lleno de fecunda inspiración en la perpetua juventud del pensamiento, es siempre el amado del pueblo, que hoy quiere significarle espontáneamente su reconocida simpatía.

Justo es, pues, entonces, que depositemos todos nuestra ofrenda, perfumada por el cariño, sobre el altar común, y paguemos la deuda que tenemos contraída con el inspirado Vate, haciendo más dulce y tranquilo el ocaso de su existencia, firmes en el noble empeño de ceñir su frente con la corona que consagran los pueblos cultos, como merecida recompensa, al talento: á la ilustración, á la virtud.

Fray Modesto Becco.



El Poema de un Mundo

La poesía futura del Nuevo Mundo se vislumbra...

Mejor dicho, el nuevo mundo tendrá su Homero, más grande que el griego, porque es más vasto, porque es único el cuadro en la vida de la humanidad.

Esta nueva Iliada bien podría dividirse en cuatro cantos que comprenderían:

La época precolonial.

La de la conquista.

La de la emancipación.

La época actual ó futura (mejor dicho) tomando como punto de partida cualquier momento de nuestra vida contemporánea.

Las tres primeras han recorrido su órbita; y cada uno puede, por consiguiente, discurrir sobre las escenas, los personajes, los acontecimientos que resurgirán á la evocación del genio.

Por mucho que limitemos el horizonte de la visión, si hemos de juzgar desechando las sugerencias de la imaginación, con el criterio filosófico que induce de los hechos futuros, el espíritu queda perplejo ante la magnitud de la interrogación que abarca la cuarta época ¿Qué será de esta América?

¿Qué razas llenarán sus desiertos?

¿Qué dogmas, qué nuevas revelaciones, qué ideales, qué pasiones agitarán su alma?

¿Se cumplirá la profecía de Sarmiento? Ese ideal que muere del mundo moral de Cristo ¿renacerá en su seno? Se realizarán aquí las aspiraciones de la humanidad hacia un destino mejor que saluda, con fe incontrastable, el esclavo moderno al subir al patíbulo? ¿Resucitará la edad de oro?...

Sucedá lo que quiera, vendrá el día en que esta cuarta época termine su rotación.

Y entonces, si Homero es un conjunto de rapsodias, los venideros saborearán algunas de las estrofas de Luca, de Hidalgo, de Domínguez, de Guido, de Echeverría, de Andrade, de Obligado.

Y si caben dentro de un cerebro todas las facultades excelsas que se requieren para cantar esas cuatro épocas del nuevo mundo, Echeverría, Guido, Andrade, Obligado y los que sigan esculpiendo en la estrofa ó en la prosa, como Sarmiento, Zeballos, González, las escenas ó las costumbres de América, ó la evolución humana de que es teatro desde la aparición del hombre salvaje hasta el advenimiento del tipo armónico en que se han de fundir las diversas cualidades específicas de las nacionalidades y de las razas que acampan en América, todos ellos, poetas ó escritores, como magos, como precursores, vivirán en la posteridad á la diestra de aquel inmortal poeta presentido.

¡Lástima grande que el vate, á quien saludamos, no diera, en su molde griego, más expansión al alma de la agreste América!

Lástima grande que en la lira del poeta apenas se sienta un eco de esta poesía imperecedera en las notas dolientes de Nenia; pero ese solo eco tiene tan poderosa intensidad que atravesará los tiempos y los espacios para hacerse oír de los venideros más remotos, llenando de melancolía y de emoción el alma humana: — lo que basta para la inmortalidad del nombre de Guido y Spano.

Pedro Bourcl.



EL MAR

¡Qué hermoso es el mar cuando en calma retrata el límpido azul del cielo y refleja los dorados rayos del sol!

¡Qué imponente cuando las embravecidas olas, azotadas por el huracán, se yerguen formando montes de espuma, chocan violentamente en el casco del buque que á su merced flota, y van á estrellarse en las rocas de la playa!

¡Ser y no ser! ¡La placidez de la vida y la turbación de la muerte!... ¡El mundo y el caos!

¡Todo y nada!

El suave murmullo de las olas, apenas besadas por el céfiro, convida á la contemplación, al éxtasis; el indescriptible ruido del mar alborotado, invita á pensar en Dios.

Todo es grande y todo es pequeño en pleno Océano.

El espacio: infinito; el buque: un punto en el espacio. El cielo: inmenso; el hombre: un átomo imperceptible. El mar: grandioso; las preocupaciones de la vida: mezquindades. El abismo: incommensurable; la esperanza: limitada.

¡Lo infinito y lo finito! ¡El espíritu y la materia! ¡Dios y la Naturaleza!

¡Qué contraste: cuánta verdad y cuánta fantasía!

Como el mar es bello, satisface la inteligencia, produce en el alma inefable placer y aviva los sentidos, porque fomenta el deseo.

Belleza finita y relativa la del mar en calma, porque la concibe, la siente el hombre; belleza infinita y absoluta la del mar embravecido, porque sólo existe en Dios.

Este es el efecto moral de lo bello: despertar en el sér humano un deseo placentero, vago, de algo muy superior á lo creado, y elevar el alma al manantial divino de toda perfección.

Cuando *Mugen las olas* y *silba el viento* (1) — y *Lejos resuena la tempestad* (2) — al placer de lo bello acompaña dulce melancolía y el misterio religioso que impulsa los latidos de nuestro corazón. Entonces el placer estético es sublime, impresión que nunca recibimos al contemplar la mar en calma.

La estética, rama de la filosofía más que de la literatura, permite el análisis filosófico de lo bello é incita á pensar en lo verdadero; invita á establecer la conformidad del pensamiento con su objeto: *Conformitas notionis cum objecto*, enlazando ideas cuyos objetos se presentan en la naturaleza enlazados, ó «separa ideas cuyos objetos están naturalmente separados». (3)

La verdad es la cualidad más importante del pensamiento; la fantasía es la exaltación del sentimiento de lo bello y depura y agrupa armónicamente los diversos elementos de la belleza real.

¡Cuánta filosofía hay en la lucha de las olas!

A su compás se agitan las pasiones, la duda, y una remota creencia que se aproxima á medida que avanza el peligro. Murmuran entonces nuestros trémulos labios oraciones y plegarias, y todo se espera de la bondad divina, de la celestial clemencia; no se piensa más que en Dios, después de admirar su grandeza, su inmenso poder, por nadie ni por nada avasallado.

«Sucede con frecuencia que lo grave, lo significativo, lo que hace meditar á un hombre pensador, — dice el filósofo Balmes, — no son ni los resultados de una disputa, ni las razones que en ella se aducen, sino la existencia de la misma disputa»; de igual manera lo que eleva el alma á Dios en medio del Océano, cuando el huracán agita las olas, no es ni la explicación científica del fenómeno, ni el resultado de la tormenta, sino la tormenta misma, que tiene gran semejanza con las tormentas del alma.

Hay en todo esto un misterio que seduce, que encanta; en la misma duda hay algo sublime que nos atrae y nos cautiva: es la inspiración filosófica que concentra al sér humano y contribuye á engrandecerle llevándole á elevada contemplación en el santuario de su alma.

Le engrandece porque le despoja de los sentimientos materiales, le predice un destino é idealiza sus pensamientos.

¿Qué es el mar, qué es el cielo, qué es el espacio, qué es Dios? Son las interrogaciones del espíritu cuando el hombre flota en un casco de acero ó de madera sobre las aguas al desigual compás de la ola y al impulso irregular de los vientos que originan la tempestad.

Nuestra materia se reduce á ceniza, — *Pulvis eris et in pulveris reverteris*, — ya lo sabemos; pero nuestro espíritu ¿á dónde va?

He aquí también el gran punto de la filosofía, y de nuevo volvemos al eterno problema de lo grande y de lo pequeño al comparar lo sublime del espíritu que flota en el éter, con la insignificancia de la materia que queda en la tierra, y evoluciona y se transforma, pero que no siente, ni piensa, ni quiere, que, en suma, es *nada*.

El pájaro que canta ¿sabe que encanta? ¿Conocen las flores su perfume, acaso? La piedra que rueda en el vacío ¿tiene, por ventura, conciencia del camino que recorre? ¿sabe á dónde va? Esta es la materia.

En el sér humano aprisiona el espíritu, que es la inteligencia; por esto el hombre que posee este don, es un *algo* superior á las otras especies creadas, y la inteligencia, el espíritu, son la fuente de la filosofía cuyo manantial inagotable es Dios, del cual la imagen se nos presenta viva en los momentos de suprema angustia, en los actos grandiosos, cuando las miserias de la vida se olvidan, y no se piensa más que en lo eterno, en lo sublime.

Y ¿qué acerca más el hombre á Dios: la tempestad ó la calma? La tempestad ¿no es cierto?

Pues en el choque violento de las olas y los vientos, que no da tiempo á pensar en la materia, y no en la mar en calma, residen la belleza suma, la estética y la filosofía.

Resendo Ballesteros de la Torre.

(1) Doña Paz de Borbón. — (2) Id. id. — (3) Don José Coll y Vehí.



UN ROMANCE ARCAICO

Se me limita el espacio á una página en ocasión que quisiera disponer de muchas, y así es que, ciñéndome á las instrucciones recibidas, contribuiré modestamente con el más breve de los romances viejos de que dispongo.

Estos son varios y muy antiguos: tan solo del Cid tengo diez y ocho largos romances legítimos, anteriores en dos siglos, al menos, á los más viejos hoy conocidos.

Como los viajeros que visitan las ruinas célebres y lloran sobre ellas y después las describen emocionados, así los críticos, españoles y extranjeros, contemplan con ojos humedecidos las ruinas imponentes de los primitivos poemas castellanos y discurren doctamente sobre ellos; pero sin penetrar en su interior, sin detenerse á practicar excavaciones, á veces tan de provecho como laboriosas. Humilde obrero armado de gran paciencia, tomé la piqueta y la pala para explorar aquellas ruinas, y cúpome en suerte desentrañar del polvo de los siglos no pocas preciosidades literarias resucitadas á nueva vida, y entre ellas primorosas formas trovadorescas del siglo XIV, y romances antiquísimos, al parecer de los primeros que fueron escritos en nuestra lengua.

Los romances existentes en su mayoría son del siglo XVI. Los del siglo XV ó de más atrás, al rodar de boca en boca y de generación en generación, fueron modernizándose constantemente y sufriendo alteraciones sucesivas, de modo que poquísimos quedan hoy en su genuina forma. En la segunda mitad del siglo XVI, se explotaron las antiguas crónicas en busca de argumentos, y apareció un nuevo linaje de romances viejos: en ellos el lenguaje aparentaba un cierto aire arcaico, que no decía con el gusto, ideas y espíritu de entonces. En suma, puede decirse que no hay romances castellanos primitivos, ni verdaderamente viejos: no los hay legítimos y puros de más allá del siglo XV, y, si en verdad los hay, serán poquísimos.

Los que yo he tenido la suerte de exhumar, retocándolos en seguida levemente para restaurarlos de la injuria del tiempo, creo que deben atribuirse á los albores del siglo XIII ó á las postrimerias del XII, si es que no son anteriores á los mismos *Cantares de gesta*, los cuales están fundados, según se piensa, en romances populares, arcaicos un tiempo de las tradiciones históricas de España. Los sabios dirán más tarde, si estos que hallé son ó no de aquellos primeros romances, llorados por perdidos. Ello es que tienen el mismo carácter de los poemas heroicos tanto que sólo se diferencian en el metro, como que se cantaban con distinta tonada, la del verso de gesta y la del pie del romance, la del alejandrino de 14 sílabas y la del «*versete de viejo rimar*», como llamaba el canciller Pero López de Ayala al octosílabo doble.

El que hoy saco á luz, no es de esos romances legendarios que acaso sirvieron de antecedente al *Poema del Cid*, sino uno de los históricos; y, ya que el espacio me escasea, no daré más explicaciones, dejando á los eruditos de esta tierra feliz, el trabajo y el placer de fijar su origen, su data y su mérito. En España no se le conoce
«¡Helo, helo por do viene!».

DON FAVILA

Sen señor fucó la tierra	Corriendo la montería,
Quando morrió don Pelayo,	Un Orso fosco fallaron:
Plañen-le mucho sos omes;	Erguyose en sos tras-patas
En Cangas lo soterraron,	Qu'era paíra miralo:
Ovo fió don Favila;	D'aluén gritan los monteros,
Este heredole el regnado;	Los canes le dan baladros,
Assaz moço es don Favila,	Una gran boz dava el Orso,
E mal quisto por furanno.	E don Favila esforcjado
Salió atanto caçador	Le arremete coraíoso,
Que non cogie el poblado:	La su cochilla en la mano.
Enpós alimañas fieras,	[Entre los brazos fornudos]
En la man diestra el venablo,	Mal lo a la bestia travado,
Metic-se por el monte,	La color gele mudava,
De la su cort olvidado.	Los vucosos le ha quebranta-
Tañendo alharas voceras	[dos,
Por yermos e por sembrados]	Sangre por su buoca exite,
Hy-ban ventores e peones	Sangre enbermeja sus paños,
En çaga del su cavallo.	Esmarrido est don Favila:
	El oso al Rrey a matado.

CORRECCIONES PRINCIPALES

[Contral su pecho trefudo]
— Mirálo por miral-lo, miralto
— Mal quisto, por non quisto
[Por los yermos e sembrados]
— Enbermeja por enbermeia
— ¿Qu' era paíra, ó, qu' es a paíra?

GLOSARIO

- *A*, ha; *alhiara*, cuerna, trompa rústica de cuerno; *aluén*, lejos; *assaz*, bastante (*assez*, en francés).
— *Baladros*, ladrillos; *ban*, van; *baz*, voz; *buoca*, boca.
— *En çaga*, en zaga, á la siga, en pos de: *enbermeja*, embermeja, enrojece; *erguyose*, irguióse; *esmarrido*, ó *marrido*, alligido, perdido. (*smarrito* en italiano); *est*, es ó está; *el*, *e*, *y*; *exite*, ó *xic*, salía.
— *Fallaron* ó *falaron*, hallaron, encontraron; *fucó*, quedó; *fosco*, hosco, fornudo ó fornido. (Se dijo, *entendido*, *tenudo*, *abaludo*, *venzudo*, por entendido, temido, abatido, vencido, como hoy sanudo, forzado, membrudo, etc. Por analogía debió decirse *fornudo*; mas, no me consta. Por otra parte *fornido* significaba guarnecido, provisto, (*fourni*, en francés), y no fuerte y musculoso; *furanno*, *hóraño*, hurano, que acaso viene de *foranco*, *forastero*, de otro *foro* ó de otro *fuero*; *forano*, de puertas afuera.
— *Gela*, se la; *gridan*, gritan.
— *Hy*, ó *y*, allí.
— *Obldado*, olvidado; *orso*, oso; *ovo*, hubo ó tuvo.
— *Paños*, ropas; *paíra*, pavora, de *paór*, pavor; miedo.
— *Soterraron*, enterraron; *sen*, *sin*, *senes*, *sens*, *sines*, *sin*.
— *Trefudo*, fornido, membrudo.
— *Ventores*, perros de caza que olfatean al viento, rastreadores: *vucosos*, antes *ossos*, huesos.

ORTOFONOGRAFÍA

Regno, se leía *r eno*, (gn=ñ, como en francés).
Furanno, se pronunciaba con sonido de *n*, aun cuando se escribía *furaino*, y así también *paño*: y *senior*. La tilde sobre la *n*, sólo significaba en este caso duplicación de esa letra. Mucho más tarde el signo ñ = nn, fué una nueva letra con el sonido que hoy tiene, ñ = gn.
Filio, *fio*, *fjo*, *hijo*, son formas sucesivas, como *égo*, *co*, *io*, *jo*, *yo*. La *j* (i larga) tuvo valor de *i* acentuada y en ciertos casos reemplaza á la *i*, y se leía *i* como en *Basijeda* ó *Babieca* como se encuentra en la *Crónica Rimada*. Cuando *jo* se convirtió en *yo*, la *y* valió por *ii*, como en el francés (*voysons = voi-ion*; *soyez = soi-iez*).
Lo mismo sonaron *consejo* y *consejo*, y después *consejo* se leía *conseio*. *Erguyose = ergui-iose*; *enbermeja = enbermeia*, embermeja; *coraíoso*, corai-ioso, corajoso ó corajudo. Si nos fijamos en que *erguyose*, *ergutioso* y *erguijose* sonaban lo mismo tendremos ii = i j = y. Aquí la equivalencia fónica puede provenir de la escritura, pues los dos signos *i j* é *y* se asemejan grandemente, y pudo tomarse el uno por el otro, como ha ocurrido con la *n* y la *v*, confundidas tanto tiempo en una.

Otro tanto puede haber sucedido con la *ll*; escrita más corta la primera *l*, pareció *el*, y se leyó *Castiella*, *manciella*, *cochiella*, (como se ve en una copla de las *Querellas*), por *Castilla*, *manucilla*, *cochilla*.

La *l* doble no era la *ll* (elle) de hoy: se leía *cochil-la*, *caval-lo*, *caval-lero*, *caval-lier*, *castel*, *castiel*, *castel-lo*, castillo.

Man, *cort*, es la forma primitiva de los vocablos castellanos, que eran agudos como los catalanes y los franceses. Después se les agregó a vocal eufónica que los hizo graves, *mano*, *corte*; pero, por mucho tiempo se les solía usar en su forma primera, sobre todo en verso. Leo en el *Romancero*.

A su <i>man</i> derecha tiene	Fablóm' en algarabía
A sus hijos todos cuatro	Como aquel que bien la sab.
Y tiene á su cabecera	«Abrame la puerta, mora,
Arzobispos y perlados.	Si Allhá te curie de mal».

Rrey, la *rr* inicial se acostumbraba y también la *ff*, que ahora no se usa. La *h* se ponía ó se quitaba casi á la voluntad, y la *b* y la *v* se confundían, sin más que la extraña regla de no repetirlos ó de alternarlos en un mismo vocablo; así se decía *bever* y *bevir* ó *vebir* por beber y vivir.

La morfología de esta época es sin ninguna fijez; todo vacila y cambia, y así no es nada extraño encontrar en una misma página ó en la misma copla, una ó más palabras repetidas bajo diversas formas, ó las mismas con diferente ortografía.

E. de la Barra.

De la Real Academia Española.

A orillas del Paraná.

CARLOS GUIDO Y SPANO

Es la encarnación viviente de la poesía en nuestro país, el *último vate*, en el sentido de los tiempos antiguos, el defensor acérrimo del Arte en sus manifestaciones más altas, el fugitador temerario de todos los despotismos de la tierra, la eterna protesta contra el materialismo avasallador y triunfante; una personalidad, en fin, de otras edades, que tiene ya los contornos estatuarios, en la actitud rebelde de un Spartaco.

Hasta su noble figura recuerda el ideal de los bardos antiguos: «la cabeza coronada por blanca, abundosa y rizada cabellera, la frente ancha y serena como un océano en calma, bajo la que centellea una mirada luminosa y vivaz, el busto severo y de gallarda apostura, evoca las estrofas brillantes del cantor de Laura, el amoroso plectro de Bosian y los nemorosos concientos de Garcilaso.»

Y tal, como nos hemos acostumbrado á verlo en nuestras calles y paseos, con su vestir rígido y humilde y con su sombrero exótico, de anchas alas, de entre las que se destaca su fisonomía bondadosa y varonil, le veo en sus versos, que transparentan la sencillez patriarcal, el optimismo benéfico y la hidalguía de los sentimientos elevados.

Los distinguidos iniciadores de esta demostración á Carlos Guido y Spano, realizan un acto de justicia merecida. La unánime adhesión del pueblo argentino á las fiestas que van á celebrarse, es la mayor recompensa á que puede aspirar una vida sin tacha: cincuenta años de rudo batallar, en pro de la civilización, de las instituciones, de la excelsa belleza y de los supremos ideales de la vida.

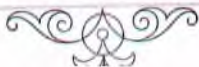
Los poetas son las antorchas de la humanidad. Sin ellos se extinguiría el sol. Son el alma misma de los pueblos. Carlyle ha dicho que las naciones que no los poseén, por grandes y prósperas que sean: *son grandezas sin voz*. «Necesitan aprender á hablar.»

La República Argentina, por este lado puede estar orgullosa. *Ha hablado*, ha tenido en Guido su inspirado cantor, que ha hecho escuchar á toda hora en medio de las desgracias públicas y de las catástrofes más espantosas, la voz eternamente vibrante de Jesús.

El altísimo poeta que, en un momento de amargo desencanto, se recluyó en la sombra por determinación voluntaria de su espíritu, resurge de nuevo, en plena luz, en brazos de sus conciudadanos, sin distinción de bandos, que quieren tributarle el homenaje que se reserva sólo á los grandes patricios, ó á los que como él, son á la vez los gloriosos representantes del Arte, los sacerdotes de lo bello, los nuevos profetas, portadores de la palabra divina.

Que viva el viejo bardo, de todos querido, cargado de laureles y de gloria, cantando en su arpa de oro la eterna canción de la esperanza, señalando á la República el camino del porvenir; porque será un día de luto nacional, un vacío irreparable, una noche sin término, aquella en que el poeta parta para siempre á la mansión de las eternas sombras, y nos deje la última vibración de su pensamiento.

Luis Berisso.



Al Poeta Guido y Spano

CONGRATULACIÓN

Hay apoteosis que no esperan que el héroe baje al sepulcro, y sean sus despojos mortales, ó el frío mármol que lo represente en su busto, silenciosos é inconscientes espectadores de las ovaciones y homenajes que le tributa la posteridad agradecida.

Cuando ocurre un acontecimiento tal, revela ser un hecho trascendental que se impone á la conciencia pública: es el fallo de los contemporáneos, apresurándose á recompensar al genio, reconocer su mérito superior, con el que ha descollado sobre la generalidad de la masa común de los humanos: aprecia el talento en las alturas á que ha sabido elevarse, ensalza la virtud, hasta coronarla con la inmortalidad.

¡Felices los pueblos que pueden presentar estos espectáculos á sus conciudadanos!

Una nación que tiene héroes, que tiene genios, es una nación digna de su presente, y más digna aún de su porvenir, porque sabe reconocerlos.

Que no se espere á justicias tardías, para publicar el mérito de los ilustres ciudadanos, que dieron días de gloria á la patria; no hay que esperar una glorificación póstuma, que perpetúe la memoria de quien la conservará imborrable en páginas inmortales. En sus días: sí, en sus días que presencie, asista y vea que sus conciudadanos no han sido ingratos; que goce del testimonio de simpatía, amor y gratitud, con que el pueblo argentino saluda á su querido poeta, ensalza el talento, reconoce su acrisolada virtud.

Él dedicó himnos al Creador con la suavidad encantadora y pulcritud de frases con que él sabe hacerlo: cantó las glorias patrias con el entusiasmo del valiente guerrero, propio de quien lleva en sus venas sangre de héroes; cernióse sobre los espacios, contempló las bellezas de la naturaleza y su claro talento nos las representó en sus delicadas poesías con una viveza de imaginación, las más puras, castas, celestiales. . . .

Justo es que la nación que se gloria de tener tan preclaro hijo, sus conciudadanos, el pueblo todo de la República, que se honran de poseer tan ilustre varón, coloquen su nombre entre aquellos que gozan de fama inmortal, y reciba en día tan memorable el vate querido Sr. Carlos Guido y Spano, el saludo, los aplausos, la felicitación y la gratitud del pueblo argentino, á que se hiciera acreedor por su talento, su civismo y su virtud.

Fr. M. del C. Benavente.

O. P.





Coro Celeste

(CONFLICTO EN EL PARÁISO CUANDO HIZO DIOS Á LA MUJER MOROCHA)

.....
La música es amor. El dulce coro
De ojos azules y cabellos de oro,
Cantaba en baja voz dulces endechas

De gracia y de arte sumas;
Y las notas aladas como flechas
Y tenues como plumas,
Se encendían de amor hasta la llama
Y entraban poco á poco

En el inmenso foco
Donde la vida universal se inflama
Y en majestuosa ebullición rebosa
Y anima todo lo que late y ama.
Primero, el canto era color de rosa,
Con reflejos azules;

Pero, así que la aurora dió á los tules
Matinales, el tinte del sonrojo,
Se encendió la canción, y sus destellos
Tomaron un dorado de cabellos
De querubín, hasta pasar al rojo,
Que es el color del beso.

Dios dormía
En la infinita calma, sin defensa;
Pero, á medida que el cantar subía,
A medida que el áurca melodía,
De tenue y baja, se tornaba densa,
Despertaba el buen Dios, y sonreía,
Con su sornisa de bondad inmensa.

.....
¡Santa madre de Dios! Qué algarabía

La que se armó aquel día
En el celeste coro
De ojos azules y cabellos de oro!...
Cuand; el ángel gentil de tez morena
Unió al coro sus cantos
Penetrado de gracia y de poesía,
De júbilo y de pena,
De ternura y pasión, de risa y llanto,
El universo entero suspendía
Su rotación, herido de un encanto;
Amorosos efluvios
La plenitud llenaban de los cielos...
Y se pusieron á llorar de celos
Los querubines de cabellos rubios!

.....
.....

Manuel Hernández.

Montevideo.





Á CARLOS GUIDO Y SPANO



COMO una blanca nube llevada por la brisa,
Como el azul sereno de un cielo, siempre igual;
Cual música de un harpa, cual eco del santuario,
Como la luz del astro que es todo suavidad:



Tal fué tu dulce vida, oh vate peregrino,
Constante y fiel dechado de verdadero amor.
La verde y fresca palma en medio del desierto,
Fué siempre para todos tu noble corazón.



Las penas y miserias del valle de este mundo,
Hasta mancharte, nunca llegaron hacia tí:
Y siempre sus acordes nos envió tu lira
Perennemente pura brillando en el zenit.
¡Qué grandes y dichosos, los que al bajar la cuesta,
Lo hacen recibiendo de todos bendición!
Que obtienen en la tierra la gloria merecida,
Y más allá la eterna,—divino galardón!

Claudio Héttega.



ETIMOLOGÍA EUSKÉRIKA

¡No! en un libro argentino, en cual el se rinda homenaje á Carlos Guido y Spano, no puede, no debe faltar mi tributo de cariño.

¿Que mi carta escrita en la desembocadura del Mississippi, llena de amor á esta tierra, por larga, no puede publicarse? ¿Que he de llenar una sóla carilla, cuando quisiera escribir un volumen, en honor de mi poeta amado?

Hágase su voluntad, señora Comisión, y puesto que no se me concede más que brevísimo tiempo, allá va, y que Mr. Mulhall me perdone si á invadir me atrevo sus dominios, y cargando usted con las responsabilidades del desaguizado etimológico.

Voy á dar á don Carlos carta de ciudadanía Eúskara, y estoy cierto que de buen talante la aceptará.

Veamos cómo:

Según Larramendi, Aizkibel, Astarloa, Novia de Salcedo, y otros muchos sabios que, con el Barón de Humboldt y el Príncipe Bonaparte, han estudiado el venerable idioma eúskaro, cada letra tiene su especial significación; de manera que las palabras no dan otra cosa que una combinación de significaciones, — de la misma manera que una cantidad es la resultante de la combinación de números, que no por ello pierden su valor propio absoluto.

Resulta así que el bascuence es un lenguaje aritmético. En eúskara Gi, se pronuncia *gui*, porque la *u* es eufónica; de tal manera que escribimos GIDO, lo que ustedes Guido.

G — significa cosa alta, alegre, deliciosa.

I — cosa sutil, penetrante, radiosa.

D — permanencia, estabilidad, consistencia.

O — elevado, eminente, pero suave, no costanero ni puntiagudo.

Y recuerdo que Moreau de Jones, en su magistral obra *Études Préhistoriques*, señala el monte *Guido*—en el Káukaso, Iberia oriental,—precisamente donde aun viven las tribus Oïgorris, que hablan el idioma eúskaro: EZPANA, ó Spano, significa labio, extremidad, como es la península *ibérica*.

De manera . . .

¿Que ésta llena la página? ¿Que debo terminar? Bien, estimada señora Comisión, permítame usted firmar

J. de Basaldúa.

El Cautivo

— * —

(Bastiche de Herodias)

Á CARLOS GUIDO Y SPANO

En la torre aislada y silenciosa, la luz penetra por la estrecha buharda, y se quiebra bajo los últimos reflejos del sol, en la damasquinada hoja que el cautivo cincela. Allá, á lo lejos, se dibujan vagamente las nevadas cumbres que traen á la memoria la dulce vega que se extiende al pie. El viejo soldado del califa ha olvidado todo: la mezquita, el murmurar de las fuentes, las noches extenuantes, la plegaria; su alma entera sigue su mano ágil que, sobre el acero flexible dibuja con líneas de oro, el arabesco armonioso. . . De pronto, el aire se estremece y el lejano ruido de una campana llega apagado á la altura; la mano se detiene, el artífice levanta los ojos sorprendidos, mira por la exigua grieta el cielo que empalidece, y arrojando lejos de sí, con horror, la cruz de la espada que cincela, cae prosternado hacia el Oriente.

Miguel Cané.



CARLOS GUIDO Y SPANO

Hasta en los pueblos envejecidos palpitan conmovidos los corazones al recuerdo de los grandes hombres. Entre éstos descuellan los poetas, que encarnan, por decirlo así, las palpitaciones del alma nacional, las aspiraciones é ideales de varias generaciones, perpetuando la memoria de los hechos gloriosos por ellos cantados, de los heroísmos inmortalizados por el arte en la estrofa, en el lienzo y en el bronce. La historia humana sería una historia muerta sino la vivificase con su soplo bienhechor la poesía, la más dulce y elevada manifestación del genio.

¿Qué sería de la historia de Grecia sin Homero?

En las épocas de decadencia, positivistas, en que el sensualismo y la sed vehemente de placeres y de riquezas enervan momentáneamente á los pueblos, es cuando más necesitan los hombres levantar sus espíritus á la luz, retemplar sus almas en la creencia y el ideal, en su más pura expresión.

No solo de pan vive el hombre, dijo el Divino Maestro, y por esto es tan simpático en el momento actual el acto de representar en una personalidad viviente, nuestros afectos y esperanzas, nuestros anhelos patrióticos, que unen en ella el pasado con el presente y con el mañana. Guido y Spano, más que un hombre, es un símbolo. Artista de puro corte griego, cultor virtuoso y humilde, concentra á su alrededor las aspiraciones generosas de sus compatriotas, que hoy refrescan sus frentes enardecidas en las puras fuentes del sentimiento y de la justicia, como que el homenaje de pública admiración que ofrecemos á Guido es ante todo un acto de justicia, que honra tanto al que lo recibe como al que lo practica.

En Carlos Guido y Spano honramos la cultura patria, la alta intelectualidad argentina, las letras americanas. Su noble alma se conmovió intensamente en esta su comunión afectuosa con el país entero.

Su personalidad evoca los patriarcas de la Biblia consagrados á su pueblo, ó el hombre justo del Evangelio, puro y sincero, desinteresado y paciente, sonriendo á la adversidad, enseñando á sufrir, levantando el alma por sobre las miserias de esta vida, perdonando las ofensas y despreciando las grandezas deleznales que solo se apoyan en los bienes de este mundo.

En Carlos Guido y Spano se equilibran con primorosa armonía el talento y la virtud, el arte sublime y la modestia exquisita y delicada y dotes tan excepcionales, realizadas por una noble existencia, bien vivida, no podían dejar de conmovir á este pueblo generoso, que aclama entusiasta á su querido y glorioso poeta, presentándole la corona de mirtos y laureles que sólo se otorga á los hijos privilegiados, á los triunfadores.

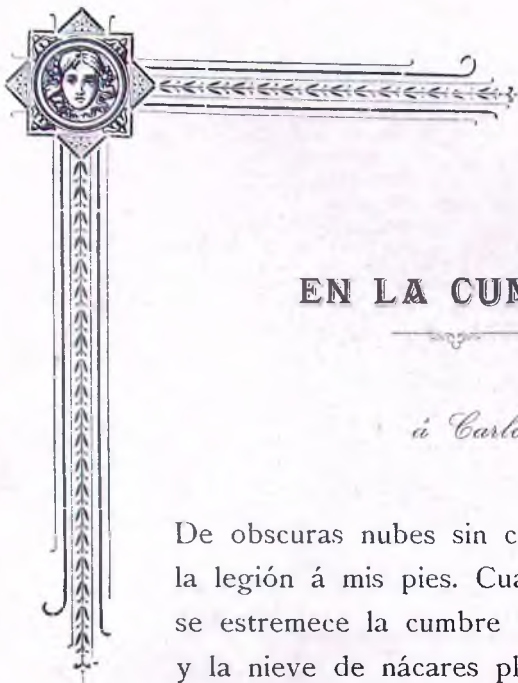
Guido es una tradición y un ejemplo: tradición de pureza, ejemplo de austeridad, de cristiana resignación, de heroica nobleza. Es el viejo druida que eleva su corazón al Dios de sus padres, en una época descreída; es el devoto fiel del arte y del ideal en medio del utilitarismo que amenaza invadirlo todo. Es el primer poeta nacional que sus contemporáneos aclaman unánimes como merecedor en vida de lauros inmortales.

Tal es el aspecto más simpático de esta demostración á Guido y Spano. A otros corresponde el honor y la difícil tarea de juzgar la labor y la influencia del poeta en las letras argentinas, á otros reseñar su obra. Apenas hemos podido vislumbrar al hombre que hoy se impone al respeto y al cariño de sus conciudadanos.

Coronémosle, proclamémosle nuestro querido poeta y llevémosle triunfalmente al templo de la gloria, donde reciba el justo premio que la patria le ofrece.

José María Cabezón.





EN LA CUMBRE

á Carlos Guido y Spano.

De obscuras nubes sin cesar voltea
la legión á mis pies. Cual débil caña
se estremece la cumbre que el sol baña
y la nieve de nácares platea.

¡Cómo mi sien el sol arde y caldea!
¡Con qué estallido, con qué voz extraña
ruge la tempestad en la montaña
y el rayo en sus gargantas culebrea! . . .

Así en la tierra el genio soberano
Siente á sus pies rugir las tempestades
del corazón y el pensamiento humano.

Por cima de la ignara muchedumbre
bañan su sien divinas claridades,
y resplandece en la serena cumbre. . .

Moisés Numa Castellanes.



EN LAS SELVAS FORMOSINAS

A la sombra de un grupo de lapachos en flor, cuya magnificencia me recordaba la de la patria mía, contemplaba absorto al sol hundirse, allá por occidente, en un mar de vivos y hermosísimos colores.

De repente oí el canto de un pájaro, que ocultaban á mi vista las rosadas copas de los gigantes árboles; canto tan enternecedor y triste como no le oí nunca. Humedecieron las lágrimas mis ojos, recordé el lejano hogar, la mujer amada, hermosa compañera de mi vida, y por misteriosa intuición comprendí que el ave aquella que por primera vez oía cantar, era el que había inspirado á Carlos Guido y Spano, y en alta voz é involuntariamente empecé á recitar los dulces versos del vate argentino, y entre los vagos ruidos de la noche, me alejé de la selva repitiendo: llora, llora urutaú.

Manuel C. Chucco.





Los poetas son felices porque viven de las impresiones de la naturaleza y encuentran en sus elementos la manera de expresar todos los arranques pasionales; de modo que para significar la cólera, solicitan de la tempestad el bramido y sus furores, lo mismo que desentrañan el rayo de la oculta nube, cuando quieren herir ó fulminar; mientras en la placidez de sus afecciones y ternezas, se muestran desbordantes en efluvios escogidos entre las sorprendentes maravillas de la creación.

Unos sueñan en riquezas obtenidas por medio de la secreta alquimia que busca la piedra filosofal en el hilo más brillante de la luz robado al Sol de entre sus resplandecientes atavíos. Otros, como Carlos Guido y Spano, desdeñan los bienes materiales y hacen flotar su espíritu en una atmósfera siempre fresca y juvenil, sin más aliciente que el de la flor del ceibo americano, que alimenta su pureza con el azulado ambiente que la circunda y la evaporación transparente del arroyo que humedece el tronco del árbol que la sustenta.

Juan Coustau.





LA LIRA DE ORO

Al poeta Guido y Spano.

Las nueve Musas del castálio coro,
protectoras del genio y la poesía,
concertaron unánimes un día
labrar en Elicon tu lira de oro.

Y juntando al metal, rico y sonoro,
que el sacro suelo de la Grecia cría,
el oro puro de la patria mía,
fabricaron el mágico tesoro.

¡La lira ideal de los acordes santos!
¡La que alumbró tu juventud florida!
¡La que tu edad viril llenó de encantos!

La lira por tu genio engrandecida
que alumbra con la gloria de sus cantos
el inmortal ocaso de tu vida.

José Gibils.



odos hablan de Carlos Guido y Spano.
¿Qué podría yo, su amigo, decir de nuevo á su respecto?
¿Hablaré del poeta? ¿Hablaré del ciudadano viril y denodado,
que despreciando el hierro mortífero de los campos de batalla,
iba llevando el consuelo y la salvación á los heridos en 1880,
como miembro de la Cruz Roja? Hablaré del incomparable é incansable
miembro de la célebre Comisión Popular en 1871?

¿Hablaré del revolucionario de las barricadas de París en 1848?

¿Qué hombre más complejo!

Pues bien: no.

Sólo diré que cuantos le conocen le admiran, y que la juventud estudiosa lo venera y se esfuerza por imitarle. Diré también que su caridad es inagotable, pues cuando no tiene dinero, (accidente muy común en él) pide prestado para dar á los necesitados.

Nadie ha olvidado la campaña brillante y osada emprendida por el vate argentino, con motivo de la guerra franco-prusiana, y sus cantos publicados en «Hojas al viento,» hablan más alto que cuanto pudiera decir aquí. Los cincuenta mil franceses del Río de la Plata se enorgullecen llamándole hermano.

En la tribuna es un atleta; pero el que quiera conocerle bien, debe verle en su propia casa, estando en la mesa, rodeado de los suyos y de cuantos quieran comer con él.

En la mesa, Guido se transforma, se metamorfosea. El orador galano y brioso, que sabe abogar con tanta elocuencia por las grandes causas; el paladín de la honradez administrativa desaparece: es el dueño de casa más seductor. Ríe, *plaisante*, cuenta con una gracia y una finura de un estilo propio. Los hombres y las cosas son juzgados con verdad completa. A veces se divierte á costa de una personalidad grotesca; otras, *il flétrit* con ademán soberbio lo que es vil y bajo; todo ello entremezclado con un cumplimento á una señora, con una reflexión chispeante, con cierto recuerdo de sus mocedades, todo á punto.

Suave, como su deslumbrante cabellera; afable, de una exquisita sencillez de maneras; acordándose de todo, guardando en sus alforjas, siempre bien repletas, los cuentos más agradables y risueños; teniendo para los pequeños y los más indignos una palabra amable, una más amable sonrisa, sin cansarse jamás, sin esfuerzos, sin ironía, acogiendo bajo su techo hasta los desconocidos, de entre los soldados del ejército literario.

Tal es Guido.

Tal es el hombre venerable que la Argentina corona y proclama «SU POETA», y que yo llamo el Primero entre los mejores, por sus virtudes, por su honradez acrisolada, por su bondad, y en fin, porque es mi grande amigo, y le quiero tanto, tanto, que yo, el último entre los más humildes, doyle el nombre de hermano del corazón.

Eugenio A. Chevrier.





LA ÚLTIMA CUERDA

Hay un íntimo acorde insondable
Que del arte la voz corporiza,
Con el alma su ritmo armoniza
Y lo temple en igual diapasón.
De la lira gentil cada cuerda
Corresponde del pecho á una fibra;
Para cada compás con que vibra
Un latido le da el corazón.

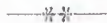
En el tosco laúd que yo pulso
Del placer ya la cuerda está rota;
Fué su són una lánguida nota
Extinguida en mi albor juvenil.
La que un cántico alzara á la gloria
Sólo un vago rumor la recuerda;
Mi laúd no conoce la cuerda
Donde suena el aplauso servil.

Estalló en un esfuerzo impotente
La que penas y lástimas llora,
Y arranqué la vibrante y sonora
Donde un tiempo cantara el amor.
Ya en mi bronca guitarra argentina
Nada más que una cuerda subsiste:
La bordona, que enérgica y triste
De la patria responde al clamor!

Joaquín Castellanos.



LA CORONACIÓN DEL POETA



Vivir es soñar, para el poeta; vivir es soñar, para los pueblos: los pueblos son poetas también.

En la aurora de la vida, la imaginación extiende por el mundo su ancho velo de color de rosa, por el que se ven pasar todas las imágenes que alegran el alma. El poeta persigue, por entre ellas, á la imagen de la gloria. Vivir es soñar con la gloria, para el poeta; vivir es soñar con la gloria, para los pueblos: los pueblos aman la gloria también.

En el vigor de la edad juvenil, el deseo extiende por los horizontes de la vida el ancho velo de grana, por donde se dibujan, al pasar, las ardientes imágenes que provocan al alma, hasta el delirio. El poeta persigue, entonces, sin cesar, la imagen que predomina entre todas: la ambición de grandezas. Vivir es ambicionar la grandeza, para el poeta; vivir es ambicionar la grandeza, para los pueblos: los pueblos quieren ser grandes también.

Al declinar la vida, el desengaño extiende por cielo y tierra el triste manto por donde vemos deslizarse las penas y amarguras que acibaran la existencia. El poeta va, sin embargo, por entre ellos, persiguiendo á una imagen luminosa que llena de resplandores el ocaso de la vida, como el sol llena de resplandores el ocaso del día: va persiguiendo á la esperanza. Vivir es sentir la esperanza, para el poeta; vivir es sentir la esperanza para los pueblos: los pueblos van tras la esperanza también.

Cuando el crepúsculo de la edad marchita las ilusiones y apaga el entusiasmo, la conciencia extiende sobre los actos de la vida, el velo por el que se transparenta el alma, y por allí se ven pasar todas las obras á que se ha dado forma, infundiéndoles el espíritu con nuestro propio espíritu. Ya han desaparecido todas las ilusiones; sin embargo, el poeta persigue una ilusión todavía: la justicia. Vivir, entonces, es solo esperar la justicia, para el poeta; pero, á veces, la ilusión se convierte en realidad: los pueblos aman la justicia, también.

¡Heraldos de la gloria! venid y anunciad al mundo que un poeta más entra en el templo de la Fama; que la corona de laurel se levanta ya en el aire, por las manos de la justicia, para ceñir su frente augusta, y que un pueblo entero aclama su nombre, para que brille como ilustre entre los ilustres.

¡Heraldos de la gloria! Anunciad al mundo, que aun hay para el poeta, palmas y aplausos y justicia y honores.

¡Heraldos de la gloria! Yo os acompaño en vuestra misión civilizadora: ¡Gloria al poeta!

Francisco Cobos.



OID, MORTALES,

El péndulo del comedor había dado las cuatro de la mañana. Mi habitación se hallaba sepultada en las más profundas tinieblas, y hacía más de una hora que tenía yo los ojos abiertos de par en par, esperando que un hilo de luz penetrase por los postigos entornados. Tenía mucho que desespere todavía. Al largo rato oí un rumor sordo en la pieza vecina, y adiviné que mi madre, mi buena madre, se estaba vistiendo. Dos minutos después entró á mi habitación con paso ligero, se acercó á mi cama y me llamó suavemente. No contesté, pero tendí los brazos, me colgué de su cuello y la di un gran beso en la boca, beso que me retribuyó con toda el alma.

Encendí una vela, me descolgué de la cama, y, melio tirando, hice mis abluciones matinales. Sobre una silla, entre la penumbra, divisé el pantalón,—el primer pantalón largo que iba á ponerme, origen de mis insomnios y de mis ilusiones,—acoplado al chaleco blanco y á la chaquetilla negra de colegial. En otra silla, brillando entre las sombras, vi la banda azul rematada de fleco de oro que iba á colocarme sobre el pecho.

Me vestí rápidamente,—con una prontitud inusitada;—mi madre me trajo una buena taza de café y así que la hube bebido, me preparé á salir, después de ponerme con todo cuidado la banda. Cuando cruce por la habitación de mi padre, oí que me decía:

—Con mucho juicio, eh... ¡a ver cómo se porta!...

Sali. Eran las cinco menos cuarto. En la calle, todos los faroles estaban encendidos. El relente de la noche había humedecido el afirmado y las aceras, de modo que, á cada paso que daba, tenía resaca y caer, lo que hubiese sido una desdicha, no para mí, sino para mi traje flamante, el primer traje de hombre que llevaba.

Llegué á la escuela;—fui el primero en llegar;—la puerta estaba cerrada, y sobre su pintura verde, de gruesas capas superpuestas, chorreaban en largas lágrimas las abundantes gotas de rocío. No me atreví á golpear, porque consideré que había llegado demasiado temprano. Esperé. Diez minutos más tarde otros dos niños asomaron por la bocacalle, al propio tiempo que la puerta se abría. Entramos á la clase y poco á poco el local se llenó de condiscipulos. Casi todos ellos vinieron á enviarme la banda con fleco de oro que llevaba, porque casi todos tenían la ambición no satisfecha de ser los portadores de la bandera de la patria. Apareció el director, formamos de á dos en fondo, me pusieron á la cabeza de la columna infantil y emprendimos la marcha á la plaza de la Victoria.

Se había levantado una espesa neblina; el viento suave que soplabá hacía que el extremo de la bandera de la escuela me azotase el rostro, encendiéndome mi espíritu en una emoción extraña. El frío nos hacía marchar en silencio. Parecíamos una banda de gnomos funadores, porque de la boca de todos los niños salía una blanca columna de vapor producida por la respiración. Cuando desembocamos en la plaza, ya habían llegado otros colegios municipales de niños y de niñas, que fueron colocados en línea de batalla debajo de los parasols. Pasamos delante de ellos, y yo hice ondear la bandera, á diestra y siniestra, frente á las banderas de las distintas escuelas. El flamear de los otros pendones, contestando á mi saludo, me produjo tal sensación, que me hizo saltar una lágrima de los ojos. El corazón se me subió á la garganta por la fuerza irresistible de la emoción que me embargaba.

La plaza estaba poblada de gente;—las banderas y los gallardetes tremolaban al soplo del viento;—una banda de línea nos esperaba al pie de la pirámide, á cuyo lado se había alzado el tablado. Las escuelas subieron á él, atropellándose los niños. Á las seis y cuarto, un rayo de sol quebró la primera capa de neblina en la baranca de la aduana sonó un cañonazo; debajo del arco de la Recoleta estalló una bomba; diez cohetes voladores subieron al cielo al mismo tiempo, la banda inició los primeros compases del himno nacional, y quinientas voces infantiles cantaron:

Oid, mortales, el grito sagrado....

En la plaza reinaba un recogimiento misterioso y solemne. Los hombres, las mujeres y los niños se sentían conmovidos por aquel concierto, destemplado quizá, pero lleno de unción patriótica y de grandeza cívica. Las notas continuaron empujando á las notas, las estrofas á las estrofas,—los cañonazos á los cañonazos, las bombas á las bombas, los cohetes á los cohetes, con tal estruendo, con tal sinceridad, con tal cariño, con tal conjunto de emociones, que el frío desapareció de súbito. El sol, parado en el límite plateado de las aguas del río, parecía bendecir con sus rayos tibios y apagados aquel homenaje del pueblo á la historia de sus primeras grandezas.

Llegaron algunos señores al tablado, vestidos de levita y con sombrero de copa. Se pararon silenciosos, descubriéndose, apenas traspusieron el límite superior de la escalera. Nosotros continuábamos cantando:

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir!...

En aquel momento me pareció que nosotros éramos los héroes y que una mano misteriosa coronaba de laureles nuestra sien. Teníamos el cuerpo y las manos entumecidas, las piernas nos temblaban, los labios se nos amorataban; nos estrechábamos los unos contra los otros para que el frío no nos venciese, pero éramos felices, estábamos radiantes de alegría... ¡Qué sencillas, qué santas, y qué generosas expansiones aquellas!... Las niñas, vestidas de blanco, con zapato de raso, y algunas de ellas cubiertas con el gorro frigio de la libertad, con el cabello rizado ó caído sobre la espalda, tenían más frío que nosotros. Parecían pequeñas estatuas de mármol. Sólo el vapor de la respiración y las palabras del himno que brotaban de sus labios les daban el aspecto de los seres vivientes. Los ojos les brillaban como encendidos por un fuego oculto, por una chispa sagrada. Eran tan patriotas como nosotros!... Cuando dejaron de rodar las estrofas en el aire, cuando el último cañonazo de la salva perdió su postrera vibración en las capas de la atmósfera, cuando el pueblo se arremolinó para ir á la Recoleta á ver quemar más bombas de estruendo, cuando los músicos de la banda se prepararon para retirarse, los señores que habían subido al tablado vinieron á hacernos cariños, palmándonos las mejillas;—los maestros nos indicaron la Municipalidad, y en formación perfecta, de dos en dos, llegamos á la casa de los comunes, á recibir el premio de nuestra abnegación patriótica:—una taza de chocolate y un cartuchó de confites!

¡Qué grande y qué inapreciable era aquel obsequio! Nos empujábamos, nos codeábamos, estrábamos los brazos para alcanzar más pronto el premio, y se armaba una confusión semi-respetuosa, llena de cuchicheos agrios, de reproches secretos, de iras contenidas, porque había que respetar á los señores de levita y de sombrero de copa.

Las banderas de las escuelas quedaron arrinconadas en vidriales de todos, como si fuesen muñecos inútiles. Después, pasada una hora y terminado el desayuno, se formaron de nuevo los batallones de niños, salimos á la calle con el estómago caliente y el corazón contento, marchando las á la plaza, saludando con la bandera al pueblo que nos aplaudía, enorgullecidos, triunfantes, llenos de santo ardor patriótico, victoriosos de aquella batalla del cóctulo, y prometándonos íntimamente, para cuando fuésemos grandecidos,—porque no hay niño que no quiera libertar á la patria de sus opresores, porque no hay corazón infantil mortalidad!...

Rabó Della Costa.





Madrecita

Sentida está la ternura
De la inocente doncella,
Porque su amado, con ella,
Ha dado en una locura.

Antes la llamaba «gloria,
Tesoro, encanto, alegría,»
Dulces nombres que sabía
Su corazón de memoria.

Hoy ha notado, y se queja,
Un cambio en él que la irrita;
Hoy la llama: *madrecita*,
Que es como llamarla vieja.

Con ojos que amagan llanto
Le mira esquiva y huraña:
Y es que el ingrato la engaña,
O ya no la quiere tanto.

* * *

La madre siente la riña
En su corazón inquieto,
Y un día arranca el secreto
En confesión á la niña.

Entonces, mirando al fondo
De su alma, piensa y calla,
Y así en la contienda falla,
Con un suspiro muy hondo:

«Anda á pedirle rendida
Perdón de tu enojo á ese hombre,
Que ha sabido darte el nombre
Más hermoso de la vida.

«Quien sabe nombre tan tierno,
Sabe querer y te quiere;
Todo amor florece y muere:
Madre es el amor eterno.»

Martín Coronado.





L

LEYENDO á Carlos Guido y Spano, se nota desde luego, que alberga en el cerebro un criterio luminoso, en el pecho el anhelo de la gloria y en la mente el calor de los trópicos.

A un estilo elegante y animado, une gran familiaridad con el lenguaje poético, siendo su versificación, colorida, de vuelo y rica en pinceladas valientes,—dotes confundidas en él al modo que los hilos de un tejido primoroso.

Como escritor es considerado puro y florido; esmaltando sus impresiones con rasgos suaves y bellísimos, sin desviarse de un gusto severo. Su pluma es un manojito de armonías y luces.

En sus múltiples trabajos literarios, es de admirar al caudaloso de exquisito sentimiento y acostumbrado á escuchar las confidencias de la inspiración. Deleitan el entusiasmo sostenido, la variedad amena de sus cuadros, como la dicción y el estro adornado con la lectura de los clásicos antiguos, que le sirven de modelo.

Tantas ventajas contribuyen al aplauso de este compatriota, descendiente y heredero por sus raras prendas, de una familia privilegiada para la gloria,—sin que sea posible desalojar á las musas del corazón que una vez cautivaron y que la naturaleza formó para sentir y expresar sus gracias.

Angel Justiniano Carranza.



Salud al poeta!

Hace veinte años, en pleno verano, venía á caballo por el camino que de Morón se dirige á la Capital. Llegaba de una estancia á reunirme en Flores con mi familia, arrojala de Buenos Aires por la espantosa epidemia de fiebre amarilla que un momento crecimos concluiría con todos sus habitantes.

Hacia un calor sofocante y una densa y constante nube de polvo dificultaba la respiración. Poco después de pasar Ramos Mejía, un espectáculo inesperado llamó mi atención á la derecha del camino. Se había improvisado allí una pequeña villa hecha de casillas de madera, donde hasta entonces se habían refugiado doscientas ó trescientas familias pobres de la Capital, que la autoridad sacó de los inmundos conventillos que constituían el más serio peligro para la salud pública y en los que seguramente iban á perecer. Pero las casas no bastaban, y la Comisión Popular, que tan patriótica y abnegadamente sirvió en esos días, hacía constantes repartos de alimentos.

Al aproximarme, noté una aglomeración de gente inusitada, y me fué dado contemplar un cuadro que no se borrará nunca de mi memoria. Sobre una extensa mesa se veían montones de pan, vigilados por celosos guardianes que impedían la invasión de los centenares de mujeres, hombres y niños que esperaban su turno. En el centro, y repartiendo el pan con sus propias manos, un hombre envuelto en un traje talar, que debía ser negro, pero que blanqueaba el polvo herido por un sol de fuego.

La cabeza, cubierta por un sombrero de anchas alas, era soberbia; el cabello plateado caía sobre los hombros, la larga barba blanca llegaba hasta el pecho. La cara, cubierta de polvo y sudor, tenía una de las expresiones más suaves y serenas que he visto en mi vida, tan típica, tan luminosamente reflectora del estado moral que traducía, que aun vive en mi espíritu, como la enigmática sonrisa de la Gioconda, la mística aspiración del San Francisco de Rubens ó la dolorosa angustia del Laocoonte. Aquel hombre era Carlos Guido y Spano, el poeta dulce y armonioso, el cumplido caballero pobre, el alma más consecuente consigo misma que haya atravesado la turbadora vida de los últimos veinte años argentinos. Había cantado las más grandes cosas del mundo moral y las realizaba con la misma armonía de sus estrofas y la misma sencilla elevación de su ideal. Había llegado en el primer tren; la víspera, atendía enfermos, enterraba muertos, levantaba espíritus desalentados por el espanto. Hoy tomaba su día de campo. Desde las nueve de la mañana, después de recorrer todas las casuchas, de pie, frente á la montaña de pan, lo daba con sus propias manos, que parecían ennoblecerlo. Largo tiempo y en silencio, sin ser visto, contemplé el cuadro. Guido y Spano llenaba sus funciones, en medio de aquella atmósfera de fuego, casi ahogado por el polvo, entre protestas, altercados y gritos descompasados, con una tolerante mansedumbre que me parecía superior á todas las fuerzas humanas. Sus nobles compañeros cuyos nombres siento en verdad no recordar, le secundaban activamente, renegando un poco. Él, tenía la izquierda siempre libre para acariciar la cabeza de un niño, sus ojos dulces para alentar á los tímidos que se acercaban con cierto rubor y la palabra sonriente, que daba brío y levantaba el alma aterrada de las pobres gentes.

Nunca he oído un canto más hermoso, ni tus mismas estrofas, poeta, que en otro tiempo sonaban en nuestros oídos para llegar al alma y agitarla y que hoy sólo acarician el ritmo dormido en el cerebro. Nunca ví una armonía mayor entre el hombre ostensible en la vida intelectual y el hombre real en el centro de la acción.

Después... la armonía siempre. Jamás su inspiración rastreó la tierra. Un acto generoso en cualquier punto del planeta, un hombre de regia estirpe moral, la patria en sus angustias, los cariños santos, la esperanza, la fe luminosa en el destino humano, he ahí sus temas, he ahí el astro que le mueve y le estremece. Y luego, el desprecio profundo por los bienes de la tierra, la pobreza serena, sin énfasis y sin lirismo. Viene de lejos. Su nombre tiene dos raíces profundas en la historia americana. No arranca del coloniaje y es pobre; viene de la independencia, y es lo que es: el poeta caballero...

Ayer, leyendo la grata nueva de que una vez más había vencido sus dolencias, el recuerdo de hace veinte años vino á mi memoria y mi cariño, mi admiración y mi respeto, me movieron á enviar al poeta querido este saludo que un pueblo entero firmará conmigo.

Marzo de 1891.

Miguel Cané.





Lo que más me admira en Carlos Guido y Spano es que haya conservado tan fresca la ternura, que tan pronto se corrompe en nuestro tiempo.

Alejandro Carrasco Albano.

Chile.



¡La unificación del Plata!

Nunca he sentido más que ahora no ser poeta ni literato. Si tuviera el laúd de Mármol, la lira de Gómez, ó el harpa eólica de Guido, cantaría á la “Unificación del Plata” é inflamaría con mis arpegios económicos á las generaciones presentes, demostrando que la utopía de hoy, será la realidad científica en los albores del siglo XX.

Lavalleja y sus heroicos compañeros jamás renegaron del dogma de Mayo.—Al cruzar el estuario, esa aorta del Zollverein del Plata, su trompa épica nos llamó “*argentinos orientales*”, emplazándonos en nombre de la *gran nación argentina de la que somos parte* (sic)—para sellar con la sangre común, en los gloriosos campos de Ituzaingo, el bautismo de la gran nacionalidad del Plata.

Nuestra separación anómala é insensata por más de medio siglo, es sólo un síncope en nuestra evolución histórica.

Volveremos de él, apenas cualquier hecho ocasional sacuda la fibra fraternal de nuestra clarovidente intuición patriótica.

¿Será ese hecho ocasional la probable guerra con Chile?

Si eso fuera, el mismo sol que reverbera entre los pliegues cerúleos de nuestras banderas, nos mostraría á la América y al mundo, unidos en la gloria como en el sacrificio.

No duden nuestros hermanos los *argentinos occidentales*, que tales son los votos y las aspiraciones íntimas de los *argentinos orientales*.

¡Bendito sea el eslabón chileno, si al frotar los Andes produce esa chispa!

Todavía el bardo Guido ha de vivir bastante para cantar esa Argentiada.

Angel Floro Costa.

Montevideo.



SENTIMIENTOS REALES Y FICTICIOS

Creo que hay mucho de hipocresía en los anhelos de paz que expresan con frecuencia desde Guillermo II hasta el último publicista que quiere aparecer como imbuído de las ideas modernas y mostrarse á la altura de los tiempos. Y hay hipocresía, porque cuando se tiene una convicción, cuando un sentimiento está bien arraigado, se defienden con más calor cuanto más peligro corren de ser desconocidos, de ser puestos de lado para dar paso á convicciones y sentimientos distintos. Pero ¿es esto lo que sucede? Apenas se produce un incidente, apenas asoma la posibilidad de una complicación internacional, véis al emperador de Alemania, á los principales periódicos de los países interesados, á los publicistas más distinguidos, á veces á los mismos miembros de la asociación que trabaja en favor de la paz y del arbitraje, hablar muy alto de honor nacional, de satisfacciones que deben exigirse, de derechos que se hará respetar por la razón ó por la fuerza.

Si todos están verdaderamente animados de los sentimientos pacíficos de que hacen alarde á cada instante ¿por qué, entonces, en vez de atizar el fuego que está por encenderse no procuran apagarlo? Porque entonces existen hechos, causas, pretextos que les permiten llegar á lo que anhelan verdaderamente, es decir á la guerra, sin aparentar desearla, ni ser tenidos por provocadores.

Y esto que digo de los monarcas y de muchos publicistas y hombres públicos, puede á veces aplicarse á pueblos enteros. ¿Hay, por ejemplo, quien crea de buena fe que la Francia está animada de sentimientos pacíficos, que no desea la guerra con Alemania? No hay quien lo crea, por más que lo afirmen diariamente los periódicos y gobernantes franceses; sábese que la Francia anhela el desquite, pero que no quiere aparecer como provocadora de la guerra, ni juzga, quizás, bastante favorable todavía su situación desde el punto de vista de las alianzas.

Hay en los pueblos, como en los individuos, formas convencionales indispensables para evitar choques continuos, pero que no responden á sentimientos verdaderos. Si en las relaciones internacionales, como en las relaciones sociales, no se empleasen ciertas reglas de buena educación, y cierta diplomacia; si siempre se dijera con ruda franqueza lo que se piensa y lo que se siente, muchas soluciones que hoy se obtienen, se harían imposibles, muchas disputas que hoy se aplacan, se convertirían en conflictos.

Anibal Latino.



Á M.

Para el árbol solitario del desierto hay ráfagas de viento que gimen en sus hojas, aves que anidan en sus ramas y que saludan al sol desde su copa.

La flor que nace en la alta cima de la montaña tiene rayos de sol que la acaricien y brisas que recojan al paso el perfume que ella esparce.

La solitaria estrella de los cielos irradia su luz en otros astros, es atraída ó atrae en su amplia ruta y acaso absorbe alguna vez un rayo de tus ojos queridos, celeste como sus destellos.

No existe nada en la creación que, en la misteriosa tendencia de su ser, no se conjunte, no se atraiga, no se ligue ó entrelace. Hasta los que mueren viven aún ó perduran en los recuerdos de los que les amaron mucho.

No hay fuerza que se pierda, ni germen que no fecunde al fin.

Sólo el amor mío, esta inmensa pasión que por tí siento, esta constante obsesión de mi sangre, pasará sin ser vista é irá á perderse como la ráfaga del incienso quemado al pie de un ídolo marmóreo.

Dios ha hecho mal en encender este fuego sagrado, condenado á extinguirse sin acariciar el rostro pálido de la sacerdotiza.

A. Cherol.

Azul.





ARGENTINO

(PÁGINA DEDICADA Á GUIDO Y SPANO)

Corre á empuñar las armas en defensa
de la patria gloriosa en que has nacido;
ya la caja marcial toca llamada,
y el que no oiga su voz ¡no es argentino!

Corre á empuñar las armas, que ya corre
á invadir nuestra tierra el enemigo;
porque en su vano orgullo se ha olvidado
del antiguo valor del argentino.

Corre á empuñar las armas en defensa
de nuestro pabellón esclarecido,
y que brille su sol como brillaba
en Salta, en Chacabuco y el Cerrito.

Corre á empuñar las armas valeroso
que la patria de Mayo está en peligro;
de Tuyuty los héroes se levantan,
y los héroes de Maypo se han erguido.

Corre á empuñar las armas en defensa
de la patria gloriosa en que has nacido;
ay! si no corres á morir por ella,
no pronuncies, jamás, ¡soy argentino!

B. V. Charras.



Guido y Spano

Sur la tête les ans tombent comme des lys.

Este verso de mi buen amigo Charles Soussens, es, á mi ver, bella aureola para el poeta.

Él ha querido siempre ser nada más que poeta. Ha hecho el bien, como un buen verso. No ha desdeñado el sufragio de los pequeños, él, un verdadero « aristo ».

Cuando su país ha estado convulso por fiebres políticas y financieras, él ha dicho: Dejad á las Musas que vengan á mí. Las Musas han ido á él.

Por bueno, por noble, por hombre y por poeta, es admirado y bendecido.

Al ver su hermosa cabeza blanca, de generoso león, se comprende, pues, el comienzo de la salutación lírica: *Los años caen como lirios sobre tu cabeza.*

Rubén Darío.



LA TUBERCULOSIS SE CURA

Si François Coppé en ilustrada reunión proclamaba no ha mucho la curabilidad de la tuberculosis, tratando de evidenciar esta verdad, prueba es de que reina todavía la incredulidad y el indiferentismo, y de que se hace necesario predicar este evangelio por amor á la humanidad.

Si en el día no se ha encontrado aun el medio rápido y seguro de curar la tuberculosis en todas sus formas, períodos y modalidades, (que no tardará en encontrarse) en cambio se ha conseguido por científicos procedimientos el dominarla en muchas ocasiones, devolviendo la salud á miles de simpáticos seres, condenados por la rutina y el abandono á una muerte segura.

Con la elocuencia de los números se puede proclamar muy alto la curabilidad de la tuberculosis, desterrando para siempre la época de la incredulidad y del fatalismo.

El sér humano está dotado de una vigorosa resistencia para el bacilo tuberculoso; si así no fuera, nuestra especie ya hubiera desaparecido del globo; esta resistencia orgánica por sí sola, y otras ayudadas por los recursos médicos, llevan á cabo múltiples curaciones, que el documento comprobativo pone de manifiesto.

El ochenta por ciento de los individuos de treinta y cinco á cuarenta y cinco años de edad, muertos por accidentes violentos, han presentado, según recientes investigaciones, lesiones tuberculosas patentes ó cicatrizadas. El treinta y cinco por ciento de individuos sanos de quince años llevan en sus ganglios gérmenes tuberculosos.

Ahora bien, si escasamente la cuarta parte de la mortalidad general es originada por procesos tuberculosos, claro se está que *unas dos terceras partes se curan indefectiblemente.*

Estos hechos no se refutan con argucias ni descreimientos.

El abandonar á un tuberculoso y no prestarle con decisión los recursos de la ciencia, equivale á un delito por el que Dios y la sociedad deben tomarnos cuenta.

Silverio Domínguez.





HACIA LAS CUMBRES

-- ¡Detente! ¡Escucha! . . . Dime, viajero,
¿Cuál es la senda de la montaña?
¿Cuál la pendiente y el derrotero
Que el sol con áureos fulgores baña?
-- ¿Por qué vacilas? . . . Sigue mi huella;
¿Qué te detiene? . . . Sigue mi paso:
No falta el rayo de alguna estrella,
Si el sol no luce desde el ocaso.
-- Torva y sombría, la noche baja;
Todo lo envuelve, valle y abismo;
Cae de los cielos negra mortaja. . . .
Pavor infundes con tu heroísmo.
-- ¿Gimes y tiembles? . . . Como yo, sube;
Sube sin miedo por la ladera:
Yo, con mi frente, rasgué la nube,
Yo, con mis brazos, ahogué la fiera.
-- Tu voz es cántico. No me abandones
Dame tu aliento, dame tu brío:
La duda bate los corazones
Que desesperan en el hastío. . . .
-- ¡Valor! El triunfo ya se aproxima:
Si el ardua cuesta como yo escalas
Verás la aurora desde la cima
Y, por los ámbitos, irán tus alas. . . .

Juntas las manos, alta la frente,
Que ciñe un nimbo de viva lumbre,
A los reflejos del sol poniente
Cantando trepan de cumbre en cumbre.

Y en los fantásticos despeñaderos
Donde las águilas cuelgan sus nidos,
¡Excelsior! gritan los dos viajeros,
Marchando á mundos desconocidos.

Ucopoldo Díaz





NAVEGANDO

Al Sr. Carlos Guido y Spano.

En los mares sin límites de mis anhelos
Donde navega incauta mi triste vida,
Me parecen los pálidos horizontes
De negra tinta.

Allí jamás se escucha la voz de « tierra »
Que de lo alto del mástil dan los vigías,
Ese grito que al nauta cansado y mustio
Causa alegría.

No brilla el sol, la luna, ni las estrellas,
Solo una luz, á veces, trémula oscila,
Una luz que me salva de los escollos
De la desdicha.

De esos escollos fieros donde mi nave
Quedara para siempre sola y perdida,
Porque el puerto está lejos, y es ruda y larga
La travesía.

Solo se oyen las voces de las tormentas,
Ó el siniestro chillido de aves marinas,
Y entre tantos horrores huye la calma
Del alma mía.

Diciendo en ocasiones con desconsuelo
En el vago horizonte la vista fija:
Tal vez cruzo por mares do no se alcanza
Jamás la orilla!

Angel V. Díez Mori.



¡PASO AL POETA!

(Sencillo homenaje de admiración y cariño al venerable poeta
Carlos Guido y Spano.)

¡Dejadlo pasar! Ese hombre de noble semblante y de hermosa cabellera, cuyas plateadas hebras van á perderse majestuosamente sobre sus hombros, es un poeta que lleva la frente levantada, porque nunca pudieron empañarla las miserias humanas con su aliento.

*
* *

¡Dejadlo pasar! Mientras nosotros, con el corazón rebosante de generoso orgullo, le arrojamos los laureles que ha conquistado, él recorre su senda luminosa, seguido de la muchedumbre que lo aclama.

*
* *

¡Dejadlo pasar! que su alma, más fuerte y mejor templada que el acero, ha dado ejemplo de cómo se desprecian las redes con que la traidora mano de la envidia pretende detener al genio, é impedirle desplegar sus poderosas alas.

*
* *

¡Dejadlo pasar! que él, desde lo alto de su fantasía, mira como á reptiles á las águilas que habitan las montañas.

*
* *

¡Abrid paso al poeta, á quien la patria tiende los brazos cariñosa, porque él la ha engalanado de brillantes joyas!

Rodolfo Díaz Olazábal.



Les poètes



Un peuple s'honore en honorant ses poètes. Leur âme est la synthèse et comme l'élixir de l'âme nationale. Celle-ci se reconnaît dans leurs chants, mais plus spiritualisée et plus lumineuse, embellie et purifiée.

De la puissante et confuse rumeur qui monte vers eux de la foule, ils dégagent ce qu'il y a de plus caractéristique et de plus noble, de plus général et de plus généreux, ce qui vient du profond du cœur ce qui tend le plus ardemment vers le juste et vers le beau. Ils le concentrent et l'affinent au creuset de leur pensée; ils le fixent dans cette forme impérissable du vers, qui donne à l'idée, comme les forces mystérieuses de la nature au cristal, la netteté des contours, la précision, la limpidité et l'éclat.

Les poètes sont la plus saisissante expression du peuple et du temps où ils vivent, et c'est à eux que plus tard la postérité se reporte pour juger le milieu qui les a inspiré. Heureuses les nations qui ont des poètes! Ils perpétuent à travers les âges les qualités qu'elles ont montrées, et ils ne laissent subsister d'elles dans la mémoire des hommes que ce qu'elles ont eu de meilleur.

Inclinons-nous donc avec un respect reconnaissant devant ceux qui portent au front ce signe auguste de la poésie, et dans le cœur cette flamme immortelle de l'Idéal!

Alfred Ébelot.



Pro Guido y Spano

Las naciones que, como la nuestra, pueden presentar en este siglo, en que el progreso material parece absorbernos, hombres como Carlos Guido y Spano, dan una elocuente prueba de que en su cielo brillan de esas estrellas cuyos fulgores vivifican, elevando los espíritus á regiones superiores.

Carlos Guido y Spano, en la República Argentina, simboliza una época, y es como esas fuerzas vivas que actúan en las sociedades, imprimiéndoles su sello con sus cantos de amor y de patriotismo, llenos de ternura y de entusiasmo.

La nación que honra á estos hombres, se honra á sí misma, revelando su grandeza de alma y su amor á las virtudes.

Por esta razón, la República Argentina, á pesar de los pesares, marcha como por sobre rieles de oro.

Con sus benéficos climas, dilatados territorios y fertilísima naturaleza, abre sus brazos para recibir á la inmigración, brindándola con sus opimos frutos y amparándola con sus liberales instituciones.

Con su temple moral é ideales elevados, ama todo lo justo y lo bello y honra á sus cultores.

En estas condiciones, en que la fuerza física es complementada por la moral, puede afirmarse fundamentalmente que la República Argentina tiene asegurado su progreso creciente, y que el pabellón azul y blanco, que San Martín condujo victorioso por sobre los Andes, libertando pueblos hermanos, irremisiblemente tiene que conservar su grandiosa tradición.

Manuel B. Escobar.



"HOJAS AL VIENTO"

INTRODUCCIÓN

Los hermanos Igon han emprendido la tarea de reimprimir, aumentado, el libro lírico de Carlos Guido y Spano.

Este empeño es un buen síntoma literario, pues manifiesta desembazadamente que los versos de nuestro compatriota han sido solicitados y leídos en un país en que raras veces se agota la primera edición de un libro nacional.

Sobrado merecimiento tienen esos cantos para ser objeto de tan cordial acogida, pero no por ello ha de desentendarse el hecho enunciado, desde que, para parecernos en todo a los demás hombres, también sabemos desconocer a los predilectos de la naturaleza.

Un amigo, Héctor F. Valera, puso la mano en el arco del poeta y le arrebató el tesoro de sus febriles vigiliadas.

El libro de Carlos Guido y Spano apareció sostenido por una crítica justiciera y amable al mismo tiempo que dedica observaciones atinadas al autor y a la obra.

«Guido, decía José M. Estrada en la *Revista Argentina*, pertenece a aquella raza exótica en la tierra, anómala en nuestro siglo, de los que se sienten caídos en el seno de las realidades en que todos vivimos. Sus inspiraciones son como las reminiscencias platónicas. Aspiran a su región nativa y viven en el transporte místico. Sucían desde su oriente hasta su ocaso, y cruzan el mundo deseñando lo que a todos los hombres apasiona, con la mirada absorta por lo que divisan a través de lo real, en la transparencia de su fantasía, y conservando familiarmente con el genio que crea sus visiones y formula sus estrofas. Como el vate antiguo, no sufre intermitencias en su contemplación ideal, ni veleidades de su munien. Guido es poeta por naturaleza, por fatalidad; ha vivido cantando y morirá soñando.»

Otro juicio más detenido vino después de la luz pública. Diseñando el poeta en el precedente, conocemos ahora la índole de sus versos, en las páginas de este, atildadamente escritas por el Dr. Pedro F. Goyena.

«La musa del Sr. Guido, enseñaba, se mantiene con noble actividad en una región serena, desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasión, perdiendo su impermanencia, llega a transformarse en dulce y apacible sentimiento. La musa del Sr. Guido no se deleita en placeres groseros, ni se abisma en dolores profundos; no ríe, ni se desespera. Una lágrima pura y brillante se desliza a veces por su mejilla, apenas colorida, pero se convierte luego en sonrisa; y sus labios perfumados modulan siempre una plácida, encantadora armonía. El Sr. Guido es clásico por la corrección de la forma y por la simpatía que profesa a la belleza plástica; pero su inspiración vuela, en algunas poesías, a mayor altura que la inspiración pagana; y el sentimiento que se alberga en sus estrofas es más noble y más tierno que el sentimiento expresado en los versos de los poetas antiguos.»

Aceptado el libro del Sr. Guido por sus compatriotas, pasó a los Andes, llegó a Chile, y despertó un interés justísimo, que le atrajo el honor de que informan las líneas inmediatas, tomadas de una carta de D. Eduardo de la Barra, Secretario de la Academia de Bellas Artes de Santiago de Chile.

«La Academia de Bellas Artes, dicen, ha elegido a usted por unanimidad miembro honorario, en calidad de correspondiente extranjero, a propuesta de su Director D. José Victorino Lastarria y del que suscribe. Cábeme la satisfacción de comunicárselo, dándole al mismo tiempo mis parabienes por la simpática acogida que encontró la proposición, entre los hombres de letras más notables de este país, a quienes usted fué presentado como modelo de la poesía americana.»

Las «Hojas al viento», después de haber recorrido la América, impulsadas por próspera fortuna, atravesaron felizmente el océano, y cayeron bajo los ojos de uno de los mayores poetas del siglo, de Víctor Hugo.

«He recibido, escribía él al autor, vuestro libro magnífico. He leído con emoción los bellos y nobles versos a que habéis unido mi nombre. Sois un generoso espíritu. Queréis la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad. El filósofo iguala en vos al poeta. Os felicito. Yo digo como vos: ¡Adelante! Os estrecho la mano.»

De esta manera asociábanse nobles voces de la patria, a otros nobles acentos de América y Europa, para coronar al poeta Carlos Guido y Spano.

El libro que comenzó la jornada con tanto lucimiento, rodeado de tan favorables circunstancias, no podía quedar sumergido en la indiferencia ó el olvido, que es la tumba de las producciones de la inteligencia.

Agotada la primera edición, esta segunda correrá la misma suerte, en más breve tiempo, porque el gusto literario se desarrolla aquí en las proporciones de esos árboles de la Australia, de los cuales se ha dicho, para encomiar su fecundidad, que se les ve crecer.

En una época, que no es la edad de oro de que hablaba el maravilloso Cervantes, pero en la cual predomina el culto del preciado metal; época positiva en que el Mercurio de los paganos tiene un altar en cada calle, y en que las realidades de la vida están por encima de las aspiraciones del corazón y de los sueños de la fantasía, el amor por las letras es de buen augurio para las naciones jóvenes y ricas, que atraen a su seno, con el aliciente de la especulación a los hombres de todas partes que aspiran, al abanonar la tierra fatigada por la siembra, a encontrar en la tierra de las cosechas fecundas, una cómoda existencia.

Sentimiento tan levantado debe servir de morigerador al espíritu puramente práctico, llamado, sin él, a sofocar la afición estética, que ha formado uno de los rasgos distintivos de nuestra raza.

Carlos Guido y Spano, súbdito de la ley del trabajo diario, que obliga al hombre a comer el pan amasado con el sudor de la frente, pobre de fortuna y rico de imaginación, reúne en su persona los elementos constitutivos del poeta, y conoce todas las fases amargas y consoladoras de la vida, formada por la lucha y la esperanza.

Hojear este libro es una tarea simpática, interesante, consoladora, que da a conocer una existencia probada por los azares, sostenida por los tiernos afectos, embellecida por el cultivo de las más bellas de las artes, confortada por la ilusión de sobreponer el ideal a la realidad, forjándose un medio mejor que aquel que nos formaran las peculiaridades de la vida de cada hombre, ó que nos impusiera el carácter particular del tiempo en que nacimos.

El poeta argentino ha reflejado en esas páginas todos los períodos de su existencia, la sinceridad de la infancia, el arrebató de la juventud, la fortaleza de la virilidad, la severidad del raciocinio, el afecto de la familia, el cariño de la patria, el delirio del amor, la dicha del padre, el acento rudo del jornalero que, saludando a Dios cada mañana, empuña el hacha, é invita á su prole a derribar el arbol, para fundar el hogar del hombre y del ciudadano.

Hijo de América, llevando en sus venas sangre de próceres, ama la independencia, y, sin embargo, se le ve sumiso, abatido, inclinar la frente, esclavo de un dolor que le oprime como un yugo, que él no puede ni quiere sacudir.

Ha perdido á su padre, y la primera página de sus versos es una ofrenda á memoria tan cara; canta á su madre, y las estancias que le consagra, parecen los gemidos desoladores de una existencia acalorada en su regazo, de improviso asaltada por un presentimiento que hiela el corazón, como el cierzo que trasmina las piedras del sepulcro...

El sentimiento doméstico predomina en este libro, que ya presenta reminiscencias del diálogo familiar, y a formula recuerdos de dulces horas; que ora deja escapar el acento marcial, ora exhibe un paisaje, un cuadro ó una estatua labrada con cincel griego en mármol italiano.

Sobre sus páginas, presididas por una sombra venerable, puede espaciar la mirada la tierna doncella, como sobre un libro de memorias ó un museo de familia, porque un velo pudoroso envuelve el pensamiento, al focar la realidad de ciertas imágenes, cual ese vapor que hace impalpables los contornos de los ángeles y las hadas de los pintores púdicos.

El poeta argentino ha cultivado la pureza de la lengua y la pureza de la expresión, desdenando, por una repulsión instintiva de su naturaleza, la forma incorrecta y desenvuelta, tan usual en nuestros días, y por ello inclinada al realismo desvergonzado.

Si en una colección como la presente el crítico ve brillar el relampago de la inspiración, percibe las emanaciones del sentimiento, descubre la firmeza del cincel del lapidario, fáltale la decisión necesaria para desmenuzar las hojas hermosas de la fantasía, que agrupadas en simpático coro, endulzan con sus cantares la existencia apenas de los demás hombres.

Cuando una cita ó la casualidad, reúne sensitivas y hermosas mujeres, apenas es permitido admirar sus atractivos.

Juzgadas por otro con detenimiento, las composiciones del poeta Carlos Guido y Spano, permítasenos solamente saludar su «Aurora», engolfarnos en las sombras de su «Noche», inclinarnos en presencia de la bella y tierna «Amira», derramar una lágrima con su «Nenia», sonreír ante la angélica «María del Pilar», y «Al Pasar», responde como el eco, con un suspiro, al tierno lamento de Blanca.

Quede ahí esa lira melodiosa, suspendida del laurel inmarcesible, exhalando los aromas de las resinas orientales, modulando los arpegios de las cuerdas alemanas, ya herida por el plectro griego, ya pulsada por el hábito de las almas soñadoras.

HOJAS AL VIENTO

POR

Carlos Guido y Spano



Acentos de una alma que canta como los pájaros y las brisas, notas de una lira herida por el viento cálido de la pasión á la mansa corriente de todas las ternuras de la vida y de todas las esperanzas de una existencia dramática, las poesías de Guido revelan en todas sus fases y direcciones el espíritu del poeta y su corazón en todas las peripecias de un carácter principalmente dominado por la imaginación y el idealismo.

Guido no ha puesto su musa al servicio de un propósito, no le ha pedido inspiraciones metódicas, subordinadas á un sistema moral, político ni social. Se ha puesto él, al contrario, al servicio de su musa, y ha preferido dócilmente la palabra vibrante, febril ó dulcísima, que ella le sugiere en sus arrebatos, en sus serenidades y en sus éxtasis.

Guido pertenece á aquella raza exótica en la tierra, anómala en nuestro siglo, de los que se sienten caídos en el seno de las realidades en que todos vivimos. Sus inspiraciones son como las reminiscencias platónicas. Aspiran á su región nativa y viven en el transporte místico. Sueñan desde su oriente hasta su ocaso, y cruzan el mundo desdeñando lo que á todos los hombres apasiona, con la mirada absorta por lo que divisan á través de lo real, en la transparencia de su fantasía, y conversando familiarmente con el genio que crea sus visiones y formula sus estrofas. Como el vate antiguo, no sufre intermitencias en su contemplación ideal ni veleidades de su numen. Guido es poeta por naturaleza, por fatalidad: ha vivido cantando y morirá soñando.

J. Manuel Estrada.

1879.





ESTIVAL



CULTA entre los árboles su frente
El sol de Enero de las llamas rojas:
Con espadas de luz resplandeciente
Corta las verdes y flexibles hojas.

Los follajes se anudan: cual crisoles
Fuden rayos que vívidos chispean,
Y formando lucero de arreboles
En flotante vaivén los balancean.

Torna un destello su esplendor en plata,
Otro esconde en la fronda su tesoro,
Y á través como sierpe, se dilata
Regando el césped con escamas de oro.

Se animan los alegres surtidores
Contando sus secretos en suspiros
Y cubren de diamantes á las flores
En pintorescos y volubles giros.

¡Oh! que suave perfume el de la tierra
Húmeda aún bajo la verde alfombra,
Caricia soñolienta do se encierra
El vagabundo anhelo de la sombra.

El alma se conmueve y aletea
Y voluptuosamente estremecida,
Huyendo de las luchas de la idea,
Se asoma con las ansias de la vida;

Se agita como un pájaro en la rama,
En la rama, que bebe los fulgores...
Y del sol estival, la roja llama
Hace á su beso desmayar las flores.

Angel Estrada, hijo.



PARA EL ALBUM

DEDICADO AL

Poeta Carlos Guido y Spano

Un pensador ha escrito: « Dime lo que lees y te diré quién eres ».

Esta y otras fórmulas análogas no son sino la aplicación, bajo diversos puntos de vista, de la tendencia humana á dar una representación personal ó simbólica á los ideales, virtudes ó cualidades que constituyen y modelan el alma de un hombre, de un pueblo, de una civilización.

Roma guerrera hizo de Marte la deidad preferente de su culto. La sabia y artística Grecia consagró á Minerva y á Apolo sus más hermosos Templos y su adoración más ingenua.

Proponiéndose el pueblo argentino discernir las palmas que el voto nacional consagra al representante más genuino y conspicuo de sus poetas, ha aclamado el nombre de Carlos Guido y Spano, acreditando así poseer en alto grado el sentimiento de la belleza poética, y su capacidad para comprender y elevarse á los más puros y elevados ideales en el campo de las bellas letras.

Dentro de la obra literaria de Guido, hallará siempre nuestra juventud modelos perfectos, de esos que nunca envejecen, ya se trate de cantar, en homéricas estrofas, las glorias de la Patria y las virtudes de sus héroes, ya de pintar, en sollozantes endechas, el desolado dolor de una alma sencilla, que, como la joven paraguaya, llora á un tiempo la ruina de la patria y la pérdida de todos los seres amados.

Por la elevación que caracteriza siempre el objeto en que se inspiran sus composiciones; por la nobleza y el vigor del pensamiento que las anima, por la pasión y la delicadeza del sentimiento que vibra en ellas, y que brotan siempre de fuentes naturales y generosas; por la escultural belleza de la forma. — reflejo todo del alma y de la vida del Poeta, — Guido ha penetrado más hondamente que ningún otro en el corazón del pueblo, así en sus clases más cultas como en las más humildes.

Al consagrarlo, pues, por el sufragio espontáneo del sentimiento público, como el representante más genuino de nuestros poetas nacionales, los argentinos podemos esperar con satisfacción y orgullo el juicio del mundo ilustrado, sobre el carácter y estado de nuestra cultura literaria, desde que, aplicándose á nuestro pueblo la regla de criterio encerrada en el adagio que encabeza estas líneas, se le juzgase con esta fórmula: « Dime cuál de tus poetas es el que encarna más genuinamente el pensamiento y la índole del gusto literario nacional, . . . y te diré lo que eres ».



“Onorate l'altissimo Poeta”



De dos de nuestros grandes hombres guardo un recuerdo imborrable: — de Sarmiento, el escritor fecundo, original, deslumbrante, el gran luchador de la pluma y de la palabra, el paladín de todas las ideas, el campeón de todos los progresos, el crítico, el historiador, el educacionista; — de Guido y Spano, el inspirado poeta de claros pensamientos y serenos ideales, que ha cantado, en versos de cristalina tersura y armonioso ritmo, las aspiraciones del alma humana y las bellezas del universo; ángel bueno, que tantas lágrimas enjugara con su abnegación infinita en la epidemia de fiebre amarilla del 1871.

Sin embargo ¡qué diferencia entre una y otra figura, física, moral é intelectualmente!

No he tratado personalmente ni al autor de *Facundo*, ni el cantor de *Amira*; pero los he visto de cerca, los he observado con la curiosidad indiscreta, minuciosa, casi impertinente con que se mira á los grandes hombres.

Esa cabeza de Sarmiento con sus irregularidades de líneas y relieves, su nariz breve y enérgica, sus labios siempre agitados por estremecimientos inconscientes, su entrecejo lleno de lampos y sus ojos que parecían mirar sin ver como los de un ciego, encerraba un mundo de ideas, en incubación unas, otras cubiertas ya de la hermosa vestidura de su pintoresca palabra, todas originales.

Allí bullía la guerra, luchaban energías encontradas, se chocaban las ideas, los sentimientos, las sensaciones. Sarmiento era la lucha. Parecía que sus labios trémulos murmuraran continuamente el *morituri te salutant* del gladiador romano.

Venerable es la cabeza de nuestro poeta Guido y Spano, encuadrada en su marco de nieve, grandiosa en sus líneas, rica en finos matices, sin accidentes bruscos de color ó de relieve, digna de un dios olímpico, por la majestad que resplandece en ella y la serena calma que realza su expresión habitual de bondad infinita.

Por la frente sin nubes del poeta parece que desfilaran — bellas como las figuras de un bajorelieve antiguo, sonrientes como amables visiones — siluetas de lindas diosas, de ninfas de formas virginales, de genios alados, de ángeles, de niños, de pájaros y flores y que el poeta, al contemplarlos, sonriera dulcemente. Tan feliz, tan bondadosa y tranquila es la faz inspirada del poeta!

«*Le poète est citoyen*», ha dicho (si mal no recuerdo) Saint-Beuve.

Parece que tales palabras se hubieran escrito para nuestro Guido, ó bien que ellas hubieran sido su credo en lo que lleva de vida.

Admiro en Guido y Spano al clarísimo ingenio que ha vertido á raudales sus versos armoniosos inspirados en los más nobles sentimientos humanos; pero, sobre el poeta, admiro en él al ejemplar ciudadano que ha sabido concertar las armonías de sus rimas con los sentimientos de su corazón, el amor de su Musa con el amor de la Humanidad.

Hernando Husoni.



LITERATURA NACIONAL

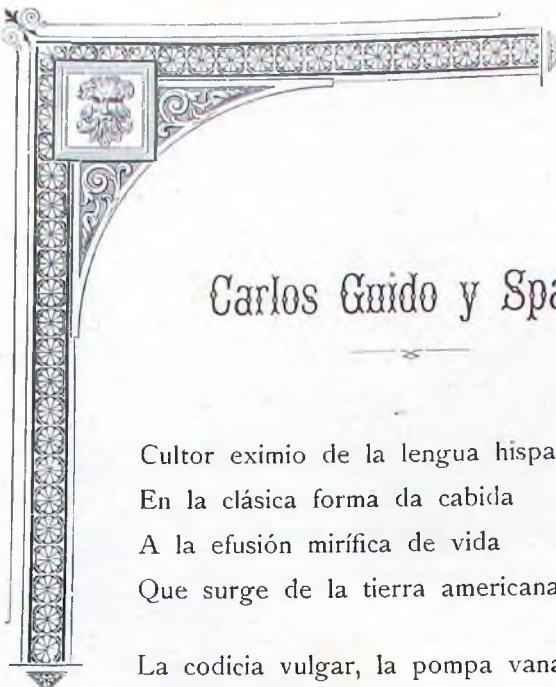
EL MAESTRO — ¿GRIEGO Ó ARGENTINO?

CUESTIONARIO DE LOS CAPÍTULOS

- I. Como cuestión previa, dilucidar si una ejecutoria de nobleza extranjera honra más que el título plebeyo de ciudadano de una patria sin ablenços heráldicos. Traduciendo: si una intachable imitación vale más ó menos que una obra original, acaso con algunos til-des, pero desbordante de la vitalidad de su raza, en vías de un alto perfeccionamiento.
- II. ¿Qué título sería más justo para Carlos Guido y Spano y más lisonjero para sus compatriotas: el de *Maestro griego* ó el de *Patriarca de la poesía argentina*?
- III. ¿Habita ó habitaba algún clásico en nuestro gayo Olimpo, comprendidos los poetas que se educaron en el Colegio de *San Carlos y Universidades de Córdoba y de Charcas*, López y Planes con su «Triunfo Argentino», Labardén con su «Siripo» y Juan Cruz Varela con su «Dido»?
- IV. El verbo eucarístico que recibiera Echeverría del Pontífice del romanticismo francés, ¿imprimió algún carácter fundamental en el espíritu ó en las formas de las letras patrias ó eran también revolucionarios, con la lira como con la espada, los antecesores del cantor de la «Cautiva», Labardén, López y Planes, Rojas, Lafinur, Luca, Monteagudo, como prosista, y Fray Cayetano Rodríguez, quien, si versificaba de rodillas, como pintaba Fray Angélico, cubría, sin embargo, su tonsura con el gorro frigio? Antes del análisis experimental, resolver *a priori* esos problemas sobre la base de la sociología, del medio físico y moral en que vivieron.
- V. Antes de seguir adelante las investigaciones y por razón de método: establecidos los tres grandes órdenes literarios, clásico, romántico y realista, ¿convenría resucitar la clasificación del reino de los *protistas*, acaso el más comprensivo, el que afianza mejor la paz en la intransigente anarquía de sectas; quizás también más racional en estética moderna, que el de Heckel para explicar el origen de las especies?
- VI. Introducido este reino, ¿deben ser incluidos en él todos los poetas del mundo posteriores á los antiguos griegos y latinos? Con tal objeto y descendiendo á la especie argentina de nuestros días, intentar una solución basada en la ley de evolución psico-fisiológica, preguntándose: si las modalidades del instinto y la herencia pierden á medida que se aumenta el caudal de la reflexión.
- VII. Cualquiera que sea el orden ó la escuela á que Carlos Guido y Spano pertenezca, mostrar con toda la precisión posible, que ese justamente querido ciudadano, orgullo de su patria y oasis de sus amigos, es un poeta de élite, un mago de poderoso fascinador encanto, dotado de un sistema nervioso tan vibrante y delicado, tan exquisitamente susceptible á la belleza, que sus versos son esculturas, con el don de hablar, melodías de flauta ó acentos enérgicos de trompa.
- VIII. Sin recurrir á Ascasubi, del Campo, Gregorio Aguilar y José Hernández, y sin otro documento que la obra poética de Guido y Spano, inferir la existencia de una literatura nacional.
- IX. Crear una nosografía literaria argentina, y estudiar, como casos prácticos, á los que podrían figurar en el capítulo de los que padecen la manía del *clasicismo*.

Tal es el cuestionario de un libro, que yo escribiría si no me faltasen absolutamente las dotes adecuadas, y que por esto propongo á nuestras personalidades literarias, (nativas y extranjeras), con la más reflexiva seriedad é inspirado en el deseo patriótico de arrancar á los *clásicos* la gloria de Carlos Guido y Spano, para devolvérsela, una vez por todas, al Parnaso argentino.

Francisco E. Hernández.



Carlos Guido y Spano

Cultor eximio de la lengua hispana,
En la clásica forma da cabida
A la efusión mirífica de vida
Que surge de la tierra americana.

La codicia vulgar, la pompa vana
Del público poder, sabio descuida,
Y firme en Dios, que nunca nos olvida,
Yergue risueño su cabeza cana.
Sabe esquivar la ráfaga y la ola,
Mas la hiel de su época comparte
— Pétalo á savia igual que la corola —
Levantando viril, áureo estandarte
Que á todo viento sin cesar tremola,
Con un lema de luz: *Nobleza y Arte.*

Rafael Fraquero.





Á CARLOS GUIDO Y SPANO

Para su *Album*.

¡Poeta de mi Patria — el elegido
Del Genio de la Musa Americana!
¿Por qué rehusa tu cabeza cana
Lucir el lauro que se te ha ofrecido?

En vano en tu humildad has pretendido
Buscar silencio alrededor: — no hermana
Nunca el silencio con la luz que emana
Del fuego de tu alma — Carlos Guido.

Quiere mi lira, de apagada nota
Unir su acento al argentino canto
Que de las arpas de cien vates brota.

Y en el concierto su cantar levanto
Para decirte que hasta mi alma llega
De tu lira inmortal el dulce encanto.

Emilio G. Fernández.



EN PRO DE LA LOTERÍA

Si, señor, en pro, porque atacar la lotería es tarea demasiado fácil para que resulte atractiva.

Es además demasiado inútil. El que se entretiene viendo la lotería tiene tantas probabilidades de perder su tiempo, como las tiene de perder su dinero el comprador de un billete. Con la lotería siempre se sale perdiendo algo; hasta cuando se gana.

Porque hasta el jugador brutalmente afortunado que saca un gran premio, todo lo que gana en dinero, lo pierde para siempre en amor al trabajo, en espíritu de ahorro y de orden, en fortaleza contra las adversidades, en moralidad, en una palabra. Se le llena el bolsillo y se le vacía el alma; tiene mucho más y vale mucho menos.

Por esto la mayor parte de tales favorecidos, si llegan á caer—y suelen llegar,—ya no se levanta nunca más. Y el que no quiera reconocer esta regla, no venga á consolidarla con excepciones.

Entre otros muchos casos recuerdo el de cierto infeliz, mozo de café, que servía á la mesa del que yo frecuentaba hace algunos años. Habiéndose debido quedar una vez *forzosamente* con algunos billetes de los que revendía á los parroquianos, la antojadiza suerte tuvo el capricho de obsequiar á aquel pobre diablo, que no la buscaba, con un lote de 32,000 pesos oro.

Acto seguido mi hombre tiró la servilleta al aire, se despidió, y no le vimos más ni supimos de él. ¡Los castillos en el aire que hacemos sobre la felicidad que para el resto de su vida se habría sin duda procurado, bien explotando aquella inesperada fortuna dentro del mismo ramo de café, que ya conocía algo, ó por lo menos asegurándola, para ayudarse con su honito rédito!

¿Sí, eh? Pues no habrían pasado tres años cuando nos le vimos comparecer á nuestra mesa, pero no como persona de calidad, sino, otra vez con la servilleta al brazo y en la misma condición de mozo sirviente.

En vicios y vanidades había decaído alegremente casi todo su dinero, y el resto lo devoró la timba, donde el infeliz intentó rehacerse. Pero no era esto lo peor. El antes bien quisito de todos por su afabilidad y presteza en el servicio, se había vuelto hurano, tético, remolón; á todo acudía tarde y mal; y por añadidura no le paraba un centimo en el bolsillo; todo se lo llevaba el juego.

Por fin hubo que despedirte por insolente y maltrabaja. ... Pero ¿vaya un modo de hablar en pro de la lotería!—piensan ustedes.

Es verdad: cambiemos de bisesto y seamos prácticos. Ya que esa institución, más abominable que abominada, ha triunfado en toda la línea, queramos consolarnos, inventándole beneficios y colgándole milagros. Filosofía señores.

Reconozcamos desde luego que la lotería responde con la profundidad de un abismo á esa necesidad que parece sentir á intervalos nuestra razón de desmentirse, de descansar de sus austeras funciones, de bromear carnavalescamente, disfrazada de Imaginación, de Fantasía, de Quimera, hasta de Locura. Una de las canitas al aire que con más gusto suele echar en tal estado, es la de embriagarse con las perspectivas de la lotería, tan placenteras para el noble instinto de la holganza, que tanto dignifica al hombre, alejándole del bruto.

¿Cualquiera se deleite con la perspectiva de la realidad, adusta siempre y mal premiada de mis afanes y trabajos! Es muy preferible alegarse orientalmente en brazos de la ilusión, fiarlo todo á las sorpresas del azar, rectificar el vetusto funcionamiento de la razón, hasta hacerla admitir el absurdo que nos halaga y dar más fe al imposible simpático que al probable odioso... mi billete, mi número triunfará de los muchos cientos que le obstuyen la salida. Una probabilidad mía podrá más que cincuenta mil contrarias. Abajo el buen sentido que nos amilana y mecaniza sin dejarnos avanzar un paso! Sustitúyale la ilusión que al menos en idea nos redime, y que por eso es el verdadero sostén de la vida, más que el pan mismo! Sin riqueza, la vida es un purgatorio, casi un infierno; sin ilusiones, es un cementerio.

Ya que por pasos contados y por viejos trámites no llegamos casi nunca al término de nuestros deseos en punto á riqueza, reine el azar, que tal vez distribuya mejor las cosas que la lógica social. Ya que nada decide el trabajo sin la suerte, á ver si decide algo la suerte sin trabajo. Tal vez es así, sola, como desca mostrásemse, para más avalorar sus favores...

.....
Á este modo de *discurrir*, á este fatalismo *au generis* conduce pronto la lotería. ¿Y condenaréis su obra? No,

porque ya he dicho que es *sui generis* ese fatalismo; es esencialmente optimista. Cuando se compra un billete es porque se tiene fe en el premio, pues nadie es tan loco que tire su moneda solo por el gusto de verla rodar. Cualquiera de esos candidatos á millonarios que se pasea con su billete en el bolsillo, lo menos que se figura es que lleva agarrada la suerte por las narices.... Y esto le permite pasear tan tranquilo, aunque aquella noche no tenga dónde ni con qué cenar.

No le compadezcáis demasiado por el desengaño que le espera al día siguiente y que no le arredrará más que los anteriores. Contra el desengaño que le da cada billete tiene un bálsamo infalible: otro billete. Su optimismo es heroico y se robustece con las mismas contrariedades. Es como el pelo de la barba, que cuanto más se le afeita más se endurece. La fe de ese feliz infortunado se nutre de los mismos desengaños, porque los va considerando como una probabilidad contraria eliminada, como un paso más en dirección á la suerte que le espera y le ama, aunque se haga desear. Ni por eso sospecha él que las probabilidades contrarias que cree haber eliminado en las extracciones anteriores se reproducen invariablemente para cada nueva extracción y por lo tanto le mantienen siempre á igual distancia, es decir, á igual lejanía de la suerte. El no piensa en que la duración de su vida entera es una leve particular en relación con la montaña de probabilidades contrarias que habría de allanar para el logro de sus sueños; él no atina en que el globo en que giran eternamente las miles y miles de bolillas tiene una analogía espantosa con el famoso tonel de las Danaides, aunque por orden inverso, y sigue tratando de agotar las bolitas contrarias del bombo, como las cincuenta hojas de Danaos seguirían tratando de llenar, si viviesen, el tonel de su suplicio.

¿Se quiere un estado psicológico más envidiable? Pues á la lotería se debe este precioso beneficio, que beneficio es eso de vivir en una esperanza perpetua y resistente á todos los desengaños. Las ilusiones embellecen ó sostienen la vida, pero desgraciadamente no se compran. Esto se decía antes; y hoy no puede repetirse. Cada agencia de loterías es un despacho de ilusiones. ¡Oh prodigio! Con cada billete no se compra una fortuna, pero sí el derecho de ilusionarse con ella por dos ó tres días, y esto ya es algo, porque entre tanto se soportan mejor la vida, sus penas y sus estrecheces.

Atrevoos pues á condenar la obra de la lotería, que ha consistido en arrancar millares de infelices de las garras del pesimismo para llevarlos al dulce regazo del más pertinaz optimismo. Al hacer imposible, ya que no la miseria, la desesperación por ella, nos quita el derecho al suicidio y nos arranca la pistola de las manos, porque mientras hay lotería hay esperanza....

¡Sí, todas las loterías deberían llamarse de Beneficencia!

Y á propósito: ¿qué mejor auxiliar de la Beneficencia que la lotería? Nada llena tanto las arcas de la caridad como ese ingenioso sistema de inducirnos á socorrer las necesidades ajenas mediante la ilusión de que socorremos las nuestras. Hasta para hacer el bien se requiere su poquito de picardía; y la Caridad no ha caído en vano en la cuenta de que vacilamos más en dar cinco centavos por limosna que cinco pesos por un billete.

Pues ¿y cómo institución puramente rentística ó financiera? Se comprende que les cueste tanto renunciar á la lotería á los gobiernos que la tienen entre sus fuentes de ingresos.

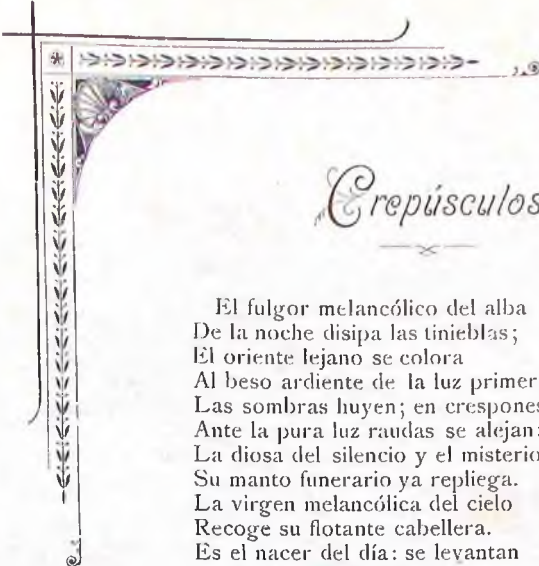
Poi que vamos á ver: una contribución que no obligase á hacer catastros de riqueza ni estudios para su imposición; que por su cobranza no ocasionase persecuciones, vejaciones, embargos, protestas, lágrimas, tumultos ni violencia alguna; que no impusiera á los gobiernos trabajo alguno para su reparto, fijación de cuotas y plazos, ni otra tarea que la de extender los recibos, porque todas las demás quedarían al arbitrio del contribuyente que pagaría ó no lo que le diese la gana, donde y cuando quisiese; una contribución que en tales condiciones resultase pingüe, segura y sin partidas fallidas, ¿no sería un ideal?

Pues tal es, si no me equivoco, la de la lotería.

De modo que es utilísima para la Beneficencia porque convierte el egoísmo en altruismo; lo es para las costumbres, porque aleja de garitos y timbas, donde la pérdida es ilimitada; y lo es para la hacienda pública por lo antes dicho.

¿Qué más? Yo creo que aun se podría hacer de ella otra aplicación administrativa interesantísima.

Con ella podría obtenerse la más cabal y económica estadística del número de tontos que alberga cada localidad.



Crepúsculos

El fulgor melancólico del alba
De la noche disipa las tinieblas;
El oriente lejano se colora
Al beso ardiente de la luz primera.
Las sombras huyen; en crespones densos
Ante la pura luz raudas se alejan;
La diosa del silencio y el misterio
Su manto funerario ya repliega.
La virgen melancólica del cielo
Recoge su flotante cabellera.
Es el nacer del día: se levantan
Dulces murmullos, mágicas endechas;
Cada hoja entona un himno al universo
Y un cántico modula cada yerba.
Los pájaros exhalan sus canciones
En las penumbras de la agreste selva,
Susurros vagos, gratas armonías
Alegre canta la creación entera,
Y en el trébol, cual lágrimas del alba,
Las puras gotas de rocío tiemblan.

* *

Es el morir del día, ya la noche
Majestuosa, su imperio recupera;
El sol va á sepultarse en occidente
Como un titán caído en la pelea,
Y enviando al mundo sus postreros rayos
Las altas cumbres de los montes besa.
Entonando sus últimas canciones
El ave en busca de su nido vuela,
Las sombras con su manto todo envuelven
Y en el espacio brillan las estrellas,
Fanales misteriosos de los cielos
Que en lo infinito fulgurantes rielan.
Es la hora del misterio; hora en que el alma
Impregnada de fúnebre tristeza
Se entreabre á los recuerdos, y solloza
Ante las ruinas de las dichas muertas.
Vago rumor, dulcísima plegaria
De todas partes hasta Dios se elevan,
Y en los ojos, cual gotas de rocío
Vertidas por el alma, el llanto tiembla.

Juan Franceschi.



¿Y LAS ALAS?

La vida escolar de Carlos Guido y Spano ha de ser reveladora para nuestros académicos argentinos, mucho más progresivos seguramente que los universitarios de los viejos claustros.

¿Es necesario aprender artículo por artículo los códigos, bolilla por bolilla los programas analíticos, capítulo por capítulo los libros escritos por los mismo profesores, para que el hombre llegue á ser útil en las diferentes profesiones científicas ó artísticas?

Nuestro querido poeta griego nos contesta que no. Asistió pocos años á la escuela, estudió menos, raboneó mucho, reconoció siempre la grande influencia pedagógica del edecan de su padre que le enseñó á jugar á la taba y otras cosas buenas que esparcen el alma de los muchachos.

A los trece años ya era libre para hacer volar su espíritu por sobre las colinas arboladas, calientes y luminosas de Río de Janeiro.

Y aquí el problema.

¿Hubiera sido tan gentil, riente y azulada su inspiración, como las aguas italianas, si lo hubieran aprisionado durante doce ó dieciseis años en clases monótonas, donde sólo se escuchan palabras estériles de literatura, derecho, etc., en vez de cosas bellas y hechos fecundos ejecutados ó presenciados? — ¡Ah! el deficiente desarrollo moral, intelectual y hasta físico, tiene su mucha historia en las aulas largas, como el parlamento de Cromwell.

El Académico de Daudet repetía siempre en clase su sermón predilecto: «La voluntad humana es el resorte que mueve, etc., etc.» — «¿Y las alas, maestro? le preguntó un muchacho aburrido del zonzonete, «y las alas ¿para qué sirven?»

¡Las escuelas no deben echar tan en saco roto las alas!

Ellas han servido á Guido y Spano para descansar en los ideales celestes, mirando desde arriba, á semejanza de las águilas, las cosas más altas de la tierra.

¿Pueden dar otra cosa mejor las academias?

Un voto, pues: que la glorificación del poeta argentino sea el punto de partida de una gran reforma universitaria á favor de la salud cerebral de la juventud, á saber, que no se la obligue á estudiar lo que fácilmente ha de olvidar después. Désele sólo y en pocas lecciones las direcciones jurídicas, literarias, científicas, fundamentales, pues es perjudicial cansar la cabeza durante tantos años para aprender al fin de todo á revisar imperfectamente el índice de los códigos, á objeto de resolver las cuestiones reales de la vida.





al Poeta



Electo eres de Dios, y tu cabeza
Que argentados fulgores
Consagran con su mística belleza,
Hoy coronan las flores
De noble admiración y de terneza.

Al rendirte homenaje, á Dios aspira
El alma fervorosa.
Él puso en tí la llama que te inspira,
Fecunda y generosa;
El gran artista es Él, tu eres la lira.

Nicolás Granada.



HOY Y MAÑANA



El momento actual está llamado á ser uno de los más fecundos en nuestro desenvolvimiento como pueblo civilizado y libre.

Al revelar las riquezas de la República y su creciente prosperidad, el censo nacional va á presentar desnuda la trama de su vida; expuestas á la luz del día las causas generadoras de vigor excepcional de su crecimiento; de sus fuerzas poderosas de asimilación, cuya labor incorpora día á día á su organismo elementos nuevos, imprimiéndoles su carácter y tendencias hasta confundirlas con su propio sér.

No es ya este pueblo, aquel pueblo de otrora, vacilante en su propia existencia, como nación una é indivisible. Empiezan á acentuarse los perfiles de la nación que adivinaron nuestros mayores: grande en sus ideales y en sus medios de acción; grande en su porvenir.

Conjuntamente con este espectáculo que ofrece al mundo, mostrándose como es, otro fenómeno de orden interno completa su evolución.

La guardia nacional se pone de pie. El eco marcial de las cajas de guerra resuena por todos los ámbitos del país. Trescientos mil argentinos, aun en la primavera de la vida, se adiestran para el combate, con entusiasmo patriótico, en previsión de un peligro exterior.

El fantasma de la guerra desaparecerá en breve, deshecho por un ligero soplo del viento, como los conflictos imaginarios que lo han producido; pero este esfuerzo defensivo de la altivez nativa no se perderá: habrá servido para lo único que debió servir, para tonificar la vida libre, dentro del orden institucional.

Entonces la República hecha y consolidada por el sentimiento de la solidaridad en la suerte común, robustecida por la conciencia plena de su fuerza real, tendrá, para afianzar sus conquistas, medio millón de ciudadanos; y el pueblo animado por ellos y por ellos dirigido, dándose cuenta de todo el prestigio de su autoridad, retomará las riendas del poder perdido para volver por la virtud de su propio sér, al gobierno pleno de la democracia.

Así, el censo y la disciplina de la guardia nacional dolorosamente olvidada hasta ayer como institución orgánica, son, unidos, factores de trascendencia tal, que contribuirán, más que cualquiera otro, á modificar la fisonomía y las manifestaciones de la vida nacional.

Llevan, por eso, en sí mismos, promesas que atraen el espíritu y lo envuelven en sueños patrióticos, dejándole entrever, entre celajes de esperanza, la grandeza futura de la patria inmaculada.

Manuel Gorostiaga.



UN TRIBUTO MÁS

Muchas veces, en este invisible torbellino de la vida periódica, he tenido ocasión de hablar de Guido y Spano, y ha sido mi mayor placer llenarme las manos de flores para arrojárselas al paso. Desde muy joven las imágenes ideales, vaporosas y fugitivas del bardo creador, resplandecían en mi imaginación, sonreían en mi memoria y revoloteaban incesantemente en mis sueños: vírgenes y mármoles griegos, muchachas argentinas, más graciosas y bellas que las de la Biblia, idilios pastoriles, cantos de libertad y de trabajo, himnos patrióticos, afectos íntimos, dulce religión del hogar, todo esto, confundido, colocado en dispersión caprichosa en una gran tela de luz de nuestro cielo, se anima entonces y bulle todavía con la misma agitación y los mismos rumores. Y arriba de todo ese enjambre, y de ese mundo, como envolviendo la vida y la obra del poeta, oigo aún dulcísima, doliente y etérea la canción de Nenia, la "joven paraguaya" que sobre el campo sembrado de cadáveres de una guerra sangrienta, levantaba desde el fondo del bosque americano, saturada de sus perfumes cálidos como incienso, la sublime endecha del nido común, la armonía imperecedera que funde en una llama de amor y de ideal al vencedor y al vencido.

Joaquín V. González.



DESPERTAR

(PARA EL ALBUM DE CARLOS GUIDO Y SPANO)



I

ALLÁ van, como espectros vagabundos,
Girones de tiniebla; rezagados
Semejan de un ejército en derrota
Gigantescos soldados....
Huye la tempestad, huyen las sombras,
El sol, cual si á la vida despertara,
Centelleando aparece en el oriente
Y los pálidos astros de la noche
Parece que se fueran desmayando,
Vencidos por su luz resplandeciente.

II

¡Quién sabe para cuantos desgraciados
Tiene sombras el día,
Oh sol de siempre, que alumbrando surjes
El mismo cuadro sin variante alguna!
¡Oh sol! tú que impasible
Penetras al tugurio miserable
Donde quedó dormido para siempre
Quien tuvo á la miseria por amigo,
Aquel que en noche aciaga,
Cuando el viento rugía despiadado,
En la pobre bohardilla
Le sobró el hambre y le faltó el abrigo.
Si has de salir á iluminar miserias
¿Por qué no ocultas tus dorados rayos
Para siempre en la noche de la nada,
Y dejas reinen por doquier las sombras
Sobre la tierra helada?

III

Y entre tanto el poeta que ha bebido
En la fuente de todos los dolores,
El que maldice y llora
Con todos los que lloran y maldicen;
El que vive en perpetuo desvarío
Porque entiende que el mundo es un infierno
Que nos cuesta mil lágrimas por hora,
Filosofa y medita
Sobre el dolor humano,
Que todas las congojas de la tierra
Tienen una guarida entre su pecho
Porque su pecho á todas las encierra!

Alberto Ghirardo.





Si la inteligencia fuera libre como la voluntad, con el quiero más profundo del alma pagaría un merecido tributo de admiración al primer cultor de las letras argentinas. Pero ¿puede la voluntad vencer al fatalismo de la inteligencia?—Quizás, en las alturas.

Yo desde el valle quiero llegar á la cima para escoger con los favoritos del arte las más hermosas flores del Olimpo y ofrecerlas á nuestro egregio poeta, pero no puedo.

Mis fuerzas no me permiten salvar las abruptas quebradas de la cuesta y fatigado hago alto en la falda de la montaña, desde donde le ofrezco flores del valle que exhalan la frescura del paisaje agreste en cambio de exquisito perfume. Guido y Spano que sabe armonizar la severidad griega de su estilo con la suavidad de su carácter, las recibirá gentilmente.

A. García Aparicio.



VOTO



LA antigüedad fundó populosas ciudades y erigió portentosos monumentos, que fueron de los hombres admiración y orgullo. Sucedió el tiempo al tiempo y de tan grande obra humana apenas subsisten ligeros vestigios; las torres que al cielo desafiaron, son hoy polvo del camino.

Nada queda en pie de lo que fué obra de los hombres, excepción hecha de sus esfuerzos en el orden de las más altas y puras concepciones del espíritu. El genio de los pueblos intelectuales ha salvado el espacio y el tiempo y preside el progreso indefinido de las naciones, estableciendo la misteriosa comunión de los que son con los que fueron y haciéndonos coexistir en un mismo instante del tiempo, en un mismo punto del espacio, con la Grecia de Homero, Fidias y Herodoto; con la Roma de Virgilio y Cicerón; con la Italia del Dante, Rafael y Miguel Angel; con la Inglaterra de Milton y Shakespeare.

El mágico poder de la poesía, elevando al hombre á las regiones del ideal, ha sido la causa primera del progreso intelectual de los pueblos antiguos.

Nosotros hemos reproducido de Grecia y Roma la nota más elevada del heroísmo; pero si queremos que la acción de nuestra patria se prolongue al través de las edades, debemos abrir nuestro corazón y nuestro espíritu á las notas de la poesía, para sorprender el don del noble y elevado sentir y del profundo saber y pensar.

Honremos, pues, á los poetas, amemos sus obras para comulgar con las ciencias y alcanzar la inefable dicha de contemplar, desde las regiones del ignoto, la inmortalidad del nombre argentino.

Emilio Gouchón.



Fué en ese escenario típico, del que casi no quedan rastros, donde encontré al decano de nuestros poetas, con su traje severo de artista, sus blancas guedejas, su frente marmórea, sombreada por las anchas alas de su sombrero de puritano; fué allí donde estreché, por primera vez, la mano de Carlos Guido y Spano.

Todos conocemos al hombre y al poeta. Su reputación ha traspasado las fronteras de su patria y ha conquistado las simpatías de la América. Los estudios sobre sus obras son numerosos y brillantes; alguno de ellos, como el de Pedro Goyena, digno de su talento y su inspiración; otros, como las páginas juveniles que dediqué á su persona, sólo disculpables por la admiración y el cariño que las inspira. La suavidad sin esfuerzos, la belleza transparente de la forma, el genio del arte que modela la estrofa y pulc sus aristas con el cincel de Benvenuto, todo lo posee este poeta, que es una gloria de nuestra patria, y á quien cada argentino debe levantar un altar en su corazón. Él ha cantado todos los grandes ideales morales y patrióticos de nuestra raza; nos ha hecho sentir el acento varonil y altivo del pioner de nuestros campos, y el himno puro del hogar modesto en que unida la virtud republicana; ha enaltecido la libertad asaltada en México por la mano vandálica de la conquista, y ha llorado la desaparición de un pueblo sacrificado en el Paraguay por la barbarie del despotismo; ha modelado estatuas púdicas y graciosas con la delicadeza y la perfección de los artífices griegos, y ha sabido dar un acento á la indignación del patriotismo ante el avance extranjero que pretendía hollar y desmembrar nuestro territorio. Sus himnos patrióticos vibran con la rotundidad y el calor de las más altas inspiraciones escritas en nuestro idioma. Sus trémulas elegías tienen la vaguedad soñadora, el intenso encanto y la melodiosa dulzura de las más felices estrofas de Lamarline y Chénier. No conozco nada más nitido ni más delicioso en nuestra literatura que esas admirables miniaturas que se llaman *Ani hija María del Pilar ó Al Pasar*. Para usar una de sus comparaciones favoritas, diríamos que aquello es vino de Chipre encerrado en ánforas de oro.

¿Para qué repetir, una vez más, trucas y solitarias estrofas que están en todas las memorias y agitan todas las almas? No, dejemos al poeta amado, en el santuario de su inspiración tranquila, recluso en el hogar modesto, en el ocaso de una existencia envuelta en fulgores y vividas llamaradas, como el cielo esplendoroso de los trópicos. Luchador de todas las grandes causas, generoso y desprendido, mantiene vivo en su corazón el culto del pasado y el presentimiento grandioso del porvenir. Polemista incisivo, prosista de frase escultural y diáfana como el mármol del Pentélico, humorista que nos deja en la introducción autográfica de las *Ráfagas* un modelo de belleza insuperable, saludemos en él la más pura expresión viviente del pensamiento literario argentino, tan florido y fecundo en la época de nuestros padres, heraldo de victoria y fundador de naciones, árbol frondoso, que, si deja caer alguna vez sus ramas desfallecidas bajo el helado soplo del mercantilismo y de la abyección política, es para mostrar de nuevo el empuje de su savia y el brillo primaveral de sus fértiles retoños. Entretejamos coronas para las sienes del bardo egregio. Ellas van bien con sus cabellos blancos; ellas refrescarán su frente tersa y olímpica, donde jamás han cruzado sino pensamientos grandes, como en los nevados picos de nuestra Cordillera sólo proyectan su sombra las alas gigantescas del águila ó el cóndor que se cierne sobre las cumbres!

Martin García Mérou.



LA musa del Sr. Guido se mantiene con noble actitud en una región serena desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasión, perdiendo su intemperancia, llega á transformarse en dulce y apacible sentimiento. La musa del Sr. Guido no se deleita en placeres groseros, ni se abisma en dolores profundos; no se ríe ni se desespera. Una lágrima pura y brillante se desliza á veces por su mejilla, apenas colorida, pero se convierte luego en sonrisa; y sus labios perfumados modulan siempre una plácida, encantadora armonía. El Sr. Guido es clásico por la corrección de la forma y por la simpatía que profesa á la belleza plástica; pero su inspiración vuela, en algunas poesías, á mayor altura que la inspiración pagana; y el sentimiento que se alberga en sus estrofas es más noble y más tierno que el sentimiento expresado en los versos de los poetas antiguos.

Pedro Goyena.





AL EMINENTE VATE

Carlos Guido y Spano

Es cada verso que en tu numen brota
Modelo de elegancia y galanura,
Es música que arranca en su dulzura
Un suspiro de amor en cada nota.

Del Plata sorprendiendo á las ondinas
Y el arpa arrebatando á las sirenas,
Alientas con el fuego de tus venas
El brillo de las letras argentinas.

R. G. Godoy.



PAYSANDÚ

Las primeras claridades del oriente deslizábanse entre los transparentes celajes que flotaban sobre el horizonte el 31 de Diciembre de 1864, anunciando que un sol primaveral derramaría en breve los esplendores de su luz sobre aquella naturaleza galana, exuberante de fecundidad, de vida y de belleza, destinada á ser á pocas horas, teatro sangriento de desolación y de muerte.

La guarnición de Paysandú había pasado la noche con el arma al brazo, resuelta al sacrificio inevitable y confiada en vender cara su vida. El espíritu de Leandro Gómez la inflamaba.

Desde la madrugada del 6 de Diciembre, en que comenzó el primer ataque, se había peleado día y noche á fuego y arma blanca con escasos intervalos, bajo un riguroso sitio, soportando el bombardeo de cinco cañoneras brasileras fondeadas en el puerto y rechazando los reiterados asaltos que las fuerzas aliadas del general Flores, compuestas de tres á cuatro mil hombres, y los batallones brasileros, llevaron sobre sus débiles trincheras.

Las familias habían desalojado la plaza el día 9 con excepción ¡23 días mortales! el sacrificio cruento de sus deudos.

Alojados entre el lodo, á la intemperie, sufriendo con hambre fuertes lluvias y los ardores de un sol canicular, rechazaron arrogantes los auxilios que las brindara el jefe brasiler, aceptando los muy modestos que pudieron alcanzarles sus hermanos argentinos, del Uruguay.

La revista del mes había dado próximamente seiscientas plazas; pero después de los sucesivos asaltos que llenaron de heridos los hospitales y sembraron la ciudad de cadáveres, los defensores no llegaban á quinientos, armados de fusiles sencillos, usando fósforos por falta de fulminantes y con sólo una calebrina de bronce, calibre nueve, en buen servicio. Calculábase en once mil los sitiadores, con más de sesenta piezas rayadas y cinco bombarderas.

Toda la noche se sintió estremecer el suelo con los movimientos del ejército cuyos pesados cañones tomaban batería en las alturas, y al aclarar, vióse la plaza rodeada, sin punto de refugio, como un buque en alta mar.

En una torre de la iglesia, ondeaba clavado á su mástil el pabellón oriental, recibiendo altanero las granadas imperiales; á su lado flotaba la bandera roja y en la otra torre una bandera negra.

Inicióse el cañoneo desde la «azotea de Gómez» y á poco rato una bala que pasó tangente al torreón «Baluarte de la Ley» rozando apenas el revoque, se llevó la última fila del Batallón «Defensores» yendo á hundirse una cuadra más lejos en la garita del cuartel de Guardias Nacionales, á cuyo centinela llevóle un pie.

Catorce hombres quedaron tendidos, trozados de la rodilla abajo. Con mirada estoica contemplaban algunos sus miembros separados...

Fué la primera sangre que se derramó ese día, y como la señal para desbordarse el torrente. ¡Siguiose una verdadera borrasca de 54 horas!

.....
El dos de Enero de 1865, todo ha terminado.

Montones de escombros envueltos en rojizas llamaradas y sepultando centenares de guerreros, señalan el sitio donde tres días antes se alzaba una pintoresca ciudad; y grupos de soldados ennegrecidos, sangrientos, ebrios con el triunfo, sellado á favor del armisticio, asaltan con avidéz aquellas ruinas, arrebatados por sus pasiones sin freno, semejando espíritus infernales vomitados del averno; pero no faltan pechos varoniles que, desafiando verdaderos peligros, se precipitan en aquel horno ardiendo, anhelosos de ejercer una acción humanitaria, deteniendo el brazo homicida ¡disputando bocados á la fiera! y salvando de la matanza á cuantos pudieran amparar.

Uno de ellos ha volado desde Buenos Aires, dispuesto al sacrificio, en alas de su espíritu enardecido por la pasión de todos los heroísmos, que más tarde le llevara á conquistar la «Cruz de Hierro» entre el tendal de muertos que enlutó nuestra ciudad.

Carlos Guido y Spano, el vate sentimental, el melodioso cultor de las musas, llega de los primeros, se asocia á José Hernández, el agreste cantor que se entró al Parnaso en potro, para extraer de entre las ardientes ruinas lo único que esperaban hallar de un amigo, de un hermano: sus despojos; pero Dios permitió que pudieran estrecharlo entre sus brazos, vivo y no rendido, para que treinta años después, rememorando aquel hecho, pueda expresarle en breves líneas su cariño y gratitud.

Rafael Hernández.



Carlos Guido y Spano

Si al pasar afanosamente por una calle central de Buenos Aires se encuentra un hombre que parece viejo y es joven, ó que parece joven y es viejo, cómodamente sumergido en una especie de balandrán que por abajo le llega á los tobillos y por arriba le oprime el cuello, negligentemente agobiado bajo un sombrero de forma redonda y de amplísimas alas; tan negro en su traje y su sombrero como es blanco en su rostro insinuante; tan firme en su paso juvenil como parece débil por el enorme bastón en que se apoya, — aquel á quien se describa el desusado personaje, exclamará inmediatamente.

¡Carlos Guido!

Si estando en sociedad se ve entrar el mismo caprichoso personaje, siempre con su balandrán y su bastón, pero sombrero en mano, libre la despejada frente, en clara luz las á un tiempo delicadas y varoniles facciones, vivos los ojos, aguda la nariz, contorneada una boca femenina por un bigote blanquecino, y aguzado el rostro por una barba patriarcal, será preciso carecer hasta del instinto de las formas para no adivinar que en el contraste de aquella apariencia estrafalaria con aquella hermosa cabeza de poeta moderno y caballero antiguo, hay una personalidad interesante.

Si entrando en su aposento, se encuentra á GUIDO en el tranquilo familiar sin su disfraz de calle, sin aparato adverso ó favorable, se encontrará un hombre de edad media, singularmente envejecido por no se atina qué motivos al parecer incapaces de mellar aquella vida risueña y saludable; perpetuamente rejuvenecido por el calor de la mirada, de la palabra y del fácil entusiasmo de su ambiciosa fantasía.

Cualesquiera sean el momento y la ocasión, lo primero que se nota al hablar con GUIDO es « la armonía discordante » de su voz; varonil en la entonación, infantil en la modulación, produce un contraste agradabilísimo, tan atractivo como el producido por los efectos tónicos que se llaman discordancias armónicas en música.

Para el que tenga oídos en el entendimiento, esa virilidad de entonación opuesta á la dulce infantilidad de la modulación, es una nota del carácter del hombre.

Vida madura en la razón, en la experiencia y en la lucha, tiene todas las propensiones, formas, modos y apariencias de la virilidad moral é intelectual.

Sensibilidad continua, tiene todas las dulzuras, blanduras y delicadezas espontáneas de la infancia.

Después de esa primera sensación orgánica, experimenté, al oír á GUIDO, una sensación intelectual; una especie de espanto de razón, un como malestar del juicio recto.

Dependerá quizá del hábito que tengo de pensar para indagar, de juzgar para afirmar verdades ó oponerme á errores; dependerá tal vez del horror que, á toda ocasión y en cualquier momento, tengo á la palabra que me parece exclusivamente dirigida á matar tiempo ó á lucir ingenio vano, ó dependerá, en fin, de la preferencia que, entre el silencio meditabundo y la palabra vagabunda, me he acostumbrado á dar siempre al silencio; dependa de lo que quiera, el hecho es que la conversación paradójica y la aflicción inagotable de GUIDO me produjeron en los primeros momentos una extrañeza casi dolorosa.

Mas apenas adquirí el convencimiento de que aquella era una forma de su carácter intelectual, tanto como del moral, la contrariedad se convirtió en interés.

Era sin duda un conversador (*causeur* del género francés), y un donoso conversador el que tenía delante; pero antes que un artífice de la palabra, era un carácter lo que en aquel contraste continuo de la lógica, en aquellas antítesis caprichosas, en aquellas paradojas estrambóticas, veía.

Se distraía y distraía inocentemente, animaba y se animaba jovialmente; confesaba con la franqueza más candorosa su guerra á la lógica, su hostilidad al razonar severo, su complacencia en las tesis insostenibles; su pasión por la alegre gimnasia de la fantasía. ¿Qué tenía él de común con los sobornadores de juicio y de conciencia que deshonran la palabra, obligándola por interés ó vanidad á dañar á la verdad, al bien, al amigo, al ausente, al débil ó al temido?

Hablaba porque su naturaleza expansiva lo quería; hablaba paradójicamente, porque el era (y será por mucho tiempo) una paradoja viviente.

Hombre del siglo XIX por su educación, por su cultura, por sus hábitos intelectuales, por su cordial coparticipación en las tendencias más radicales del arte, la política y la sociabilidad de nuestro tiempo, es hombre de la antigüedad por sus inclinaciones poéticas y hombre de los siglos medios por su caballerosidad ansiosa.

De no haber nacido en el siglo de Pericles (que él sabe perfectamente que fué también el siglo de Aspasia) hubiera querido nacer en el siglo de Petrarca (que él recuerda tristemente que fué el siglo pos heroicos de la América latina en que su digno abuelo consagró con su sangre la libertad de Chile (*La noble sangre de mi heroico abuelo*) ó en que su generoso padre servía con la espada y con la pluma á la independencia de la Argentina y á la libertad de todo el continente.

Esta consaguinidad con hombres dignos de Plutarco, la costumbre de prescindir de las realidades triviales, el enfrenamiento de su actividad fantástica y sensitiva en épocas de pasada reconstrucción, solitaciones del pasado, presente y porvenir de la humanidad sobre su espíritu ¿qué habían de producir sino producan un poeta lírico y un paradojista?

Pero un paradojista amabilísimo. Pocas veces, si alguna, se ha dado en un descontento de su época una jovialidad más sana, una donosura más intelectual más benévola, una ecuanimidad más contentadiza.

Eugenio M. Hostes.



Dr. Carlos Guido y Spano

¡Ilustre amigo!

Válgame ser chispa en este incendio intelectual de la patria que rutila hoy sobre sus laureles: ¡Cuánto elogio al viejo bardo! ¡Cómo se acordará de sí mismo al recoger las coronas! ¡Cuánto altruismo! Al dedicarle una página, como primicia, no quiero, sin embargo, que se acuerde de sí mismo; quiero más bien que se acuerde de mí, -al leer mi obra,- y que me tenga presente, como un testimonio vivo, personal, casi egoísta, de afecto puro, que cuatro generaciones han conservado en el ara de los penates.

Llegó el invierno, y con él las noches largas y frías.

En una de ellas, gemía el viento en la ventana, y, en sus quejidos, parecíame oír voces misteriosas que despertaban en la mente recuerdos de montaña, ruidos de selva, y frases mitológicas de un mundo extinguido.

No soy supersticioso, aunque á veces, cuando como rabanillos, ó alguna otra legumbre que contiene azufre, se despierta en mi cerebro una idealidad extraña que se parece por algo al misticismo, y me salta en la memoria, como una liebre fosforescente, aquella estrofa de Echeverría:

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto á porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.

Nunca he aprendido nada con el rumor del viento; pero la fantasía goza, sin duda, al modelar mágenes sutiles y graciosas, despertadas por una música tan vaga como intraducible.

De todas maneras, aquel misticismo no tiene nada de hostil.

Si se apodera del ánimo cuando estoy escribiendo, mayor es el placer que experimento al pensar en Castellano; leo en voz alta lo que va naciendo en el papel, y me parece más dulce: se me ocurre que las figuras son más blandas, y que la imaginación se pasea como entre una brisa de criaturas etéreas, hadas ó sílfos, que se bañaran en un ambiente de transparencias irizadas.

Gemía, pues, el viento en la ventana, y su canto gratisimo acompañaba, por decirlo así, la descripción que estaba haciendo de una gruta, en la que sólo debía intervenir la severidad del geólogo, y no los fantaseos de un poeta. Pero no podía escribir con la gravedad que deseaba y, de tiempo en tiempo, una frase lujosa involuntaria descomponía el conjunto de las rocas rígidas. Establacióse una lucha entre las acciones de la razón, de la voluntad y del lirismo, y comprendí que el numen científico me abandonaba.

Solté la pluma, y encendí un cigarrillo.

Mientras las nubecillas azuladas jugueteaban en torno mio, cerré los ojos y escuché «las armonías del viento.»

De pronto se dejó oír el grito estridente de una lechuza, tan inesperado como siempre, lo que me obligó á abrir los ojos, y ví, sobre la bolsa de huesos, una imagen fugitiva de lechuza, simple coincidencia, sin duda, de la interposición de una nubecilla de humo, y de la proyección exteriorizada de la forma mental del ave nocturna, evocada repentinamente por el grito. No podía ser de otro modo, porque, sobre la bolsa, no había tal lechuza.

Quise continuar escribiendo; mas no pude. No encontraba ni los giros naturales, ni las palabras propias, y á cada momento miraba la bolsa.

No soy supersticioso, ni completamente egoísta.

Sentí algo bien definido como una aflicción, pensando en muchas cosas, sobre todo en la injusticia de la suerte que mata un cráneo tan hermoso, y probablemente tan lleno de cerebro superior, y deja vivos tantos cráneos huecos.

Y al pensar así, observé de pronto que la música del viento volvía á entrar por la ventana, y á penetrar por la puerta los rayos alegres de un sol de invierno. (C. I., *La bolsa de huesos*)

Eduardo L. Helmberg





Al poeta Carlos Guido y Spano

¡Honor á nuestra patria amada, que honrando, á veces, « al más digno, » hoy glorifica justiciera al inspirado y dulce vate, al filántropo abnegado, al más ateniense de sus hijos!

Si Horacio nos oyera,
Si nuestro gozo contemplar pudiera,
« Marcad con piedra blanca, — nos diría —
La fecha de este día. »

Eduardo Ibarbalz.



LLUVIA DE ORO

El autor de «Pasquinade», «Ojos criollos», «Trémolo», «Banjo», de bellezas musicales, chispeantes, sin modelo y sin copia, Gottschalk poeta, soñador, caballeresco, impetuoso como el huracán y á la vez dulce como las baladas que su mente forjaba y sus dedos traducían en el teclado durante las melancolías de la hora vespertina; Gottschalk, la juvenil y gallarda refundición del espíritu de Byron, había llegado al valle del Caplina (1) al pasear sus triunfos artísticos por el mundo.

Nada más grato á su alma que el color, la luz, el paisaje, la fronda umbrosa partida por torrente bullicioso, el calor que desprende emanaciones de mirto y magnolia, de arrayán y trébol, las brisas de la sierra y del mar que olean la frente y vigorizan la sangre, los nidos humanos que cobijan tiernas alondras para el amor nacidas y el himno de la naturaleza, que es allí música y movimiento, ritmo y vaivén que adormece, voluptuoso deliquio, no soñado antes y no olvidado jamás, para recreo primaveral en el invierno de la vida.

Hasta allí siguió á Dolores, hurí del Rimac, viajera por amor. Un apuesto alférez de navío era déspota de tal esclava, que tenía esclavo al genio del arte.

Alina, la rubia Alina, había visto en tanto á Gottschalk con sus grandes ojos azules y recibido el choque de su belleza varonil; le había oído en sus deliquios musicales y entregado su alma entera, pero el maestro veía á Dolores, oía á Dolores, sentía á Dolores, moría por Dolores, por Dolores, toda caprichos, toda nervios, toda flexibilidad y abandono, capaz de las mayores distinciones, dueña de las más exquisitas elegancias, á Dolores que cobraba en el sufrimiento de su amante grandioso, el desdén de su vulgar amado.

Desfallecimientos de la esperanza, tormenta de celos, debilidad que avasalla, cadenas que no pueden quebrantarse, sed ardiente, sed de amor que busca á quien le huye y huye de quien le busca. Gottschalk dudó de sí mismo y acariciaba el pensamiento de la muerte.

La tarde melancólica cubríase de sombras, el hálito caliente hacía zumbar sin término á la cigarra; por las ventanas abiertas penetraba olor de azahares, de naranjo y chirimoyo. Allí, en la semi-obscuridad, el *Pleyel* abierto, enseñaba sus nítidos marfiles.

— Leed, leed algo; ahí tenéis versos escogidos de autores americanos; algo tierno, sentido, dulce.

Y recorrí estrofas diversas, bucólicas, anacreónticas, sentimentales, amorosas. Y recité Nenia, grito del alma sin hogar ni patria, sencilla y tierna trova de Guido y Spano. El maestro saltó al piano.

— Dejadme seguiriros y gemir y llorar con el poeta.

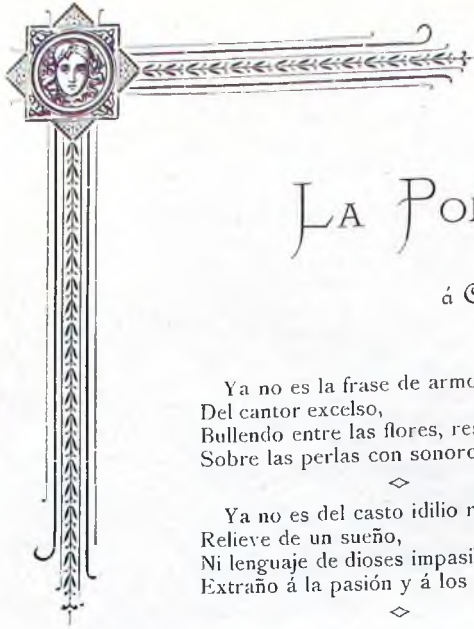
Torrentes de melodía triste, honda, riquísima, nerviosa, vibrante, caían en melopea sublime, indescriptible.

Ya no leía; escuchaba en arrobamiento místico. La música apagaba sus quejidos languideciendo hasta el suspiro que se adivina. El maestro había inclinado su hermosa cabeza sobre el pecho. Su rostro se bañaba en torrente de lágrimas y sollozaba como un niño...

Julio L. Jaimes.

(1) Tacna, República del Perú.





LA POESÍA

á Carlos Guido y Spano

Ya no es la frase de armonía henchida
Del cantor excelso,
Bullendo entre las flores, resbalando
Sobre las perlas con sonoros ecos.



Ya no es del casto idilio remembranza
Relieve de un sueño,
Ni lenguaje de dioses impasibles,
Extraño á la pasión y á los deseos.



Ya no es ideal soñado, ni es la estrofa
La del arte griego,
En mármol esculpida, indiferente,
En el cáliz de amor gloria ó veneno.



Hoy la diosa Minerva guarda el pórtico
Del Olimpo regio;
Y entre mares de luz trazan sus huellas
Las imágenes plásticas del verso.



Hoy es grande, estatuaria, es en el arte
Mármol ó arabesco,
Con grupos escultóricos y ninfas
Que vogan en un mar: el del Misterio.



Hermosa en su simbólico lenguaje
Brillante en su credo,
Cada frase es un cuadro, un panorama,
Cincelado mosaico, luz de cielo.



Tú, el vate de la histórica leyenda,
El poeta egregio,
En tu corona de inspirado llevas
Los laureles de ayer, de hoy los trofeos.

Carolina Freyre de Tames.



CARTA DEL PADRE JORDÁN

Señor Carlos Guido y Spano.

Muy señor mío y estimado amigo:

La Musa "chí di caduchi allori non circonda la fronte in Helicon", esa que sin duda le ha inspirado á Vd. tan bello soneto, le recompensa á Vd. la inmensa satisfacción, que á mí y á toda la humanidad, de la cual forma parte, ha causado su lectura en el propio día de nuestro Santo Fundador y Patriarca; un soneto á San Ignacio de Loyola, escrito por uno de los más galanos poetas americanos, en Buenos Aires y en la decrepitud del siglo XIX. ¡Oh! eso dice más que todos los panegíricos tejidos en honor de aquel Atleta por los más grandes predicadores, hermanos ó apasionados nuestros en la cátedra de la Verdad. Y la pieza vivirá mucho, amigo mío, porque ella es clásica en la forma, y en el fondo; más que clásica, es algo que se remonta sobre los ideales del siglo de Augusto, tanto como sobre los de la Restauración, y la Revolución misma, algo como celeste, divino. Y si los hijos de la tierra pueden interpretar los sentimientos del Padre de los cielos, yo opino que San Ignacio de Loyola le agradece desde allí el obsequio mucho más que puede y sabe agradecerse aquí la pobre falange de proscritos que por él quedárale á Vd. eternamente obligada.

De Vd. atento y S. S.

C. M. M. Jordán.



EL CAMINO DE LOS CISNES

CANTO DEL MAL

Al maestro Guido y Spana

Canta Lok en la obscura región desolada
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.
El pastor apacienta su enorme rebaño de hielo,
Que obedece, — gigantes que tiemblan, — la voz del pastor.
Canta Lok á los vientos helados que pasan
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

Densa bruma se cierne; las olas se rompen
En las rocas abruptas con sordo fragor;
En su dorso sombrío se mece la barca salvaje
Del guerrero de rojos cabellos, huraño y feroz
Canta Lok á las olas rugientes que pasan
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

El guerrero de rojos cabellos no busca
Los tesoros que guardan los senos de Niord;
Al país de las nieves eternas lo lleva su barca
Y una mano invisible y maldita dirige el timón.
Canta Lok al Destino que guía su paso
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

Cuando el himno del hierro se eleva al espacio
Y á sus ecos responde siniestro clamor,
Y en el foso, sagrado y profundo, la víctima busca
Con sus rígidos brazos tendidos, la sombra del Dios,
Canta Lok á la pálida Muerte que pasa
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

Ricardo James Reyre.





Carlos Guido y Spano

*Enhiesto sobre dos nombres históricos, canta
como un zorzal inspirado, los esplendores de la
naturaleza y de la historia de la Patria.*

Vicente E. López.



Asociación de ideas

Yo también, como Silvio Pellico, podría escribir *Le mie prigioni*, pues dos veces, por causas políticas, he ingresado á las cárceles: la primera, por haberme permitido tomar parte activa en un movimiento eleccionario, creyendo candorosamente en la honestidad de un hombre, que al recibirse del mando pronunció estas palabras dignas de Jorge Washington: «Mi programa de gobierno, es el solemne juramento que acabo de prestar»; la segunda, que es la que me sugiere esta página, por haber esgrimido la vengadora pluma del periodista contra la barbarie reaccionaria.

Era en una tibia y espléndida madrugada de Abril, de este mes en que los poetas del otro hemisferio cantan como los pájaros, electrizados por los efluvios de la naturaleza, al compás de las harpas cólicas que vibran en la enramada de los árboles. Salía á esa hora de mi casa, camino de la cárcel, exento de toda culpa, y rumiaba la siguiente quintilla de Guido:

*Del cabello á los botines
Irradia en ígneas promesas
De voluptuosos festines:
Su seno, espíra jazmines
Y su boca, huele á fresas.*

Recitábala mentalmente, cuando mi conductor — un comisario de policía — me interrumpe para preguntarme: — ¿En qué piensa Vd?

— Pienso, le contesté, en el poeta nacional, en el de las luengas, albas y sedosas barbas, en aquel que con mayor pureza y corrección pulsa la lira argentina; pienso en Guido, que ha de ser algún día coronado con un gajo del «laurel altivo».

Invitado por la Junta Ejecutiva de la demostración á Carlos Guido y Spano, á colaborar para el libro que debe editarse en su obsequio, y advertido de que los límites trazados son exiguos — una página en 4º menor — nada he encontrado más apropiado al caso que esta humildísima *asociación de ideas*.

Yo quiero dar una satisfacción á mi pueblo y á mi raza. Anduve rastreando al suelo con las alas — enfermo, el cuerpo y desesperanzada el alma. La vida del momento informada de fatalidad y nervosismo, pareció empañar el fulgor de los astros que guían. Ya no buscamos la resurrección de la vida por el camino de la muerte. Aspiramos á la muerte por el anhelo de no ser, de no sentir, de no pensar. Los anestésicos y el histerismo, el desprecio propio y la poca estimación de los demás, invierten la fórmula Cartesiana: *Yo existo, luego no pienso.*

Hoy levanto mi corazón, y me remiro en los astros brillantes de nuestro cielo. Hay quienes estiman la virtud y la gloria como preseas de nuestra noble raza, y como ideales que merecen el sacrificio de todo cuanto informa la vida.

Van los jóvenes á los cuarteles: los intelectuales honran al viejo cantor de glorias propias y ajenas. ¡Loado sea Dios, que nos ha encaminado por la senda de nuestro glorioso porvenir!

Honremos, ciudadanos, á los que empuñan el acero, sea soldado ó poeta. El primero guarda y ensancha el dominio patrio. El segundo rememora á las gentes con palabras levantadas, las altas hazañas. Y sobre la gloria — ínclita por la fama, levantaremos aquel monumento de que habla el lírico latino — más duradero que el bronce, al que ni las nieves roedoras, ni la usura interminable de los tiempos, ni la mano de Júpiter fulminante — pudieran destruir!

G. Harsen del Castaño.



LUCHA

á Carlos Guido y Spano

El huésped misterioso de la noche,
quedo, muy quedo en el ambiente vaga,
en tanto que adormido el mundo yace
bajo la sombra de sus negras alas.
Del bosque umbrío, en el follaje espeso,
reina profunda, soñadora calma;
duermen las aves en sus blandos nidos
y en el pensil las flores, reclinadas.

Todo en silencio yace; adormecida
al leve arrullo de silbosas auras,
duerme natura en blando arrobamiento
esperando los ósculos del alba.
Duerme tranquila, suspirando amores,
de flores exhalando mil fragancias
mientras rielando envuélvenla los astros,
en dulce y melancólica mirada.

Sólo el silencio de la noche turba
el murmurar sonoro de las aguas
de un límpido arroyuelo que entre flores,
notas y besos, al pasar exhala;
notas que en blando y armonioso ritmo
á confundirse van con las que arrancan
los leves aleteos de los céfiros
que cruzan suspirando la enramada.

Mas de súbito el bosque se estremece,
se agitan las tinieblas y las auras,
de sus nidos asómanse las aves
y dulces notas á los aires lanzan.
Crece el murmullo, agítase natura,
ondean levemente las guirnaldas,
y en armoniosos giros se alza al cielo
el himno anunciador de la alborada.

Como impelidas por ignotas brisas
con lentitud hacia el ocaso marchan
las sombras misteriosas de la noche;
marchan y en tanto hermosa y nacarada
hacia el oriente á despuntar empieza
la primorosa majestad del alba:
la vega, el monte de verdor se tiñen
y el horizonte de carmin y gualda.

Todo de nuevo á reanimarse vuelve
al tibio resplandor de la mañana;
dejan sus nidos las canoras aves
y el hombre activo la feliz morada.
Ya todo es movimiento: el noble bruto
cruza paciente la vistosa pampa,
abre el arado de la tierra el seno,
y brilla entre las mieses la guadana.

Apurando, con látigo de fuego,
los corceles que el áureo carro arrastran,
por el etéreo campo el sol, en tanto,
hacia occidente majestuoso avanza,
persiguiendo en titánica carrera
las sombras de la noche que, abuyentadas,
cual nubarrón que el huracán impele
siguen su eterna acelerada marcha.

Sigue y se aleja el rubicundo Febo;
llega al ocaso; sobre el mundo lanza
sus postrimeros moribundos rayos,
y por el negro abismo de la nada
rodando marcha, persiguiendo siempre
las sombras nocturnales, cuyas alas
por el oriente á despuntar empiezan
de innúmeras estrellas tachonadas.

¡Eterno movimiento, eterna lucha!
En todo cuanto el universo abarca,
mientras el germen de la vida existe,
nada en letargo yace, nada en calma.
Desde el polvo del hombre que fué polvo,
hasta los mundos que perennes marchan,
todo se agita en rítmico concierto
en los antros inmensos de la nada.

Luchemos sin cesar, que es la existencia
continua lucha; en la primer jornada
no desmayemos: adelante siempre,
aunque las dudas la existencia invadan.
¡Con la esperanza de alcanzar un lauro
sólo en el borde de la tumba helada,
sigamos en la lucha de la vida
sin doblegar la frente en la batalla!

Miguel A. Mancellotti.



EL SASTRE



¡Cuántas veces no he oído en las estufas del baño turco, mientras sudaba á chorros, así como suena, á un venezolano, sastre de oficio, que sudaba á la par mía, quejarseme de los desdenes de sus clientes, quienes dábanle á entender con gestos, ademanes é indirectas, cada vez que para ello se les ofrecía una ocasión propicia, que, en resumen, no era más que un desgraciado sastre, es decir, un ganapán de casta inferior, que debía tener á mucho honor que personas bien nacidas como ellas fueran sus deudores por ropa que les hubiese hecho.

— No haga caso, le decía yo, que los desocupados lo desprecien, la cosa es natural; ellos piensan que la ociosidad es el rasgo característico que distingue, á los amos, de la servidumbre que trabaja, y como esos vagos se consideran amos con respecto á Vd. porque le pagan ó debieran pagarle, es claro que le toman por sirviente, y de ahí viene el desprecio.

— Haga de cuenta que, en realidad, no es Vd. un sastre, sino un fabricante de decencias, porque gran parte de las personas que visten bien, sólo son decentes por la ropa que les hace el sastre, y sino vea á aquel individuo allí que con su socio se coloca precisamente en el sitio de la esquina donde más estorba, que escupe sin cesar á diestra y siniestra como un guanaco — sepa el diablo de dónde sacan tanta saliva — que gasta una boca que parece la de una cloaca, tantas son las porquerías que salen de ella en torrente no interrumpido, y que tiene el gusto compadrón de lanzar carcajadas sin motivo alguno, en compañía de su digno compinche cada vez que pasa al lado de ellos alguna persona formal, como para que ésta se dé por aludida y se enoje. Estos individuos visten irreprochablemente una ropa que acaso deben todavía, y si pasan por gente decente, es indudablemente sólo por esos trapos, por la decencia que les ha cosido su sastre.

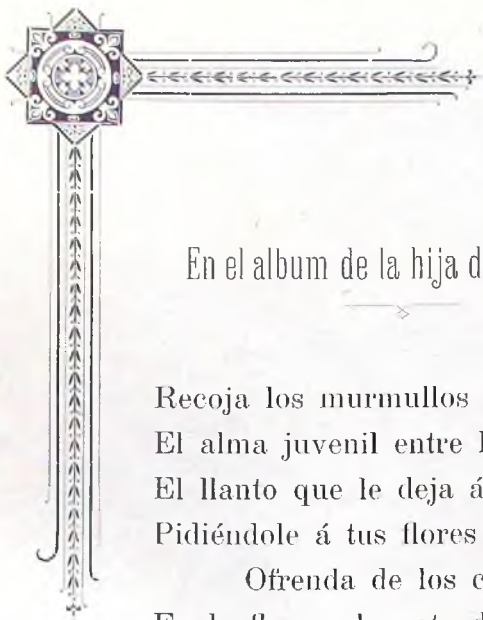
Pero el sastre no es sólo un fabricante de decencias, sino también un corrector de las miserias plásticas humanas, cuando del bajo nivel del artesano, se eleva á las alturas excelsas del artista. Con rellenos, ajustes y amplitudes corrige los excesos y las deficiencias del cuerpo, y una porción de individuos que, vistos en el baño turco, son unos verdaderos horrores somatológicos, bien vestidos, pasan sin grandes dificultades por unos cuasi buenos mozos ante los ojos inexpertos de sus novias respectivas.

— Así pues, cuando algún cliente mal pagador lo desprecie, dele á comprender que su decencia y su aspecto apolónico los debe ambos á Vd., y estará á mano con él.

Así solía yo consolar á mi compañero de los baños turcos, el sastre venezolano, que hoy ejerce su arte en la tierra de la mucha luz, de los muchos colores y perfumes, en la tierra donde se come la fariña seca con porotos negros, que es como si se dijera donde se come pan con galleta.

R. Katzina.





En el album de la hija de Balmaceda

Recoja los murmullos de mi noche
El alma juvenil entre los mirtos,
El llanto que le deja á tu mañana
Pidiéndole á tus flores un asilo—
Ofrenda de los cielos
En la flor es la gota de rocío.

—
Acuérdate que un día el sentimiento
Belleza y juventud en tí bendijo,
Sublime seducción de la esperanza
velando la memoria del martirio—
Tal vez no sea en vano
La bendición del bardo en tu camino.

A. Lamberti.





RASGOS



El espíritu joven, con todos los frescos encantos de la primavera; los cabellos blancos, atestiguando lo largo de la jornada, coronan la frente noble donde brilla el genio.

Tiene en el corazón la ingenuidad del niño y la bondad del hombre justo. Atrae en torno todos los espíritus, porque sus labios destilan miel de azahares.

No le busquéis en medio de raudales de luz. Ama la sombra, la penumbra de los bosques, y, como el ruiseñor, deja oír desde allí sus cantos arrobadores.

Tal es Carlos Guido y Spano.

Lola Larrosa de Ansaldo.



PERIODISMO

— 25 25 —

La historia de nuestra prensa, es la historia de nuestro pueblo. En su origen y en sus evoluciones, prensa y pueblo argentinos han vivido estrechamente unidos. Dentro del viejo régimen, desde el *Telégrafo Mercantil* hasta la *Gaceta de Buenos Aires*, la prensa no podía reflejar sino el absolutismo colonial; pero desde el *Correo del Comercio*, ella vive la vida nacional: reconcentra ideas y las irradia, actuando como fuerza moderadora y como fuerza impulsiva. Nunca pudieron excusarse nuestros gobernantes con la imposibilidad de conocer la opinión, como esos administradores ingleses de la India que fracasan en la dificultad de penetrar el sentimiento de las poblaciones silenciosas del Oriente. Hemos vivido iniciando y haciendo todo por medio de la prensa — lo que no ha impedido la injusticia de la actual situación legal de esta institución. No podemos estar más retardados en legislación de imprenta. El Jurado no existe en los grandes centros de población y de cultura, donde la ciencia y la experiencia no desconocen ya su conveniencia, y está aceptado en provincias donde se sabe que no podrá practicarse con éxito. En la Capital Federal, poco sería que se hubiese retrocedido á la jurisdicción ordinaria, si esta no careciera de jurisprudencia uniforme y no sostuviese en la imputabilidad del delito, que los tres sistemas científicos conocidos caben en la Ley. En Buenos Aires, no hay justicia simplemente: el Jurado está en la Constitución, pero sin ley que le dé vida. La injusticia de esta desconsideración nuestra por la prensa, debe ser grave cuando es general en este momento el empeño de otros pueblos por asegurar en las leyes, garantías propias de aquella, y por levantar la profesión que la sirve. La enseñanza profesional del periodismo ha quedado incorporada el año último, como curso especial, á los estudios sociales y políticos de las universidades de Lille, de Pensilvania y de Berlín. Hay que hablar, pues, alguna vez, tranquilamente, á este pueblo de lo que debe á su más eficaz institución democrática, invitándolo á honrar la tradición del periodismo argentino, como lo han hecho Francia é Inglaterra, en Renaudot y Lord Burleigh, los fundadores de sus primeras hojas periódicas. Algo se haría en este sentido celebrando el centenario de la fundación de nuestro primer periódico, con el Monumento á la Imprenta, la sociedad nacional de previsión y la incorporación de la prensa argentina á la federación internacional de periodistas, que quedó formalmente iniciada el año pasado en el Congreso de Amberes.

E. Lebes.





AL ILUSTRE BARDO ARGENTINO

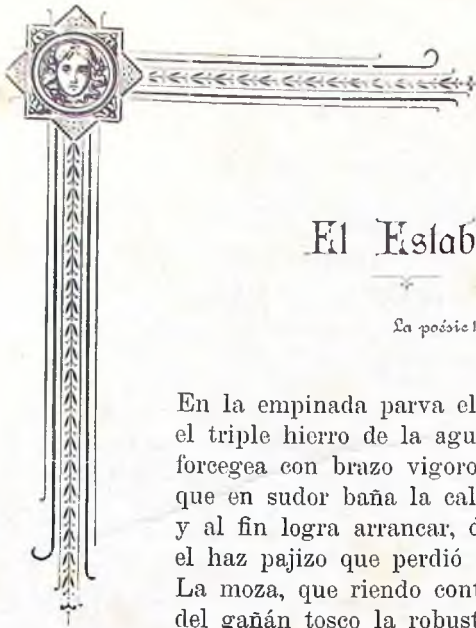
Carlos Guido y Spano

También mi humilde juvenil ofrenda
quiero llevar al templo de tu gloria,
ya que lograste levantar tu tienda,
en la cumbre más alta de la historia.

No el guerrero laurel, ensangrentado
hoy circunda tu frente ¡noble atleta!
hoy el pueblo argentino ha deparado
á tu sien la guirnalda del poeta.

¡Has llegado á la cumbre! tú, el primero
que en alas de su numen soberano,
abre en mi patria espléndido sendero
al sublime idealismo americano.

¡Gloria al bardo gentil! ¡Paso á la idea!
y aunque mi débil lira desentona,
yo también quiero que mi canto sea
una hoja de hierba en tu corona.



El Establo

La poésie!... Mais c'est la vérité.

E. ZOLA.

En la empinada parva el gañán hunde
el triple hierro de la aguda horquilla;
forcegea con brazo vigoroso,
que en sudor baña la calor estiva.
y al fin logra arrancar, desmadejado,
el haz pajizo que perdió la espiga.
La moza, que riendo contemplaba
del gañán tosco la robusta liza,
contra su seno abarca ancha brazada
para regalo de la vaca amiga,
la negra, la mejor, la que más vale,
que al mugir habla y al mirar suspira,
y que la entrega su ubre las mañanas,
de leche blanca y mantecosa henchida,
mientras el ternerillo embozalado
topa y salta, gimiendo de codicia.
Los mansos animales, que han sentido
el incitante olor que se aproxima,
demuestran bulliciosos su contento
con ensordecedora inarmonía.
Llegan hombre y mujer á los pesebres,
reparten por igual yerba y caricias
y cuando ya las vacas silenciosas
el pasto empiezan á rumiar tranquilas,
el gañán se permite con la moza,
de obra y palabra, alguna grosería
que cuanto más audaz, cuanto más torpe,
más la sonora careajada excita.

J. López Gomara.

Mendoza.



MONÓLOGO

El hombre es un animal sociable; lo admito; pero es necesario que la sociedad no absorba al hombre. . . . Evidentemente el mundo externo no nos hace, apenas nos refleja; correr tras el reflejo es abandonar la realidad del sér. . . . La abnegación, la concibo; es el olvido del interés propio en beneficio de los demás; pero hay un abismo entre abnegarse y anularse, tanto cuanto nos engrandece ir á la humanidad, nos reduce ser por los demás, gozar por lo que nos concedan ó sufrir por lo que nos nieguen, con razón ó sin ella. . . .

No hay en este caso ni la disculpa de un egoísmo bien entendido. . . . El hombre, al alejarse de las trivialidades sociales, al romper el obscuro redil donde luchan la vanidad y la mentira, ve abrirse ante sí el ancho campo que el Creador le ha destinado: se siente autónomo y tiene además de la expansión filantrópica, los placeres que la imaginación nos proporciona y los fecundos goces del estudio. La primera nos pasea por entre las flores con que nos brinda la naturaleza y el segundo nos entretiene con los cuentos maravillosos de sus secretos. Una y otra nos acercan á la verdad que conforta y enaltece el espíritu. . . .

Generalmente se quiere circunscribir la poesía y el estudio á los años juveniles; ¡qué error! — La poesía ó el estudio son la vida. Cuanto más adelanta, aquella es más brillante y éste más útil y halagador.

La puesta del sol tiene un crepúsculo más vivo que los tintes de la aurora y cada paso hacia la tumba, un mayor misterio que aclarar. . . .

Domingo Lamas.



LA DEUDA SAGRADA

¡Felices los hombres que, como el modesto ciudadano Carlos Guido y Spano, llegan á inspirar en el corazón de sus compatriotas, sentimientos de admiración, respeto y veneración!

Y ello es tanto más meritorio para tal ciudadano, cuanto que se trata de una existencia consagrada por entero á inculcar el amor á la patria y á sus glorias, por medio del sublime arte de la poesía y del ejemplo abnegado, desdeñando los bienes terrenales y llevando una vida humilde y ejemplar.

Las manifestaciones justicieras realizadas para glorificar al noble poeta, nos demuestran que en medio de la vida materialista y práctica que parece avasallar todo en estos tiempos,—se levantan protestas elocuentes que acusan que aun no ha muerto el espíritu altruista de nuestra raza, y que á los dignos, los hombres meritorios, los que han consagrádose á dar lustre á la Nación,—siempre se les recuerda con cariño y admiración, reconociéndoseles sus valiosos servicios.

La deuda de gratitud que el pueblo argentino va á pagar al querido vate, tiene, pues, el carácter de sagrada, y, cumpliéndola, se honra á sí mismo en su hijo predilecto, porque Guido es la encarnación de lo noble, y sus obras una prueba palpitante de su genio y de su elevado patriotismo.

Antonio Medina.

Gualaguay.





*La montaña de nieves coronada
Es la primera por el sol dorada.*

*Del poeta la blanca cabellera
Es de su inspiración la flor postrera.*

*Reflejando las luces de su aurora,
Doble corona á Guido lo decora.*

Bartolomé Mitre.



DE COMPLETO ACUERDO

Señor Secretario General de la Demostración Guido y Spano.

Muy señor mío y amigo:

Ya que recibí de sus manos la invitación para cooperar en la buena obra de llevar á cabo una demostración de aprecio y simpatía á Carlos Guido y Spano, justo es que á V. vayan estas líneas.

Aunque retirado, probablemente para siempre, de la vida literaria, no puedo olvidar que he estrechado alguna vez la mano del anciano vate, y que he saboreado con fruición sus inspiradas poesías. Me asoció, pues, de antemano, quizás por egoísmo, y no mundano, á lo que Vds. proyecten y hagan, que al verme de nuevo en tan artística y literaria compañía, me parecerá que vuelvo á ser el de antaño, repleto de ilusiones y exento de molestos desengaños.

Amo á Guido por él, por sus versos y por su traje: por él, porque es modelo de hombres honrados; por sus versos, porque me hacen sentir y gozar; y por su traje, porque su enorme fieltro y su holgada opalanda tienen algo, para mí, de la patria argentina, con sus Andes gigantescos y su inmensa Pampa, si nido aquellos del cóndor, que como el genio del poeta se eleva hasta el cielo, morada ésta del simpático gaucho que la recorre á lomos de su brioso corcel, como recorre Guido las anchurosas vegas poéticas, montado en su incansable Pegaso; con la diferencia de que el gaucho alguna vez se rinde á la fatiga y Guido y Spano ni se cansa ni se cansará mientras viva de rendir culto á la belleza en versos armónicos y estrofas esculturales.

Por estas y otras razones que no vienen al caso, yo, que en su día me asocié á lo que se hiciera para Gervasio Méndez, me adhiero hoy de corazón á cuanto se haga para demostrarle á Guido con el aprecio y simpatía á que se refiere la invitación, la admiración que se merece como poeta y como hombre.

Aprovecho gustoso esta ocasión para repetirme á V. atento amigo y

S. S. Q. B. S. M.

R. Monner Sans.

Adrogué.



La Poesía — El Poeta

LOA

POESÍA — ¿Dó vas, bardo de niveos rizos, por la selva oscura? Como antes sereno, ándasla hoy conmovido. Tu frente irradia misterioso fulgor. Tu mirar más se aviva conforme interrogas las sombras. . . ¿Dó vas; qué buscas, poeta! . . .

POETA — He conocido tu voz amiga, musa de las áticas canciones. Y ¡cómo desconocerla; la tengo escuchada tantas veces! Unas, risueña, lastimera, otras, siempre dulcísima. . . ¡Cómo no conocerla! Me preguntas qué busco: ni yo propio lo sé. Mísero destino de la humanidad: ir á tientas en pos de un bien ignorado.

POESÍA — ¿Acaso me buscabas á mí? ¡Ay, quieren que haya muerto! Varios lustros hace que esculpieron en mi lápida esta leyenda desconsoladora. . . «Yazga aquí perpetuamente el idealismo». Ya ves, poeta; la imaginación ha caducado, y con ella el noble anhelo de algo mejor. Los fotógrafos del arte se llevan la palma. . . Si; quieren que haya muerto.

POETA — ¡Morir tú! ¿quién tal pudo decir? Aquí todo está oscuro, es verdad; pero yo sé que allende la selva existe el valle abierto donde espaciar la vista; la ríspida montaña que horada con sus nieves sempiternas el pabellón de nubes. También la mar inmensa, lamiendo, cuando dormida, las arenas de la playa; ora azotando, bravía, los peñascales de la costa. Y aun aquí, en la umbría del bosque, ¿no acaba de filtrar un rayo de sol? . . . un rayo que ha venido á acariciar mi frente. Aun aquí, en la soledad del bosque, ¿no late mi corazón, donde hay fuego, si en mis cabellos nieve? ¿Quién será osado á decir que tú has muerto? Y no obstante, hoy no es á tí á quien busco. . . Escucha. . . ¿nada oyes? De los confines de la espesura llegan á mí rumores de fiesta, notas de laúdes, vocerío de gentes. . . aclaman un nombre. . .

POESÍA — ¡El tuyo, poeta! Ven. Me has mostrado que hay almas en que vivo todavía. Ven; quiero ser yo quien te guíe á donde te esperan la justicia y el triunfo.

.....
Y ambos, el bardo de niveos rizos y la musa de las áticas canciones, cogidos de la mano, continuaron andando la enmarañada selva, en busca de la gloria.

Gervasio Marques.



LO MISMO DIGO

Cuentan de Carlos Guido y Spano que, siendo jefe del Archivo, cierto año en que las autoridades habían hecho un poco menos que de costumbre por el importante establecimiento, lo apuró el Ministro para que remitiese su informe, á fin de incorporarlo á la memoria correspondiente.

Guido, flaco de piernas cuanto fuerte de espíritu, practicaba á la sazón su famosa máxima de que la noche se ha hecho para dormir y el día para descansar, pero al fin tuvo que contestar, y contestó:

“Tengo el honor de informar á V. E. que durante el año transcurrido ni el P. E., ni la Legislatura, ni el que suscribe, han hecho un pito por el Archivo”.

Lo mismo digo de la manifestación de la cual es este libro parte integrante.

Ni la Comisión Directiva, ni la Junta Ejecutiva, ni el Secretario General han hecho un pito para que sea ella lo que es la obra de todos, generosa y entusiasta.

Nació, como Minerva, con todas las armas del éxito, y su realización, ajustada al merecimiento, es el resultado fácil de la grandeza de la idea que le dió vida.

No estamos tan materializados cuando todavía son posibles estas glorias.

Aun somos dignos de la tierra que señalan los Andes y las Pampas como la más alta y la más ancha del Continente. A prueba de lo que venga.

B. Mitre y Vedia.



POEMA ÍNTIMO

Al maestro Carlos Guido y Spano

¿Que trabaje, cuando uniendo
Sus voces Sara y Elena,
Como dos aves cantoras,
Junto á mi estudio gorjean?
¡Imposible!... A cada instante
Un *papá* á mi oído suena,
Tan imperioso que nunca
Pudo quedar sin repuesta.
Arrojo papel y lápiz,
Paso á la sala y en ella
Me extasio como padre
Contemplando á mis chicuelas.
La mayor está sentada
En el suelo, muy atenta,
Casi triste, con los ojos
Clavados en la muñeca.
¿No sabéis qué le sucede?
Pues, su hijita se halla enferma
Y hace dos noches que llora,
Que no come y se desvela.
La menor, indiferente
A tan profunda tristeza,
Sobre la alfombra se estira,
Levanta brazos y piernas,
Y con el perro, su amigo,
Y un payaso horrible juega.
El perro audaz, que al payaso,
Moviendo la cola, acecha,
Sobre él se lanza de pronto,

Lo ase y huye por la pieza.
¡Qué alboroto entonces!... Gritos
De indignación y protesta
Contra abuso semejante
A las lágrimas se mezclan.
En auxilio de la víctima,
La mayor de las chicuelas
Acude luego, arrojando
A la pobre hijita enferma.
Busca al cachorro, que altivo,
Como burlándose de ella,
Entre muebles y cortinas
Corre y salta por la pieza.
Sara, que ya se ha sentado,
En vez de llorar, festeja
Con alegres movimientos
La improvisada carrera,
Y entre alegres carcajadas,
Ma, má, repite en su lengua...
Intervengo, al fin. Deshecho
Doy el payaso á su dueña,
Y con cariño de madre,
Levanta á su hijita Elena...
Vuelvo al estudio... ¡Es inútil!
No existe ningún poema
Como aquel que improvisaron
En la sala mis chicuelas,
Y no hay ritmo más sonoro
Que el de sus voces risueñas.

D. D. Martinto.



POEMA ÍNTIMO

Al maestro Carlos Guido y Spano

¿Que trabaje, cuando uniendo
Sus voces Sara y Elena,
Como dos aves cantoras,
Junto á mi estudio gorjean?
¡Imposible!... A cada instante
Un *papá* á mi oído suena,
Tan imperioso que nunca
Pudo quedar sin repuesta.
Arrojo papel y lápiz,
Paso á la sala y en ella
Me extasio como padre
Contemplando á mis chicuelas.
La mayor está sentada
En el suelo, muy atenta,
Casi triste, con los ojos
Clavados en la muñeca.
¿No sabéis qué le sucede?
Pues, su hijita se halla enferma
Y hace dos noches que llora,
Que no come y se desvela.
La menor, indiferente
A tan profunda tristeza,
Sobre la alfombra se estira,
Levanta brazos y piernas,
Y con el perro, su amigo,
Y un payaso horrible juega.
El perro audaz, que al payaso,
Moviendo la cola, acecha,
Sobre él se lanza de pronto,

Lo ase y huye por la pieza.
¡Qué alboroto entonces!... Gritos
De indignación y protesta
Contra abuso semejante
A las lágrimas se mezclan.
En auxilio de la víctima,
La mayor de las chicuelas
Acude luego, arrojando
A la pobre hijita enferma.
Busca al cachorro, que altivo,
Como burlándose de ella,
Entre muebles y cortinas
Corre y salta por la pieza.
Sara, que ya se ha sentado,
En vez de llorar, festeja
Con alegres movimientos
La improvisada carrera,
Y entre alegres carcajadas,
Ma, má, repite en su lengua...
Intervengo, al fin. Deshecho
Doy el payaso á su dueña,
Y con cariño de madre,
Levanta á su hijita Elena...
Vuelvo al estudio... ¡Es inútil!
No existe ningún poema
Como aquel que improvisaron
En la sala mis chicuelas,
Y no hay ritmo más sonoro
Que el de sus voces risueñas.

D. D. Martinto.





Dos fases

CARLOS GUIDO Y SPANO es un lírico insigne y un epistológrafo insuperable. Muchas veces sus epístolas radiantes encierran más tesoros poéticos que sus odas triunfales y sus elegías conmovedoras, pareciéndose entonces al cedrón, cuyas hojas exhalan un perfume más exquisito que sus mismas flores.

Victoriano E. Montes.



LO DE LAS PERAS DEL OLMO

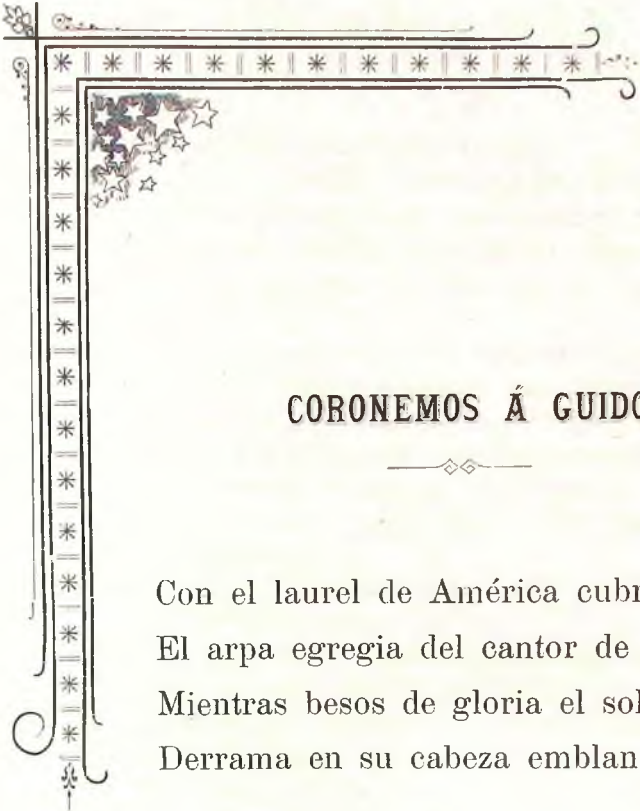
Pedirme, á mí, que, en pro de Carlos Guido y Spano escriba unas líneas que quepan en el estrecho cuadro de una página de un libro en 4º menor, es lo mismo que ceder igual espacio á un subteniente de guardias nacionales del año corriente, para que interprete la estrategia de Moltke. *¡Plaignez moi!*

Necesitaría la potencia intelectual de los clásicos, que grababan con su estileto en la hoja bañada de cera todo un romance lleno de interés y de belleza; ó, aprovecharme, como herencia, de la originalidad de mi tío Juan Cruz Varela, el viejo poeta, que escribió una *Comedia en menos de un acto*, cuyo complicado argumento y enmarañada trama no tenía otra solución que dejar curioso y suspenso al espectador, bajándole de improviso el telón.

Siquiera, entonces, tenga sitio para consignar en letra de molde una dulce y vieja costumbre que, desde muchos años atrás, practico con el amado Carlos: descubrirme do quiera lo encuentro y besarle la frente, en prueba de admiración y de respeto.

Florencio Madero.





CORONEMOS Á GUIDO

Con el laurel de América cubramos
El arpa egregia del cantor de Amira,
Mientras besos de gloria el sol de Mayo
Derrama en su cabeza emblanquecida.

El alma en sus anhelos y quebrantos
La fe de sus cantares necesita
Para cruzar, sin miedo del naufragio,
El océano inquieto de la vida.

M. Mora Araujo.

Goya.



UN AÑO MÁS

Gira la vida en una evolución sin término.

La sucesión de las medidas convencionales del tiempo, únicamente perceptibles para nosotros sus creadores, pasajeros como ellas, no existe en la inmutable eternidad del cosmos. Los siglos, los años, los meses, las horas, los minutos, son instituciones de nuestra relatividad finita.

El tiempo no es más que una idea inspirada por lo voltario y mudable de nosotros mismos y de cuanto nos rodea en la naturaleza; es un tul con todos los matices de la buena ó mala fortuna, á cuyo través observamos nuestro desenvolvimiento é ineludible descenso físico y moral. El tiempo, en verdad, no pasa; somos nosotros los que pasamos cumpliendo la ley fatal del proceso psíquico-orgánico de la vida.

¡Cómo cambian con los días, gustos, deseos y opiniones, cómo se modifican hábitos é ideales!

Un año más que no tiene realidad en la perenne excelsitud del universo, ¡qué influencia ejerce y qué vicisitudes produce, en la efímera vida del hombre! Un año más, que tanto desprecia el mundano, que no siente la niñez radiosa, ni la juventud soñadora, ni la virilidad fecunda, es un girón de nuestra existencia caído en el abismo de la nada; un trozo de camino andado que no volveremos á recorrer; una hoja que doblamos en el misterioso libro de nuestro destino; un pétalo que se marchita en la flor maravillosa de la vida. Un año más, vibración, eco perdido, bólido fugaz, en el colosal desarrollo de la humanidad, puede ser una era en la vida de un hombre. ¡Cuántas esperanzas engendra; cuántos anhelos trunca; cuántas ambiciones fomenta ó destruye; cuántas ilusiones colora ó desvanece; cuántos castillos levanta ó derrumba!

Un año más, siendo tanto y tan poco á la vez ¿hay alguien, por encumbrado y poderoso que se considere, que pueda anotarlo en el haber de su existencia? ¡Qué digo un año! ¿Podemos contar siquiera con el día de mañana?

¡Deponed vuestro orgullo, oh, grandes de la tierra, ante esta sola palabra: mañana! símbolo de nuestra esterilidad y de lo mísero y deleznable de nuestro sér. Un año más ¿hay alguien que pueda ver claro dentro de tan corto límite? ¿Quién puede descubrir el velo del último día?

Angel Menchaca.





Las letras representan para la humanidad la expresión más acabada del progreso y de la cultura. Por su intermedio la Razón, la Libertad y la Justicia—entidades abstractas pero nunca suficientemente respetadas—progresan y se dilatan intensamente, abren nuevas sendas y trazan nuevos rumbos. Sin ellas no serían irradiaciones de luz las que bañaran el entendimiento humano. Oscuro y estrecho resultaría el radio de su gravitación.

Por esto, en presencia de un viejo cultor de tan elevadas manifestaciones del espíritu, adornado de los atributos del talento y con un legado fecundo para las letras nacionales, la expresión que los labios formulan y la palabra que se pronuncia, es de honor y de gloria para el obrero esclarecido.

Damián Mcnendez.

San Nicolás de los Arroyos.

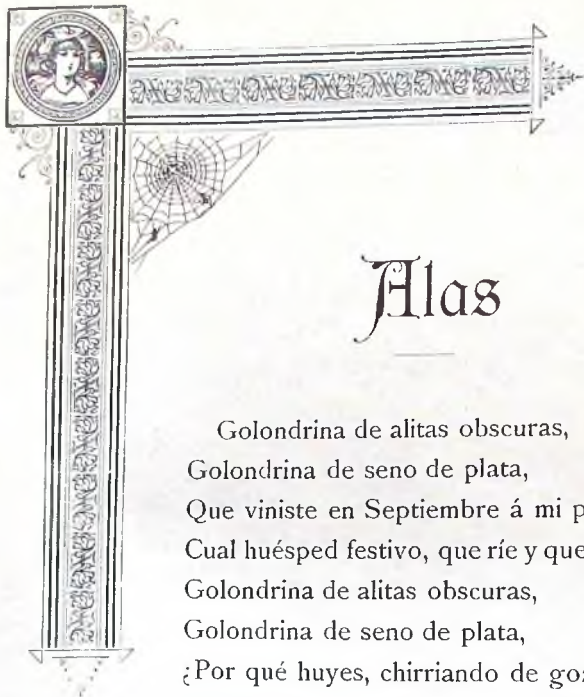


UNA OBSERVACIÓN

La impresión que hace Guido en la calle, es única entre nosotros. A mí me parece un síntoma de progreso. Sólo en las grandes capitales europeas se ve pasar esas siluetas originales que, como las de Théophile Gautier, Barbey d'Aurevilly, el Saar Pelladan y otros, se abren cancha entre la burguesía escandalizada. Y honra mucho á este endiablado pueblo de Buenos Aires, el cariño y la admiración con que contempla la alba cabellera y la negra hopalanda, pasadas de moda, de Guido y Spano. Se ha reído de Sarmiento, que era un gran pensador; pero no se ríe de Guido, que es un gran poeta. Pueblo que así sabe amar á sus trovadores y comprender sus artísticas excentricidades, es ya dueño del porvenir. Porque la pintoresca figura de Guido y Spano y el respeto que se le tiene, me hablan más en favor de nuestra cultura que las seiscientas mil almas que le da á Buenos Aires el último censo, y que las dobles filas de palacios de sus magníficos bulevares.

José Miró.





Alas

Golondrina de alitas oscuras,
Golondrina de seno de plata,
Que viniste en Septiembre á mi puerta
Cual huésped festivo, que ríe y que canta,
Golondrina de alitas oscuras,
Golondrina de seno de plata,
¿Por qué huyes, chirriando de gozo,
Dejando en silencio mi triste morada? . . .

*
* *

Si tuviera tus negras alitas,
Golondrina de seno de plata,
Yo también me alzaría del suelo
En los días sin luz de mi alma,
Yo también cantarí en los aires
La canción inmortal de mis ansias,
Y alejado de un mundo de hielo,
Patrimonio de almas ingratas,
Dejaría espirar en el pecho
Mis hondas tristezas, mis penas amargas.

Córdoba.

Manuel J. Aparicio.





Deslumbramiento

Sueña el verjel. Es la hora de la cita.
Ella asoma en la verja,
Más blanca que los lirios con que viste
El ángel pensativo de la noche
Su carroza de nieblas.
Pupila majestuosa de los cielos
La luna, que se eleva
Del regazo flotante de dos nubes,
Deslumbrante y esbelta,
Decora con jazmines de diamante
Tu adorable cabeza,
Y el viento — Trovador de los espacios —
Deja un himno en su blonda cabellera.

Pedro J. Naon.



Señor Secretario General de la Demostración Guido y Spano.

Distinguido amigo:

Gentilmente me significa Vd. el deseo de añadir mi nombre al de los caballeros que se proponen hacer una manifestación de afecto á Carlos Guido y Spano.

A corazón abierto y como quien corre á pagar deuda de gratitud ó mandato del patriotismo, doy á Vd. la autorización pedida.

Carlos Guido no es sólo el poeta y el ciudadano de todos conocido y amado por todos: es también el maestro de dos generaciones de escritores. Antes de él la *forma* literaria, desde Juan Cruz Varela, Echeverría y Mármol hasta tiempos más próximos, adolecía de no se qué molesto descuido, de no se qué especie de vulgaridad criolla, nativa, si Vd. quiere, pero inaguantable en las regiones eternamente helénicas del arte.

Allá por el año 1870, si mal no recuerdo, publicó Guido las *Hojas al viento*, y fueron la rubia y tierna *Amira*, y *Adriana*, la de *En los guindos*, y *Corina*, la casta, y *Luisa*, la no olvidada, y la hija del Lambaré, nuestras primeras musas, sin olvidar á la hermosa como Ruth la moabita. Todas nos guiaron á los raudales vírgenes y bebimos, merced á ellas, en las castalias y heliconas fuentes.

Si intentara expresar á Vd. mi pensamiento en resumen, diría que Echeverría y Guido, aunque me consta que se desdeñarían entre sí, se complementan de modo admirable. Echeverría es lo nacional, y Guido es lo que á lo nacional faltaba: el arte exquisito. Ambos son mis maestros, y puesto á elegir entre el uno y el otro, me quedaría con los dos, sin soltar á ninguno de ellos ni á cincuenta tirones. ¡Qué más quisiera yo que esta obcecación de mi cariño ó visión exacta del futuro arte argentino, se encarnase en los jóvenes, en los que van á ser mañana más que nosotros!

Basta con lo dicho en esta carta íntima, para significar á Vd. con cuanto entusiasmo y deseo del mejor éxito acompañaré á ustedes en la nobilísima empresa.

De Vd. afectísimo amigo

Rafael Obligado.



LA CORONACIÓN DEL POETA

SAUDADES

En mis viajes por Oriente, me encontré un día, bajo los cedros del ante-Líbano, con la comitiva de Abd-el-Kader que conducía á su familia á Damasco.

Hojeaba el último libro que al dejar la patria, apareciera acompañándome como su último eco armonioso. Al tomarlo de mis manos la hija del Emir, la dije: — «Tú no comprenderás estas «Hojas al Viento», llegadas de tan lejana tierra». — «Te equivocas, contestó. Nacida en Orán, fué mi cuna vecina de la de vuestro idioma, y el de esta sentimental poesía, capaz es de adivinarlo todo corazón de mujer».

*
* *

Muchos años después, de regreso á mi hogar, un día que honraba á éste el gran Poeta, encontré rodeado de un verdadero coro de las musas. Todos los diplomáticos allí presentes habían sido ornados por el laurel de Apolo.

Argentinos, orientales, chilenos, peruanos, colombianos, españoles, italianos, le aplaudían. Al recitar Calvo «Al pasar», pequeña y medrosa niñita dejó caer furtivamente una corona de rosas, sobre la blanca cabellera del autor.

Muy luego pasaron... pasaron, y para siempre, Magariños Samper, Sáenz, Puelma, Paz Soldán, Calvo, López, y hasta mi dulce y pálida primogénita cantada por Oyuela, voló prematuramente á su patria celestial.

Vive De Amicis, quien al conocer aquella noche la sublime poesía de Guido, magistralmente interpretada por Rafael Calvo, se conmovió hasta las lágrimas. Vive el Poeta y su justa fama. «Ora et semper».

Cual dos hojas de verde musgo, color de la esperanza, queden aquí estas saudades de su primera coronación.

Paster S. Obligado.



CONGRESO CELESTIAL

Helicon, Mayo 1895 — Presidencia del Señor Apolo

Presentes las señoritas Clío, Melpómene, Talía, Euterpe, Terpsícore Erato, Caliope, Uranía y Polimnia.

El presidente pulsa la lira, imponiendo silencio á las bulliciosas hermanas, que cotorrean más de lo justo.

APOLO — Señoritas: han llegado á mi oído amargas quejas, que no puedo dejar que vayan al archivo sin ser depuradas: ¡Se os acusa de haber abandonado un hijo!...

TODAS Á UNA VOZ — ¿De cuál de nosotras? (Empiezan á ponerse nerviosas las muchachas).

APOLO — Calma, señoritas. El hecho es que á vuestro hijo le habéis hecho muchos mimos y carantoñas, pero todo no ha pasado de ahí, y el hombre está á punto de morir de empacho de gloria y de estrechez franciscana.

(Tumulto en el hemiciclo. Las hermanitas se arremolinan en torno de la mesa presidencial para ver el retrato de la víctima, que le tiene Apolo sobre la carpeta).

ERATO — Yo siempre escuché la voz de ese caballero y le he dado de mis mejores provisiones.

CALIOPE — Hice por él cuanto pude. Sus poemas tienen la mitad de mi vida.

POLIMNIA — ¿Y yo? ¿No le he dado mis mejores armonías?

TERPSÍCORE — A mí no me ha pedido nada ese señor, así que nada tengo que ver en el asunto. Mejor le hubiera ido conmigo que con vosotras. Por lo menos á ver quien le iba á quitar lo bailado.

URANIA — Yo le facilité el sol, la luna y las estrellas, para que las cantara en todos los tonos.

EUTERPE — Mis más delicados ritmos fueron suyos.

CLÍO — Yo cumplí mi deber: no me vengan con historias, que bastantes tengo sobre mí.

MELPÓMENE Y TALÍA — (A duo) No fuimos llamadas y no estaba bien que nos metiéramos por los ojos.

(El presidente pulsa el bordón de la lira para romperle. Se restablece el orden.)

APOLO — ¿Entonces el Parnaso no tiene culpa alguna en lo que sucede?

TODAS — ¡No, no!

APOLO — Pido á las señoritas congresales que aprueben la siguiente minuta de comunicación:

«Señor poeta: en nombre de mis olímpicas compañeras y en el mío propio comunico, á Vd. que vemos con alegría todo lo que le sucede en ese mundo miserable. No sería Vd. un buen hijo de estas alocadas si tuviera Vd. más equipaje que arpas, sueños y papeles. Cuente Vd. con nosotros, para todo lo que no sea dinero ni cosa que lo valga y sabe que le queremos entrañablemente. *Apolo*».

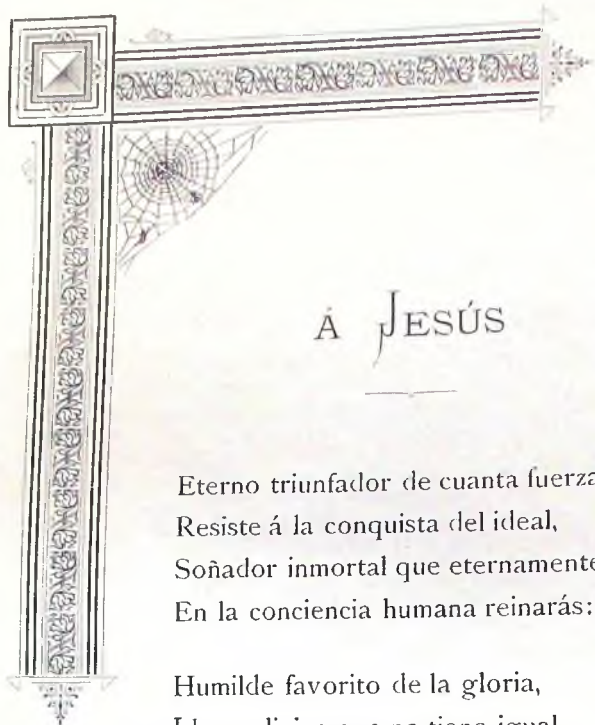
APOLO — ¡Niñas! Quién de vosotras sabe la dirección de este caballero para poner el sobre.

POLIMNIA — No hay necesidad de señas. ¿Quién no le conoce? Ponga solamente: Sr. Carlos Guido y Spano y tirela sobre la tierra, que hoy mismo ha de recibirla.

Y se levantó la sesión.

Enrique Ortega.





A JESÚS

Eterno triunfador de cuanta fuerza
Resiste á la conquista del ideal,
Soñador inmortal que eternamente
En la conciencia humana reinarás:

Humilde favorito de la gloria,
Llama divina que no tiene igual,
Histórica figura del martirio,
Sublime inspirador de la verdad:

Evangelio divino que la tumba
No ha podido matar, y que ha seguido
Sembrando por doquier la libertad:

Levantarás por siempre en todo el orbe
Fecunda tempestad; y tus ejemplos
Con luz inextinguible alumbrarán!

Santiago T. Oliva.

Bahía Blanca.





Crepúsculo

No es nuestro amor idilio en primavera,
Cuando se alzan los árboles en flor,
Cálido efluvio de la edad primera
Toda encendida en límpido esplendor.

Ya entrambos hemos visto á nuestros flancos
Las olas de la vida palpar,
Y cruzando por montes y barrancos,
Y por la inmensa soledad del mar.

Ráfaga de tormenta, bramadora
Por nuestras frentes lívidas pasó,
Y la ilusión que la existencia dora
En su tremendo vuelo arrebató.

Mas ¿qué importa? La tierra removida
Se entreabre, la semilla á recibir,
Y allá, de su honda entraña, á luz y vida
Hermoso el árbol se verá surgir.

Lanza la aurora en campos encendidos
Por los espacios su triunfal fulgor;
La tarde desvanece sus ruidos
En prolongado y místico rumor.

Así el afecto que me inspiras lleva
Lo más rico y profundo de mi sér,
Y es hoy callado aroma que se eleva,
Lo que fué lumbre y armonía ayer.

¡Ven á mis brazos, ven, dulce amor mío!
Ilumíneme el alma tu mirar,
Como en las ondas de un tranquilo río
Ella hacia tí se siente deslizar.

Nublado el horizonte, ardua la senda
Que aun debo hollar en aridez cruel,
Yo alzo en el oasis de tu amor mi tienda,
Y dulcemente me adormezco en él.

Calixto Oyuela.



EN LA CUMBRE

Costeando el río de Mendoza va el camino tortuoso y quebradizo.

A veces se detiene á orillas de una fuente ó en un alegre y diminuto valle; pero siempre ascendiendo se interna poco á poco entre rocas escarpadas, de cuyas grietas corre en hilos blanquísimos el agua que acrecienta los torrentes ó se precipita en el vacío, desflocándose en vapores matizados por el sol con los colores del iris y desapareciendo en la atmósfera como fugaces tules.

Hemos llegado á tres mil novecientos metros sobre el nivel del mar. Las nieves eternas del Aconcahuac, Tupungato y otros picos inaccesibles, se ven, no obstante, á gran altura sobre nuestras cabezas. Fórmanles colosal marco de sombras los abismos violáceos que se abren á nuestros pies, y las cimas que á pesar del plutónico esfuerzo con que han sido impulsadas del centro de la tierra, no llegan á igualar á esos titanes que dirigen al cielo sus brazos de granito para luchar con las borrascas en la región del rayo.

La historia de la humanidad con sus errores, postraciones y anhelos inauditos, presenta panoramas comparables á éstos, en que un genio previsor y supremo parece haber depositado colores, luz, abismos y montañas para la concepción de un mundo más perfecto.

H. de Oliveira César.



Anhelo



Las semillas germinando en los barbechos, los graneros rebotando espigas, los hatos cubriendo las campiñas, los ríos empavesados de todas banderas, los puertos invadidos por millares de naves, las campañas tejidas de rieles, los puentes abrazando orillas, las fábricas vibrantes de heroicas fuerzas, las máquinas relevando músculos, el comercio centuplicando transacciones, la inmigración desfilar sin solución de un día, las iniciativas cada hora más prolíficas, el pico cansado de quebrar el granito de los monumentos del arte y de la industria, los inventores moviendo émbolos y poleas, pilas y alambres, retortas y tubos, los pueblos surgiendo de amenos valles y risueñas colinas, los magistrados perfeccionando la justicia aplicada, los gobernantes satisfechos de su cordura . . . todo esto anhelo ver radicado, incorporado al presente de la patria; pero más que ésto, antes que todo y sobre todo, desearía que la República tuviera madres que educaran el corazón de sus hijos con el ejemplo de las virtudes sencillas, y maestros «argentinos» que ilustraran las cabezas con alimentos de ciencia y de civismo, y los brazos con heroicidades de obrero.

Francisco Podestá.



ELESTE

Un relámpago intenso iluminó la faz del Omnipotente; la eterna melodía de las arpas del cielo pareció de pronto quebrarse en un gemido; estremeciéronse las flores-estrellas, los ángeles doblaron el cuello y suspirantes plegaron sus alas.

¿Qué era?

Al través de los mundos de luz de los astros, veíase la tierra como un punto de triste niebla. Las miradas de Dios ya no se posaban sobre ella, y la pregunta tremenda vibraba aun en el éter resplandeciente, entre los soles estremecidos.

¡Ella! Eva, la hermana, la azucena proscrita, llorando allá abajo en la tiniebla! ¿Y nunca más podría mirar el cielo la mujer lilial y temerosa, que se doblegaba coronada de dolor en la bruma lejana?

En el espacio, todo lleno de la música divina, revoloteaban, como almas de flores azules, los suspiros de los ángeles.

Los seres luminosos formaron con ellos un velo inmenso, que tenía misterios de miradas y encantos de sonrisa; un velo, todo promesas y consuelos.

Luego en dulces y silenciosos giros, hendiendo jardines de luceros, y con las alas tendidas, sus bellas alas de luz de perla, la constelación de Sirios fué extendiendo suavemente, suavemente el hermoso manto azul, hasta ocultar con él la faz del Señor.

Beatrice Penna.



AL PASAR

No necesitaría saber que es poeta para adivinar que es artista y que lo es en toda la amplitud de este concepto, así como no necesitaría saber que se llama Byron el busto correctamente modelado que se me presentara para comprender que esa frente, ese perfil y la expresión del conjunto que constituye la hermosa cabeza del poeta inglés, no podría pertenecer á un prosaico comerciante de la City.

Muchas veces me he encontrado en la calle con el cantor de NENIA, que avanzaba por la acera con su aire reposado, majestuoso, envuelto más que vestido en su traje amplio, abrochado hasta el cuello; la cabellera lacia, nívea, acariciándole la espalda, confundándose á los lados con la barba, que parece alisada por la mano de un niño, completando así el marco que encierra la fisonomía expresiva, á veces melancólica de esa cara en que brilla la juventud, porque la inspiración no ha envejecido, en el fulgor de la pupila, ni en el corte de los labios, en los que parecen vagar bellísimas estrofas.

Le he visto pasar así entre la multitud que se mueve y lo codea, pero he visto á muchos detenerse, mirarle con expresión simpática, revelando en la actitud y el gesto esta pregunta: ¿quién será?...

Cuanto me hubiera complacido acercármeles y decirles al oído: es Guido y Spano, nuestro poeta más querido, y seguramente más de uno me habría contestado: sin conocerle, lo he adivinado.

A otros, les he oído expresar con curiosidad ingenua: ¿por qué se vestirá así? Porque así está bien el poeta, — no por un rasgo pueril, ni por deseo de distinguirse entre los demás mortales, que usan, perfectamente disciplinados, el corte inglés en el pantalón á cuadros y el saco con carteras.

Es que en el gusto y en la originalidad inocente, hay también una concepción propia, hija de la despreocupación y del artista.

El poeta revela en sí mismo la simpatía, el cariño por la holgura clásica y nosotros respetamos eso, que podría llamarse culto, sin concebir que Guido pueda alguna vez despojarse de su traje tradicional, para someterse al convencionalismo de la moda.

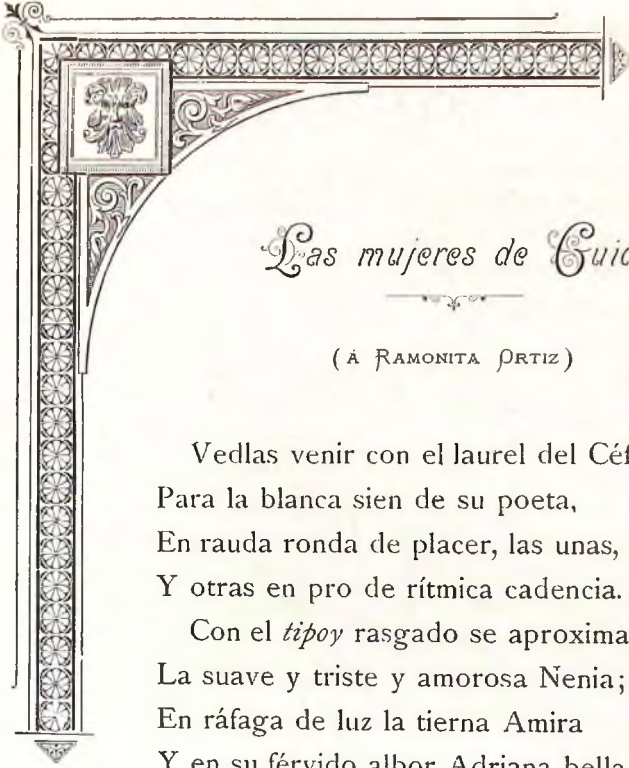
No lo hará. Ya no le pertenece ese derecho, aunque se sorprenda y se levante airado por esta sentencia; no, no le pertenece; así lo hemos conocido cuando niños; así lo han visto, amado y aplaudido los que han aprendido de memoria sus versos y en ese traje, con su cabellera y sus barbas que miran frente á frente al mármol blanquísimo del Pentélico, con el que levantara tantos templos brillantes á su inspiración, — así deseamos verle ceñida su frente, redondeada como la cúpula de un vaso sagrado, con el laurel simbólico.

Ese es el poeta para las gentes que se detienen á mirarle y preguntarse al oído: ¿quién es ese hombre?

¡Ese, es el artista!

Manuel I. Podestá.





Las mujeres de Guido

(A RAMONITA ORTIZ)

Vedlas venir con el laurel del Céfiso
Para la blanca sien de su poeta,
En rauda ronda de placer, las unas,
Y otras en pro de rítmica cadencia.

Con el *tipoy* rasgado se aproxima
La suave y triste y amorosa Nenia;
En ráfaga de luz la tierna Amira
Y en su férvido albor Adriana bella.

Blanca, la niña de la grata historia,
Hermosa como Ruth ¡cuánto se apena
Al ver cruzar con su cendal de flores
A la marmórea, que la muerte espera!

Nydia, Myrta, Corina, Luisa y Laura
Van por el monte á descender, y entre ellas,
María del Pilar, lirio del valle,
La hija de su amor, luz de sus nieblas.

Todas llegad y repetid canciones
Junto al bardo gentil del arpa griega;
¡Salve, grupo inmortal! ¡Oh, Praxiteles,
Lleva este grupo á la escultórea piedra!

Rosario.

David Peña.

El Zángano y la Libélula

De entre el brillante arrebol
que encendía nube hermosa,
cayó en una blanca rosa
dorado rayo de sol.
Y un zanganote gaudul,
que vagaba por el prado,
dijo con gesto irritado
á una libélula azul :
— ¿ Le parece á usted decente
que en nuestras propias narices
cometa tales deslices
ese rayo impertinente,
que de impuras ansias lleno,
finge querer con vehemencia
á una flor que, en su inocencia,
le abre el nacarado seno ?
A mí . . . ¡ vamos ! estas cosas
me parecen irritantes ;
¡ creer hoy día en amantes !
¡ así se pierden las rosas !
Notó el rayo su hermosura,
la vió débil, sin apoyo
y . . . ¿ no oye usted ? ya el arroyo
que anda por ahí, *murmura*
de estos livianos amores
y con malicia no escasa
va contando lo que pasa
á las aves y á las flores.
¿ Qué se dirá en los verjeles
de idilio tan poco honesto ?
¡ Demonio ! ¡ cómo se han puesto
de encendidos los claveles !
La indignación no declina . . .
¡ escuche usted ! es tan grave
el escándalo, que hay ave
que está, en su nido . . . ¡ que *trina* !
Pero usted nada contesta . . .

— ¿ Y qué he de contestar yo,
la libélula exclamó,
si su crítica indigesta
prueba su infame perfidia,
mejor que ajenos deslices ?
¡ ve usted dos seres felices
y se le come la envidia !
— Es que un hecho semejante
pide castigo, y no flojo.
— No fuera tanto su enojo
á ser usted el amante.
— ¿ Yo amante, y siempre dudé
del amor ? ¡ Vaya un error !
— ¡ Qué ha de creer en el amor,
si nadie le quiere á usted !
— ¿ No trinan las aves todas
contra ellos ?
— Está usted en babia ;
lo que cree trinos . . . de rabia,
es dulce canto de bodas.
— ¿ Y el arroyo que murmura . . . ?
— Ni *murmura* ni se queja :
va, de tan gentil pareja,
pregonando la ventura.
Arroyos, aves y flores
hacen, de amor delirantes,
á nuestros regios amantes
objeto de sus loores.
Sólo usted aquí se ensaña,
atufadas las narices,
contra esos seres felices,
y su actitud no me extraña,
que aunque deba, por política,
¡ y así la envidia le roa !
callar, sé que en toda loa
mezcla el zángano su crítica.

Casimiro Prieto.

Poeta. . . nada más

Si es un dios Apolo imparcial y justo, y en el rosado rincón reservado en el Olimpo á nuestros poetas, no teje la intriga sus musarañas... ¿Quién podrá disputarle al dulce cantor de *Edda* el laurel y el mirto de la *Musa lírica*?

De la gruta de Nysa vendriale sin duda la «voz sublime» que murmuró á su oído una fresca mañana de Septiembre:

«Canta»... y trepa la montaña
Audaz plantando allí tu tienda sola»...

Dócil el insigne estilista al embaidor mandato alzó su rústico dolmen, al rayo fecundante del espíritu ático, en una apartada escarpa del Himeto,

*Où l'on ne voit, de toutes parts
Ni la trace de l'homme empreinte
Ni le sillon poudreux des chars...*

para gozar allí, con el místico ardor de un elegido, de «la noble y celeste embriaguez del arte»... ¡Excelsa delectación la suya!... ¿No han forjado los griegos, según Gæthe, el más hermoso sueño de la vida?

La vieja y sabia filosofía de Zenón hacía estribar la suprema felicidad en la ausencia de deseos, pues que sin estos no hay necesidades. Más modesto nuestro poeta que el cisne de la Apulia, lo que en éste no pasó nunca de vaga aspiración,

Quæ virtus, et quanta, boni sil vivere parvo...

él le ha realizado. Las pequeñas grandezas de la tierra no han logrado turbarle nunca en la plácida posesión de sus ideales, prefiriendo la deliciosa paz de su «tebaida» á las gímnicas luchas de la ambición, á los *tergeminis honoribus*.

¡Oh! concíbese su noble fruición de gimnosofista cuando dice, refiriéndose á la fortuna,

«Jamás quemé mi incienso en sus altares,
Ni á ídolos viles, trémulo, adoré...»

Ahora mismo ¿no ha pretendido renunciar á todos los honores que le preparan sus admiradores y amigos, reservándose sólo, como el bardo cretense en situación análoga, un modesto gajo del olivo de Minerva?... *Rara avis est...*

Nació poeta, y cifró su ambición en no ser otra cosa... siéndolo hasta en la acción... ¿Habráse olvidado ya su admirable comportamiento en nuestro año terrible? No hubo vínculo que no cediese en esos inborrables días á la insana presión del pánico; y sabe Dios que proporciones no habría alcanzado aquella enorme desgracia doméstica, si un puñado de hombres, dignos de pasar á la posteridad, no se hubiese impuesto la hierática misión de suplir en la cabecera desamparada del padre, del hijo, del hermano... la asistencia de los suyos, que el miedo del contagio ponía en infame fuga. El poeta demótico, antes sordo á los ruidos y seducciones del Ágara, fué uno de los primeros en rendirse al llamado del infortunio con la estoica decisión del que sabe que el sacrificio de sí mismo, en el ara del dolor ajeno, aproxima á los dioses... ¿Elevábase, acaso, de otra suerte el héroe heleno, al rango de los inmortales?...

El noble espíritu de Carlos Guido alienta en sus versos amigos de la memoria. La humanidad la patria, la familia, la amistad, son sus númenes predilectos. Ellas hánle arrancado tesoros de inspiración y de sentimiento, que alcan la mente abarrotada de algoritmos, nostálgica y triste, á la región azul del Amor y del ensueño... ¿no será, en realidad, hermoso dar cuanto se posca, y no exigir nada en cambio? ¿No era ésta la máxima de la virtud antigua?

Pero ¡qué mayor satisfacción que la suya!... Las Musas, que tienen siempre con los asiduos del Helicón delicadas distinciones, hánle discernido al inspirado cultor de los grandes afectos, el más envidiable de los premios. A la edad en que el alma semeja, de ordinario, triste yermado huerto, y en que «sólo le es dado contemplar los aspectos melancólicos de una de las dos pendientes, el pálido sol que la alumbraba y el río helado que la termina», vibra en la suya, melodioso y ubérrimo, el inefable salmo de la vida. ¡Ah! podría decirse de nuestro poeta lo que decía Voltaire, de *Horacio*, que nos enseñó,

A vivre avec soi même....

.....

A sortir d'une vie ou triste ou fortunée.

En rendant grâce aux cieux de nous l'avoir donné.

«Forjar, ¡oh, jóvenes! hermosos sueños.... siempre quedará de ellos alguna cosa»....

Epifanio Portela.





MI FLOR

Acto solemne como el que entraña la publicación de estas páginas, debe revestir los caracteres de un acontecimiento nacional, como medio de manifestar los sentimientos de adhesión y de cariño hacia un hijo de nuestro suelo que le ha dado las más hermosas inspiraciones de su alma, rindiendo culto á las adorables Musas. ¡Loor al anciano y querido vate que aun en la proveccta edad sabe hacer vibrar en nuestros corazones la fibra más recóndita y sensible! ¡Gloria al ilustre argentino que supo arrancar á las cuerdas de su lira sublimes acentos á impulso de cuanto de más noble tiene la vida.

Grande me siento en mi pequeñez al colocar en la corona tejida en honor de Guido esta humilde flor, símbolo de admiración y de afecto.

R. G. Paterson.



ALELUYA

¡He aquí que me encuentro en el templo del Señor junto á un altar de perfumes! Las bóvedas solitarias del templo llenan de místico recogimiento mi corazón, y una dulce beatitud despierta en mi alma las más tiernas plegarias hacia Dios.

Hay aquí algo del aroma beatífico del Edén cristiano; todo respira santidad y ternura y el espíritu impregnado en el óleo santísimo de la fe, se eleva y embriaga en un cielo de puras armonías y cantares. Soy un peregrino que dobla la rodilla adorando al Dios de sus creencias, soy un oscuro misionero de su fe que lucha bajo la bandera de la Iglesia Cristiana: por esto, humilde y creyente, postrada en las gradas desu templo pienso en Aquél que llenó de encantos la Naturaleza donde palpita su soberana omnipotencia.

La cruz purísima de la fe es al través de la noche histórica del tiempo el símbolo de todas las virtudes cristianas y sus brazos extendidos sobre el altar, esperan la ofrenda del pecador arrepentido que las bañe con sus lágrimas, y allá sobre las tumbas es el lábaro que cobija á los que sufren.

Job, David, Elías con su cantar profético anunciaban al pueblo de Israel la era de la redención que marca la gloria del cristianismo con la aparición del Mesías, del sublime niño de Belén que vemos expirar en oprobioso madero, y es esa Cruz, la que extiende sus brazos, « cima de la luz y de la vida ».

Sí, todo respira alegría.

Aleluya al Sér Omnipotente que con cadenas de luz liga nuestra alma á sus doctrinas y á su fe divina.

Allí, sobre el altar de los perfumes depondré mi ofrenda. ¡Aleluya, hermanos, Aleluya, Salve!

Maria E. Passicot.



ACUARELAS

Al maestro Carlos Guido y Spano

¡Oh, sol de las selvas americanas; Sol de los trópicos, con rayos quemantes, donde ruedan los átomos luminosos y reverbera el menudo polvo de los vientos! Astro rojo, astro de fuego, que en filigranas de oro, desprendidas desde lo alto como finas cadenas, enlazas á la húmeda tierra, que siente en su seno tu fecundante calor, y se entibia la savia, brota la planta, revienta la mies, se abren los cálices, vuelan y se esparcen los perfumes, se endulzan las doradas frutas.

Es la hora estival en que la brisa duerme en el hueco de las peñas y los campos, los horizontes, la atmósfera se tiñen de amarillo rojo; hora en que la ágil culebra, soñolienta se enrosca entre los juncos, los lagartos se hunden en sus cuevas y la giradora golondrina se eleva en el espacio buscando fresco ambiente.

Y es el Valle de Lerma, con sus horizontes limitados por la cordillera de los Andes, gordas montañas de cabezas canas, desfilando por los flancos hacia la extensión inmensa de las pampas, con sus brazos tendidos en el espacio, gigantes en posturas guerreras, desafiando tempestades, y en el fondo los titanes aplastados por la maldición olímpica.

En las lejanías, las praderas, las selvas, los huertos formando cuadros cortados por arroyos turbios, unas veces, por cascadas bruñidas, otras, esa sangre de las peñas, sangre de plata, que bulle y se derrama entre palmas y naranjos, entre altos eucaliptus y coposos ombúes, entre verdes pabellones y arcos triunfales que forman las ramas entrelazadas, las cintas de flores de plantas trepadoras, y corre ruidosamente desde las cúspides nevadas, dejando en las auras y en las hojas, sus frescas perlas, que saltan chocando sobre las limpias piedras.

Después, á la tarde, cuando los crepúsculos se asoman rojos, amarillos violáceos, y el azul claro de los cielos se llena de resplandores de incendio, los colores de la luz del astro de fuego, que, al despedirse, recoge sus mantos desde el lejano confín de las auroras.

Entonces hay armonías dulcísimas: los pajarillos que buscan el nido, contentos, llenos de gracia, con sus alitas aterciopeladas, sus pechos blancos, sus cabecitas inteligentes, cantando un himno de gloria al día, á la luz que se va con resplandores de incendio.

En el bosque, en la selva, en el huerto se oyen gritos humanos, con ecos alegres que repiten las peñas. Ya la tarea ha concluído, y el hogar humea; allá á lo lejos se oye el toque melancólico de oración en la rústica iglesia, y en la cercana pulpería, hay cuerdas de guitarra que preludian endechas, entre el ruido de las espuelas que tocan tierra, y entre el relinchar de los potros que aman la libertad.

En esa hora de los idilios, en esa hora de las pasiones, entre los sonos de una canción del pago, he oído dulces versos, delicados, armoniosos, el gaucho cantando á sus poetas, amando á Guido y Spano.

Agustín de Porcel.



LO NATURAL EN EL ARTE

Los grandes inventos en el orden material han impresionado la imaginación de los pueblos de una manera febricitante y una ansia de innovación ha nacido en el espíritu humano de tal manera, que la tendencia general del siglo que concluye, arroja á una crisis palmaria, sedimentada por el afán enceguecido de progreso.

Ese movimiento apasionado de las ideas ha trascendido al campo fecundo de las letras, cuyos cultores buscan á todo trance elucubraciones novedosas, para presentarse en la escena del mundo literario.

Todo se quiere innovar; la aspiración por lo nuevo ha llegado hasta el delirio, el organismo ha sufrido una alteración psicológica y buscándose nuevos horizontes á la literatura, se producen composiciones que la crítica aplaude, pero que el criterio sano é imparcial no acierta á comprender.

La acción fecunda del ingenio, destinada á expresar los grandes ideales de la vida y á elevar siempre más la condición de nuestra propia naturaleza, se ha esterilizado en nuestros días, dedicándose con ahinco al culto de la forma y á la pompa de la fraseología. Es así que aquella se desvía del rumbo certero que conduce á proclamar las virtudes, ensalzándolas con el vigor titánico de los héroes y á combatir los vicios y las mistificaciones que obscurecen la verdad á los ojos de los hombres.

Los pueblos americanos pueden independizarse de la servil imitación y para ello deben contemplar el hermoso porvenir que se presenta ante su vista, dirigiendo sus impulsos en el orden moral é intelectual, sin preocupaciones de escuela y sin aspiraciones exageradas de novedad que todo lo deslucen.

No nos entusiasmemos con los simbolistas ú otros exagerados extravagantes y aplaudamos á nuestros poetas y literatos que sin hacerse sectarios de un realismo que pasma, han cantado y escrito con naturalidad, talento y valentía las gloriosas epopeyas y los interesantes procesos de nuestra vida nacional.

Pablo Pérez Gomar.



Evangélicas

Las grandes concepciones espirituales se desproporcionan y evidentemente se empequeñecen, al pasar por el procedimiento; porque no encuentran vehiculo que resista la magnitud y majestad de su sér: como el Hijo, al encarnarse, toman sobre su naturaleza divina la mácula humana, y la palabra apenas las expresa y el pincel pálidamente las esboza. Desde el cerebro hasta el buril hay una cadena de rebeliones: por esto todo artífice se manifiesta inferior á su pensamiento. *El Juicio Final*, de Miguel Angel, *La Divina Comedia*, de Dante, *El Descendimiento*, de Rubens, *El Príncipe*, de Maquiavelo, *La Transfiguración*, de Rafael, son cosas muy voluminosas en sí mismas, para requerir, todavía, de ellas, la belleza de la chuchería. La prolijidad es virtud casera talento femenino que ocupa, regularmente, el sitial vacío de un espíritu proscrito. El imperio irresistible de las ideas madres es lo que nos pone de rodillas, al mismo tiempo que impulsa las almas á las regiones de lo sobrehumano: sólo aquello que te obligue á meditar, es belleza. La verdad no necesita de que le zahumen su túnica: ella la perfuma con sus propias odoríferas carnes. Yo quisiera, para mis obras, nada más que la mitad de su hermosura pensada. Los entendimientos geniales no andan á pesca de novedades: dignifican los lugares comunes y las frases hechas: ennoblecen el idioma, el pincel ó el pentágrama, exhibiendo á través de ellos los tesoros de su alma. La idea pura va mejor ligeramente vestida. Se echa á la calle, casi en cueros vivos, á la prole robusta, para que la besen los transeuntes; mientras que se recubre de felpas, encajes y plumas la cabeza de los elefanciáticos. Aquella mente que ha concebido una hija eterna, ha hecho tanto, ya, como cien generaciones, y no le sobran aptitudes para limarles las uñas, empolvarle los cabellos y vestirla de corte: así, como nació, la presenta á la veneración universal. A pesar de todo y aunque parezca un absurdo, el que puede lo más, no puede lo menos. Después de haber sido olímpico una vez sola, no es humanamente posible regresar hasta lo pueril. La meditación depura al espíritu de sus menudencias. La práctica de lo diminuto centuplica los dedos y el ejercicio de lo monumental y estupendo desarrolla alas angélicas. Yacen dentro de nosotros, en estado de letargo, todos los caracteres; pero uno solo se despierta, en la hora oportuna, y los demás mueren de muerte. Las mujeres que sienten la soberanía de su propia belleza, no sentirán jamás el secreto de los afeités. Es de contrahechos el llenarse de habilidades. Desconfiad siempre de la arenga política, de la oratoria sagrada, de los hombres exquisitamente cortesés, de las damas muy almidonadas y compuestas y de las sillas cargadas de cartapacios; porque aquellos discursos serán vanos, aquellos hombres serán falsos, aquellas mujeres serán viejas ó desprovistas y aquellos muebles serán derrengados. Se rellenan de ripios los versos incompletos, para ocultar su cojera; se barnizan los malos cuadros, para cohonestar la desentonación de que adolecen; y se perfuman los sobacos, para neutralizar su hediondez; pero esto no lo hacen más que los mulatos, los pintores sin el sentimiento del claro oscuro, y los rimadores sin médula. Las ideas, como las plantas forestales, agostan la vegetación inferior. El genio carece de pequeñas destrezas y no hay que concebirlo rizando cabelleras de santos, como á una beata pulcrérrima: solo á Dios le plugo ser y mostrarse perfecto dentro de lo microscópico y lo sideral.

Trenque Lauquen.

Almafucrté.





Á CARLOS GUIDO Y SPANO

En una caja de terciopelo
hubo un brillante. Preciosa alhaja.
Cayóse un día la caja al suelo,
y dos pedazos se hizo la caja.

Pero la alhaja, que ya no cierra
ningún estuche, brilla tan pura
desde la tierra,
como los soles desde la altura.

Cuando tu caja de carne y hueso,
donde se encierra preciosa alhaja,
caiga y sucumba, bajo su peso,
como la encina que se desgaja,
la luz brillante que hizo la gloria,
sobre tu nombre, brillará pura
desde la historia,
como los astros desde la altura.

Christián Roerber.



LOS GEYSERS DE ISLANDIA



En el país del oso blanco y del zorro azul, — allá, en los confines misteriosos donde parece que todo acaba, — en la región extraña donde noches sin auroras suceden á auroras sin crepúsculos, — dicen que á veces se agrieta el sudario debajo del cual sueña la Islandia.

Una columna de agua surge de entre los hielos; en sus espirales palpita el calor de la vida y, alegre, se remonta alto, muy alto, como si tuviera la nostalgia del cielo. Y los colores que invisibles vagan por la atmósfera en busca de cuerpos en que posarse, — pensamientos inarticulados en busca de palabras; besos á penas esbozados en busca de labios que los recojan; deseos vagos en busca de la realidad de su sér, — los colores azules y los rosados, los del ocre y del carmesí, del azerodrach y del ópalo, de la amatista y del lapislázuli, todos se reúnen y van á jugar en las mil gotas que tiemblan en la columna líquida; y al pasar por tantos prismas, se descomponen todos, se transforman, se multiplican, hasta lo infinito; y el geyser majestuoso se parece á un inmenso arco-iris bajado del cielo.

Mas, he aquí que al llegar á cierta altura, — flor extraña de gigantesco tallo que de repente se abre, — la columna de agua se esparce en un gran penacho blanco, que para todos lados, vapor ó humo, va desmigajándose.

Arrastrado por su propio peso, el alegre penacho blanco describe de repente una gran curva en el aire y, deshecho, vuelve á caer, lluvia primero, nieve luego, hasta que otra vez lo reciba en sus pliegues helados el sudario que cubre el misterioso ataúd en que descansa la Islandia.

*
* *

Almas hay también que de entre los hielos de la realidad surgen de repente, alegres, llenas de vida y de calor; se remontan alto, muy alto; y al pasar recogen todos los gérmenes de belleza, de amor y de fe que han huido de la tierra; y en su ansia de ideal siguen remontándose, siempre más alto, camino del cielo.

Mas, he aquí que al llegar á cierta altura, — á la par del geyser en el país del oso blanco y del zorro azul, — víctimas de un vértigo extraño, como arrastradas por su propio peso, despedazadas, las pobres almas vuelven á caer en el sudario helado debajo del cual yace la realidad de las cosas.

J. J. Rethoré.



UN POETA ORADOR

Ninguna ciudad ha simpatizado más que Buenos Aires con la independencia de Cuba, y si no ha podido ofrecerle su sangre, la ha acompañado con el corazón en su huella de sangre y de martirio. Cuando el apresamiento del *Virginius*, se demudó de espanto ante el fusilamiento de sus principales caudillos, y el pueblo acudió al teatro de Variedades para protestar de la bárbara hecatombe que hacía de la soberanía de la patria un crimen y retrogradaba á los tiempos inquisitoriales de Felipe II.

Era el 26 de Diciembre de 1873. El teatro rebosaba de gente y los oradores rivalizaban en generoso ardor. Aunque entonces era casi un niño, recuerdo, á pesar del tiempo, todos los detalles. Apenas hablaron Rawson, Varela y Mitre y Vedia, como iniciadores del *meeting*, el público pronunció un nombre popular y amado de la juventud. Se adelantó á la mesa del escenario un hombre de estatura regular, de cuerpo de león, y vestido de negro. Su rostro pálido, abatido por la infausta noticia, resaltaba entre su vasta y luenga cabellera de azabache. Una salva de aplausos lo saludó, y en cuanto se hizo el silencio, puso su sombrero de anchas alas sobre la mesa; en seguida el bastón; después los guantes, que se los sacaba y arrojaba uno por uno. Luego desabotonó su larga vestidura; sacó una cartera del bolsillo, y de ésta un papel. Todo esto verificóse en medio de un silencio ansioso, sepulcral, porque el público comprendió que tenía enfrente uno de aquellos oradores que poseían la principal elocuencia: la de la acción, con sus ademanes amplios y precisos, y que brotaban como destellos del alma.

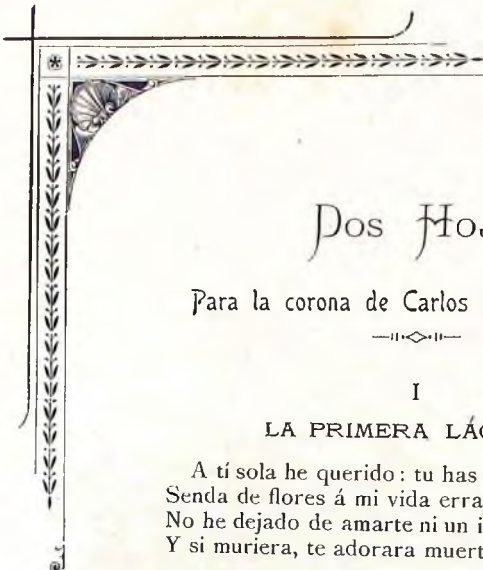
Principió á leer. Era la lista de los mártires. A los nombres de los Céspedes, Jesús del Sol, Varona, O'Ryan, Castellanos, Santa Rosa, etc. etc., el público aplaudía frenéticamente, por no llorar. ¡Y todos éstos, — exclamó, — fusilados por la espalda como traidores á la patria! Parecía el defensor de la América, que clamaba, en nombre de la humanidad, contra crueldad tan grande, y, como sólo en la demencia puede una madre devorar á sus propios hijos, agregó: — ¡Y España ama á Cuba! ¡La ama: la ama con un amor africano, y antes de verla en brazos extraños, preferiría transformarse en Otelo y partirle el corazón! Aunque el hecho no podía excusarse por ningún género de pasión, los espectadores rompieron nuevamente en aplausos.

Hizo una pausa, y sacando inspiración del dolor, volvió á exclamar: — ¡Pobre estrella solitaria del cielo americano! ¡La primera en ser descubierta y la última en ser libertada, parece condenada á sufrir las mismas injusticias del genio que la descubrió!

El público, ante frases tan vivaces, que parecían llevar el sello del destino, se desbordó en aclamaciones al orador. El que lea estas líneas, reconocerá fácilmente á nuestro ilustre compatriota Carlos Guido y Spano, aunque el tiempo lo ha convertido en un anciano y ha plateado sus cabellos. Traigo este recuerdo á mi memoria para demostrar que el poeta era también orador y orador expresivo, inspirado, y que cada vez que en nuestro pueblo se proclamaba alguna idea noble ó se protestaba contra alguna iniquidad, allí estaba él para alzar su voz en nombre de la libertad ó del derecho.

Arturo Reynal O' Connor.





23

Dos Hojas

Para la corona de Carlos Guido y Spano

—♦—

I

LA PRIMERA LÁGRIMA

A tí sola he querido : tu has abierto
Senda de flores á mi vida errante ;
No he dejado de amarte ni un instante
Y si muriera, te adorara muerto !

Visión inexplicable de algo incierto
Por la joven pasó ; miró á su amante
Y asiéndole las manos, anhelante :
— ¿ A mí sola has querido ? — dijo — ¿ es cierto ? ...

Ante aquella pregunta inesperada
Que reavivó recuerdos en su mente,
El gallardo doncel enmudeció ;
Y ella, entonces, leyendo en su mirada
Y soltando sus manos, tristemente
Su lágrima primera derramó !

II

UMBRA

Tras horrible estertor, murió. Sus ojos
Quedáronse clavados en el techo ;
Su corazón cesó, dentro del pecho,
De darle penas y causarle enojos.

¡ Todo acabó ! Sus míseros despojos
Descansarán en el eterno lecho.
¡ Ya no le turba el odio ni el despecho !
¡ Ya no punzan su cuerpo los abrojos !

Lo que buscó en el mundo con empeño,
— La perdurable paz, la inmensa calma, —
Las encontró en la senda del suicidio,
Y al verle, al fin, tranquilo en aquel sueño,
Libre del peso enorme de su alma,
Sordamente exclamé : — Muerto, te envidio !

Julio J. Ruiz.



SOBRE LA CUMBRE

En el fondo de las desfiladas colgaduras de púrpura que el viento mueve, nieva su luz de plata la estrella vespertina. La cumbre está sola y el ombú centenario, el viejo soñador que tiembla en la montaña, agrupa su follaje resguardando á los nidos del cierzo de la noche.

El poeta y la musa llegaron á la cúspide, sentándose el primero en las raíces corvas del árbol secular. A sus pies se extendía la llanura inmensa, la llanura sin límites donde brillaron los fuegos de los toldos; donde el corcel salvaje devoraba el espacio sacudiendo las crines; donde se vió al gaucho, en la ronda callada del fogón campero, pedir á la vihuela melancólicos aires que sirviesen de válvula al dolor escondido; donde corren los ríos, circundados de sauces, cuyas aguas zahuman con su incienso silvestre las rojizas guirnaldas del camalote isleño; donde están los boscajes en que anidan los tordos y en que canta el boyero su canción de bodas.

Y dijo el poeta, cuyos blancos cabellos coronaba la tarde con un nimbo de púrpura, á la musa vestida con la flotante túnica de los jónicos tiempos y cuyos pies calzaban las sandalias hebreas:

—Mira bien, mira bien, ¡oh mi esposa inmortal! la tierra que limita la cordillera helada. Cuando llegue la sombra, que ya nubla mis ojos, tú arrullarás mi sueño hablándome sin tregua de la gentil indiana, con su diadema airosa de plumas de ñandú y el bronceado tobillo opreso en brazaletes de esmeraldas marinas. ¿Te acuerdas? Muchas veces nos sorprendió la aurora con la lira en las manos cantando su hermosura; muchas veces la noche nos encontró en la cuesta contemplando en lo obscuro á la beldad dormida. Dulce madre dorada por el sol de las tribus, cuando este cuerpo mío se convierta en cenizas ¿sabes qué te dirán mis átomos dispersos y errantes por tus pampas? — «¡No dejes á los vientos que nos saquen de aquí! ¡Préstanos tu calor! ¡Tómanos para hacer el bronce de tus parvas; el moreno color de tus agrestes vides; el oro de tus toscas, donde cuelga el vellón de su lumbre la luna silente, y el pabellón de grana, que oscila en el pórtico de turquesas de tu amanecer!» — Y mis átomos, madre, tendrán razón al querer convertirse en el matiz de rosa del ala del flamenco, en el clavel del aire que se amarra á tus sierras, en la nota del nido que cuelga en tu ceibal, y en el soplo de viento que hace ondular los pliegues de tu bandera azul!

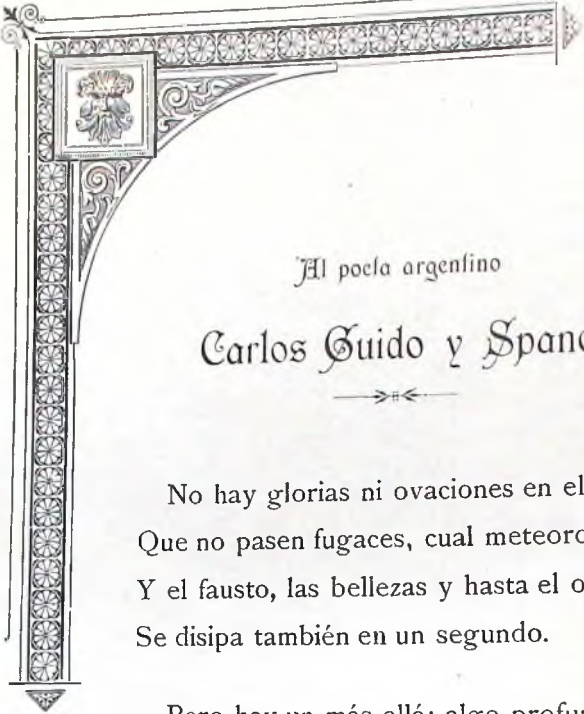
Calló el poeta y se extendió la noche, nuestra noche del sur, con su infinita calma y su explosión de cirios. Subían de los valles como aromas de trébol y fosforescencias de tuco volador. Sobre el campo dormido resonaba el alerta de un chajá lejano. En el ombú se oían como roces de alas contra el muro del nido.

Sobrecogida por aquel silencio, preñado de rumores, la apasionada musa se aproximó á su amigo. — ¿En qué piensas? — le dijo, y respondió el poeta, levantando los ojos hacia la noche augusta:

— ¡Patria, en tu porvenir! ¡Musa, en la eternidad!

Carlos Roxlo.





Al poeta argentino

Carlos Guido y Spano

—>#<—

No hay glorias ni ovaciones en el mundo
Que no pasen fugaces, cual meteoro;
Y el fausto, las bellezas y hasta el oro,
Se disipa también en un segundo.

Pero hay un más allá; algo profundo,
Que acrisola al mortal, rico tesoro,
Una fuente inefable, que yo adoro:
De la Fe,—inapreciable don fecundo . . .

Tantos vates que acuden á porfía,
Para tejer guirnaldas al Poeta,
Han dejado, quizás, por suerte mía,
Olvidada simbólica Violeta:
De la aureola inmortal que orla tu frente,
La modestia: tu rasgo prominente.

Martina Arenas de Rodríguez.



EN EL ALBUM
DE LA
Señorita Concepción Jorge

Lindísima y fresquísimas rubias: ¿Me alcanzas tu album para que llene una de sus páginas?

Te comprendo: necesitas de un consejo, y, naturalmente, ocurres á quien te lo dará sin sombras de un reproche.

Eres la sonrisa que pide protección al gesto, la inocencia que busca su apoyo en la experiencia.

Díme, dulce rubia: ¿No has deseado alguna vez penetrar en los secretos de las flores, tus hermanas, que, como tú, adornan el feliz hogar, iluminado por el cariño de tu amorosa madre?

Todas son iguales: nacen abriendo sus bellísimas corolas, viven difundiendo aroma de sus brillantes pétalos, mueren plegándose dentro de un verde lecho de hojas y de tallos.

Ese es el orden, el orden es la armonía, la armonía es la obra de Dios y Dios es la perfección.

¿Qué sería una flor sin fragancia?

Allá en los tiempos del Edén Perdido, cuando Dios, la humanidad y las flores formaban armonía, las flores perfumaban, la humanidad adoraba y Dios sonreía y amaba.

Aquello constituía la vida del Paraíso: el dolor era desconocido, nada comenzaba para concluir, la palabra era inarticulada pero íntima y sublime en el lenguaje fecundo de la creación.

¿Crees tú que las flores escapaban á la ley soberana del amor infinito?

Esto hubiera sido mutilar la naturaleza, pasar de la cuna á la tumba, colocar el crepúsculo tras la aurora, seguir el desencanto á la esperanza, llenar de nubes el cielo límpido de las almas puras.

No, no, mil veces no: las aromas eran esencias y llenaban el éter infinito é incommensurable, en que se desarrollaba el misterio de todas las existencias.

Pues bien: la mujer es la flor y la virtud su aroma.

Mi pensamiento es que vivas muchos años.

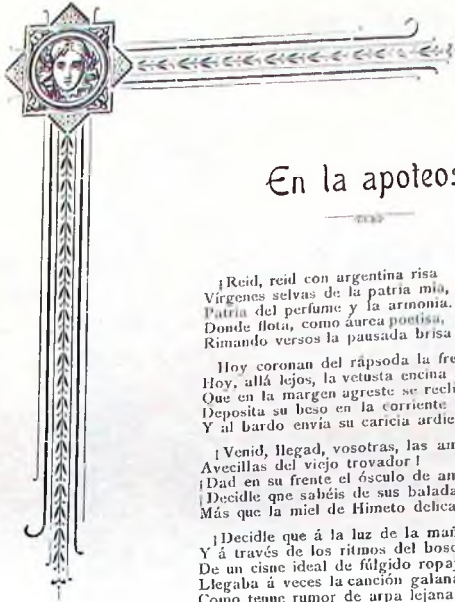
Mi deseo, que embalsames tu vida con aquella fragancia, impregnándola de la virtud.

· Mi consejo, que puedas siempre leer estas líneas sin ruborizarte, y recordar que fueron trazadas por una mano amiga.

Concepción del Uruguay.

M. M. Ruiz.





En la apoteosis

¡Reid, reid con argentina risa
Virgenes selvas de la patria mía,
Patria del perfume y la armonía.
Donde flota, como áurea poetisa,
Rimando versos la pausada brisa!

Hoy coronan del rapsoda la frente...
Hoy, allá lejos, la vetusta encina
Que en la margen agreste se reclina,
Deposita su beso en la corriente
Y al bardo envía su caricia ardiente.

¡Venid, llegad, vosotras, las amadas
Aveillas del viejo trovador!
¡Dad en su frente el ósculo de amor!
¡Decidle que sabéis de sus baladas
Más que la miel de Himeto delicadas!

¡Decidle que á la luz de la mañana
Y á través de los ritmos del bosque,
De un cisne ideal de fúlgido ropaje
Llegaba á veces la canción galana,
Como tenue rumor de arpa lejana...

Suave rumor de acento fugitivo
Que recorriendo vagoroso el monte
Como un hábito suelto de Anacreonte,
Titilaba en las hojas del olivo
Que en la floresta se levanta altivo.

Y que una tarde diáfana de Enero
Vióse un hombre cruzando la espesura,
Un hombre de gallarda simbólica figura,
Cuyos ojos de anciano caballero
Brillaban como brilla, á veces el acero.

De negro manto su esbeltez cubierta
Por el nrisgo sonriente caminaba,
Y la música dulce que exhalaba,
Más dulce que el perfume de la huerta—
Iba á perderse en la penumbra incierta.

En hebras blancas, vivida corona
Reclubría su frente pensadora,
Y semejava en su canción sonora,
Un ave extraña del turpial hermana...
¡Un ruisenor con apariencia humana!


¡Canción gentil! Con su rumor de aldea
Y su aroma de granja y de alquería,
Dulce mezcla de plectro parecia
Y de pájaro artista que gorjea
Al primer rayo de la luz Febea!

Decidle que supisteis ese día
Que la voz melodiosa y seductora
Que al arullo escuchabais de la aurora,
De aquellos labios trémulos surgía
Y en raudo arpegio la pradera hendía.

Decidle que le amáis, y hoy que fulgente
La gloria munda su rincón modelo,
Tendéis vosotras presuroso el vuelo
Y en bandada poética y riante
A acariciar venis su altiva frente.

Belisario Roldán, hijo.





Á GUIDO Y SPANO

Más que poeta para honrar tu fama
Quisiera ser un escultor insigne,
Y en plata fúlgida ó en terso, ebúrneo,
Pálido mármol,

Yo cincelara una corintia copa
De arcaica forma y de elegante impulso
Y en torno al grácil pedestal trenzara
Pámpanos tiernos.

Nada de orgías ni bacantes ebrias;
Sólo grabárale pastores griegos,
Unos bebiendo en las sonoras fuentes,
Otros cantando.

Despues á Diana, la silvestre diosa,
Que sorprendida en las sagradas ondas,
Tímida cubre con pudor sus senos
Y huye á la selva!

Y de Estinfal el formidable arquero
Que despreciando el resplandor del Vicio,
Toma feliz de la Virtud la senda,
Aspera y sola.

Ciñera luego con primor al borde
Délfica rama de apolíneo lauro:
Y esa mi ofrenda á tu vejez sería
Casto Anacreonte.

Enrique Rodríguez Larreta.



Para tu corona....

Alguien ha llamado á los poetas *ilustres inútiles*.
Quien así los llamó no supo nombrarlos.

Tirteo gana batallas con sus cantos guerreros; los poemas inmortales de Homero, en boca de los rápsodas, avivan el sentimiento de la grandeza nacional en el corazón del pueblo griego; Dante es la voz del genio que se levanta sobre el sepulcro de muchos siglos, libertando al espíritu humano del poder de las tradiciones; Shakespeare, que la indiferencia pública olvidó por más de un siglo, resurge poderoso en la adoración de Europa, conmovida por sus gigantescas creaciones; Quintana es la voz de la patria que arrastra al español tras los laureles de la victoria; Víctor Hugo es la libertad del arte contemporáneo. . . . todos ellos *grandes revolucionarios* porque todos son *grandes genios* y el genio es siempre la revolución del pensamiento.

.....
Dichoso tú ¡oh poeta! si consigues despertar entre nosotros el culto del Ideal, que redime y purifica.

Francisco Rodríguez del Busto.

Córdoba.



CRUZ ROJA ARGENTINA

Buenos Aires, Marzo 22 de 1881.

Al Vocal del Supremo Consejo de la Cruz Roja, Sr. Carlos Guido y Spano.

Distinguido señor:

Impresa ya y puesta en circulación la Memoria presentada por el que suscribe á la Asamblea de Febrero último, se ha visto con pesar, que el nombre de Vd. no figura cual debiera en la nómina de los miembros del Supremo Consejo de la Sección Argentina de la Cruz Roja.

Este hecho debido exclusivamente á una lamentable omisión de imprenta, por más que no puede, en manera alguna, servir jamás de precedente para desconocer los importantes servicios por Vd. prestados á la Asociación, ya con su eficaz y luminoso consejo en las deliberaciones, ya con su ejemplar abnegación y generoso esfuerzo en el campo de batalla; ello, no obstante, el Supremo Consejo no quiere que tal omisión pase desapercibida, pues entiende que si en tal consintiera, faltaría á un deber de estricta justicia.

Es por esto que, en reparo de aquella involuntaria omisión y como testimonio de las consideraciones que Vd. le merece por los relevantes servicios prestados á la Asociación, el Supremo Consejo, en sesión de ayer acordó dirigirle la presente nota.

Dejando así satisfecha la disposición del Supremo Consejo, aprovecho esta ocasión para reiterarle una vez más las seguridades de mi más distinguida consideración.

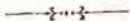
Dios guarde á Vd.

Pedro F. Roberts,

Presidente.



Carlos Guido y Spano



Carlos Guido, como poeta y como hombre, encarna el color y la fisonomía de la primera época de la patria. Se diría predestinado á hablar á los que viven con el fuego sacro y con el sentimiento levantado de aquellos que murieron cantando glorias en la alborada del «gran pueblo argentino.»

Ha vivido de aquella luz, diáfana y pura para todos los ojos que miran piadosos el corazón de la patria, y vive de la esperanza, siempre verde y lozana, en las grandes irradiaciones que aquella luz proyectará.

Mecido por el dulce halago que proporcionan á los corazones generosos los impulsos de la excelsa moral del sentimiento, circunscribe su vida á sus ideales, viviendo respecto de lo demás de aquel en que vivimos: en el mundo de los escogidos.

Es un escogido Carlos Guido. Uno se imagina fácilmente lo que Carlos Guido habria sido en los últimos tiempos de la República Romana ó de los Alfonsos y Felipes de España. Yo lo imagino hablando de las cosas más bellas, junto á los Césares que asomaban la cabeza, ó demandando á los reyes ciudadanos la inmunidad de los fueros populares, ó con la vara de un Justicia de Aragón, comprometiendo su cabeza en holocausto al derecho y á la libertad que constituyen el único patrimonio de ese generoso niño que se llama pueblo.

Guido es ya una especie de simbolo patriótico entre nosotros. Desde que se inició la Revolución de 1810 hasta nuestros días, en el Agora revolucionario, en los Andes, en la defensa diplomática de nuestros derechos, en las iniciativas de esa capital explosiva, en las letras, en el arte, siempre han estado presentes los Guido; como están presentes en las páginas de nuestra epopeya militar los Balcarce, los Salvadores, los Quesada... Atavismo grandioso de ciertas familias, que hace revivir en los tiempos las virtudes ó las dotes singulares de los varones ilustres que las fundaron.

Cuando tuve el honor de recibir la invitación de los señores de la Junta Ejecutiva de la Demos-tración á Carlos Guido, releía el discurso del general Guido sobre la tumba del general Alvear.

Esa pieza literaria mece al alma entre armonías gratísimas. Es vigorosa esencia de un sentimiento que se va perdiendo entre el asombro de los hijos de aquellos á quienes inspiró la libertad de medio mundo.

¿Fue la moral del sentimiento la que llevó á esos hombres de corte espartano á fundar un continente de repúblicas. ¿Corrió sangre? ¿Se arrojó el sacrificio? Y bien: el sentimiento tiene explosiones que llegan más lejos que las de los volcanes; como el derecho provoca tempestades más recias que las que levantan rocas colosales del fondo de las aguas.

Guido lo ha dicho: «A veces parece que la humanidad estuviese condenada á no avanzar en sus conquistas hacia su perfección moral, sino á precio de ser atormentada en los más poderosos instrumentos de sus revoluciones; y que la libertad, como los ídolos del paganismo, no fuese propicia á los hombres sin ofrecerle antes en holocausto el sacrificio de víctimas ilustres».

Y proclamando el predominio de la virtud, la cual levanta el propio pedestal á los que la rindieron el culto de sus almas, ha agregado: «Ante el espectáculo majestuoso y sublime de la muerte, las pompas de la vida empalidecen, dejando al alma absorta en los misterios de la inmortalidad»...

A Carlos Guido se le puede aplicar la corona que al Mantuano tejía para aquellos que murieron á la vista de sus antepasados y al pie de las altas murallas de Troya

Oh terque, quaterque beati
Quæis ante ora Raturum
Troyæ sub mænibus altis
Contijit opetere!...

¡Tres y cuatro veces felices aquellos que, como Carlos Guido, llevan en su alma el fuego sacro de la religión de la patria, y lo transmiten en acciones dignas, en ecos levantados, en versos inmortales!

Carlos Guido es un simbolo viviente de la tradición de Mayo de 1810. Que siga bendiciendo, como Franklin, á los niños, á fin de que esta religión se perpetúe. La posteridad lo bendecirá á él como el último de los sacerdotes cruzados de aquella gloriosa evolución del pensamiento.

Adolfo Saldías.



¡ANGELUS!

(DE UN LIBRO INÉDITO)

A Guido y Spano.

El sol se va. Toda la luz difusa la condensa en el disco rojo, deslumbrador, que cintila detrás de la filigrana de rayos multicolores que incendian al firmamento y se hunde despacio para ocultarse al fin más allá de su cortina de polvo de oro. Con la luz se lleva poco á poco los ruidos de las chacras — estremecimientos de cosas invisibles, murmullos de hojas, mujidos lejanos, pios de pájaros, mientras las brumas, heraldos de la noche, aparecen allá muy lejos en el azul de oriente y ganan con sus alas cenicientas la curva del cielo. Las chacras están tranquilas y silenciosas y toda la melancólica naturaleza de la tarde se impregna de los perfumes agrestes del pasto seco, que se arrastra en los campos. ¡Con qué honda tristeza, con qué religiosa piedad van llegando las sombras y con ellas las trémulas esquilas de las campanas que desde la aldea ondulan y se desvanecen en el aire quieto!

Es el Angelus que extiende sus alas de armiño sobre el alma exacerbada del día turbulento y hace pensar en los cielos lejanos é inunda el espíritu de la nostalgia de las cosas infinitas, — sensación dulcísima y triste como la plegaria, mística como los crepúsculos, llenos de vagos ensueños y de angélicas figuras, que, sin que lo sepamos, tal vez nos acompañan sin dolor y sin quejas en nuestro viaje hacia lo eterno desconocido.

¡Ave María! ¡Recemos!... para que los trabajadores tengan pan, cunas los niños, virtud los hogares, consuelo las penas, sol los inviernos y lluvias frescas el estío quemante... Ave María...
..... — porque así marchamos de la luz á la sombra como espectros doloridos, los hombres, hacia lo eterno desconocido, dolientes peregrinos con la cruz de la vida á cuestras entre la amargura de los ideales que huyen lejos, como esos tañidos que se pierden moribundos á través de las soledades de la callada campaña.

¡Ave María! Recemos, genios del dolor! por las pasiones humanas que se llenan de lágrimas; amor y muerte; azahares marchitos que adornan el sudario, trajes de raso, corroídos por el tiempo y largos velos de novia que mal ocultan sus cinéreas larvas de muertas; alcohol y homicidas; juego y deshonra; ambición y delitos y mente humana, pavoroso tenebrario y dudas, dudas, dudas!

¡Esquila melancólica, no consuelas; fúnebre tristeza de las praderas arrodilladas bajo la melopea del Angelus, no consuelas; crespone» que surgen y despliegan la tenebrosa niebla para trabar más tarde el ataúd de la noche, atrás! atrás!... por qué la pasión es dolor y pide rayos de sol, sonrisas de niños y besos que endulcen la herida; miradas tiernísimas de madres, bálsamo y encanto!
¿Por qué la noche siempre sobre el espíritu humano que está enfermo, por qué la noche siempre?

¡Oh majestad de la tarde, serena quietud de las alturas, sosiego religioso de todo el Universo, ritmo eterno del tiempo, la Virgen que ruega, la madre que llora, el hombre que lucha y sufre, la carne y el alma que mueren, más grandes son que vosotras, indiferentes bellezas taciturnas!

Y rueda lo que rueda debajo de su glacial efigie, esta divina Naturaleza contempla con su grande ojo tranquilo y frío, pasiones y depresiones, alegrías y angustias, muertes y apoteosis, épocas de grandeza olímpica y turbulencias de pueblos agitados, — sin inmutarse, — yendo y viniendo, como la ola del mar — eternamente — la noche y el Sol... — y es hermosa sólo porque tiene quimeras y brama de lo infinito el espíritu humano con más crepúsculos, más ensueños y tormentos y maravillosas visiones que tú ¡oh divina y eterna taciturna!

No importa. ¡Ave María, oh madres! Recemos!... porque es necesario que nuestros hijos no mueran y sean cándidos como ese esplendor de occidente que se ha escondido, y virginales como las flores de la pradera que reza y duerme acostada en el negro tálamo de la noche, iluminado apenas por las penumbras de las primeras estrellas, inquietas veladoras que asoman su brillante mariposa...

Francisco Sicardi.



Apolo protege á los suyos

Entre las bellas prendas que adornan á Guido, aquella que más me asombra es el buen humor perenne, inagotable. No conozco otro caso, en el que semejante planta haya alcanzado tamaño desarrollo, ni mostrándose tan resistente, conservando intacta su magnífica exuberancia; ni la pobreza del suelo, la hostilidad del clima, los repetidos embates del invierno, la acción anónima de sabandijas varias, han podido marchitar la lozanía del follaje, ni entorpecer la circulación de una savia privilegiada.

Habitualmente la alegría sigue de cerca al nacimiento del niño, y llena bulliciosa las treguas del sufrimiento; acompaña del brazo á la adolescencia sana de cuerpo, y más adelante, pierde terreno gradualmente ante las torpezas propias y ajenas, que forman la obligada trama de nuestra vida; Carlos Guido hace excepción á la regla común. ¿Cabe atribuirlo sencillamente á la superioridad de su espíritu, que ve desde lo alto las cosas y los hombres? ó bien, ¿Debemos creerle dotado de una poderosa facultad de abstracción que le permite refugiarse en el fondo de sí mismo, aislarse voluntariamente en su escafandra de oro, para escapar al influjo de la miseria ambiente?

Así se explicaría como el dulce poeta, amado de los dioses,— que le conservan cariñosos los atributos de una persistente juventud: la fuerza del ingenio y la generosidad del alma,— sabe anidar juveniles risas entre la nieve de su lengua barba.

Eduardo Schiaffino.



El Trabajo y la Poesía

El trabajo, luchador
de fuerza nunca cansada,
iba un día, como siempre,
al yunque, muy de mañana,
cuando halló a la poesía,
que ya festiva cantaba.

— No son los tiempos de lucha
para cantar desde el alba,
dijo al pasar desdeñoso,
con su cerviz levantada.

— ¡Escucha! soberbio atleta,
respondió la musa ufana

Si yo no abriese la luz,
¿dónde guiarías tu planta?
Vivirías una noche
eterna, sin alborada,
si mi espíritu, que es sol,
las sombras no disipara.

Y entre estas dos entidades,
dualidad de fuerza y alma,
se entabló grave polémica
sobre cual civilizaba.

— Yo soy el que civiliza,
exclamó con faz airada
el trabajo, dominante,
como la voz del que manda;
yo soy el que civiliza,
no es tu juego de palabras.

Yo soy quien gobierna al mundo,
el que á los pueblos enlaza,
el que dignifica al hombre,
el que su rango levanta.

Yo soy el que da la vida
con las mieses cosechadas
de los senos de la tierra,
en la fecunda labranza.

Yo profundizo el arcano
con penetrante mirada,
y las verdades descubro
que entre sus misterios guarda.

No hay raza, pueblo, nación,
que cuando de mí se ampara
no llegue á ser libre, grande,
de potencia soberana;
que llevo el sello en mi frente,
de la dignidad más alta.

La poesía, ni soberbia
ni tampoco timorata,
sostuvo de esta manera,
la tesis que antes sentara.

— Yo he nacido en ese instante
en que al espíritu embriaga
el Amor, la Fe, la Gloria,
ó un sentimiento que exalta.

Como cruza por la atmósfera
en esas noches de calma,
la estrella errante que deja
un reguero de luz blanca,
yo atravieso por las horas
de la vida desolada,
dejándole mi armonía,
que su tristeza acompaña.

Yo soy la chispa que brota
cuando la esencia del alma
se mezcla con lo sublime,
que el entusiasmo arrebató.
Entonces surge impetuosa
como un rayo mi palabra,
ó en armonías tranquilas
si el sentimiento la embarga,
y así, recorriendo el mundo,
como de la brisa en alas,
va despejando su luz
las sombras de la ignorancia,
porque inculcar una idea
es iluminar una alma.

— Bien te reconozco ahora,
dijo el trabajo entusiasta,
tu eres hija de mi espíritu
concebida en mis veladas.
Ayúdame en la labor,
repartámonos la carga,
yo daré nervio á los brazos,
vigoriza tu las almas.

Y trabajo y poesía,
unidos en noble alianza,
van regenerando al hombre
por la senda donde marchan.

Por eso, cuando un anciano
de hermosa cabeza blanca
que, parece, la ha brañido
el tiempo en trozo de plata,
lucha con fe inquebrantable
y en medio á la lucha canta,
simbolizando la acción
de dos grandezas humanas,
va la gloria á sorprenderlo
en su modesta morada
y le dice: insigne vate,
la Apoteosis te aguarda
con su corona de luz:
el premio de tu jornada.

Oswaldo Saavedra.



À CARLOS GUIDO Y SPANO



UR la tête les ans tombent comme des lys,
O noble et doux penseur, o maître vénérable!
Ils tombent comme au front sublime de l'érable
Les rayons d'un beau soir de parfums tout emplis.

Aux humbles tu ne fus jamais inexorable:
La joie et la fierté qu'en ton regard je lis,
Sont des purs diamants qui, dans leurs flancs polis,
Gardent les pleurs séchés de plus d'un misérable.

Vis longtemps! car ta vie est un exemple altier.
C'est un phare idéal, c'est un astre sans tache,
Qui de l'honneur à tous nous montre le sentier.

Avec ton âme au ciel, quand, pliant sous la tâche,
Tu devras interrompre un combat sans relâche,
L'encens de tes vertus montera tout entier.

Charles Soussens.



REMINISCENCIAS

¡Uno de los más gratos recuerdos de mi vida!

Allá por el año 1883, aun no había tenido el honor de conocer personalmente al querido vate, sobre cuya frente colocamos hoy la corona debida á los que han alcanzado ya la cumbre del Parnaso.

Pocos años habían transcurrido desde mi vuelta á la tierra de los *Trenta y tres*, á mi querida patria — digna entonces y hoy de mejor suerte — y había vuelto ya al seno de mi familia en Buenos Aires.

Había vuelto de la tierra del Dante, con las ilusiones de la juventud, — con el recuerdo de aquellas hermosas colinas, de aquellas playas tranquilas, — y aun llegaba á mi oído el eco de la sublime poesía que repercute desde los Alpes hasta la Sicilia.

Italia me había inspirado el culto á las Musas y los poetas.

Deseaba, pues, acercarme también al bardo Guido, conversar con él, escuchar su palabra, que ya me figuraba tan pura, tan elegante, tan armoniosa como la que se desprendía de sus versos inspirados.

Una feliz casualidad quiso que le encontrara un día en la *Rotisserie Florida*, — un día del mes de Mayo.

Era conveniente aprovechar la oportunidad.

Tomé papel y pluma, y escribí.

Luego llamé al mozo, y le encargué que entregara al poeta el saludo que yo le enviaba en forma de soneto.

Leyó el bardo mis pobres versos y me dirigió su amable sonrisa.

Entonces tomé ánimo, me acerqué á él y pude estrechar su mano con toda la efusión del alma.

He aquí el soneto que me ha proporcionado el honor de conocerle y el de ser después amigo de mi ilustre tocayo.

A Carlos Guido y Spano

Onorate l'altissimo poeta!

Salve all'argentea chioma, se pur lice,
Che dal tuo capo flessuosa scende!...
Il cor, compreso di rispetto, intende
Novello suon che amor supremo dice.

Ti fiso—e il guardo tuo, con alma vice,
Per gli occhi tuoi più vivido s'accende,
E nell' imo del sen dolce discende
Collo splendor che a tutti non s'addice.

E all' ascoltar la tua parola viva,
Eco gentil d'un' anima preclara,
Mosso lo spirto all' ideale arriva.

Canta, si, canta o musa prediletta,
Canta la patria, cui vivo rischiera
L'astro di Maggio dalla somma vetta.

Adrogué.

Carlos Francisco Scotti.





EL BARDO NACIONAL



á Carlos Guido y Spano

Al descorrer el velo que cubriera
El áureo altar que consagré á las canas
Desde el albor primero de mi vida,
 En el fondo del alma,
Hallo una hermosa y venerable imagen
Con nobles lauros de poeta ornada.

Del genio nacional la antorcha ardiente,
Sobre su luenga cabellera blanca,
Iluminando el trono de las musas,
 Como un faro, señala
Al juvenil espíritu que busca
En rudo mar, distante de la playa,
La cumbre de la gloria y la belleza
Que puso Dios en la argentina patria.

Mas sé que ante ella el pensamiento mío
Digno homenaje á tributar no alcanza,
Por eso dejo que la cubra el velo
 Otra vez en el alma,
Y me siento feliz si es que, sincero,
He conseguido apenas admirarla.

Alejandro Secchi.

La Plata.



TELEGRAMA DEL GOBERNADOR DE LA RIOJA

Acabo de leer su hermosa carta al Centro Riojano, á propósito de la destrucción de esta ciudad por el terremoto del 27 del mes ppto. Me imagino que los escombros que me rodean se reanimarán y se incorporarán para elevarse al cielo en columnas de eterna gratitud, por el cerebro y el corazón que han trazado tan brillantes pinceladas, en el fondo del cuadro sombrío y abrumador que San Juan y La Rioja presentan en sus ruinas de hoy, su carta es la bandera de la patria que cubre los restos del soldado valeroso caído en la batalla para penetrar en lo inmortal; es el abrazo cariñoso y tierno de la madre dolorida á los despojos del hijo querido cuando arroja á la fosa sus restos, momentos antes palpitantes de vida y de esperanza. Vd. mi viejo amigo, ha vaciado en su bella y sentida carta, que es leída con lágrimas en los ojos por nuestras esposas y nuestros hijos, el caudal de nobleza y luces que atesora su alma y su privilegiada cabeza, enviándonos palabras de consuelo y de aliento, caídas entre las ruinas como vigorosas esperanzas, que brillan en nuestra frente iluminando los sombríos horizontes de nuestra actualidad. A mi vez y en nombre de La Rioja, herida por el infortunio, quiero estrechar la mano al distinguido poeta argentino, expresándole los sentimientos de perdurable gratitud á la par que el homenaje debido á los espíritus selectos. Le saluda afectuosamente su invariable amigo

G. San Román.



CARLOS GUIDO Y SPANO



A pesar de ser Guido y Spano descendiente de próceres, pues á su padre y á su abuelo cuéntales la libertad americana entre sus más heroicos caudillos, y llenan ambos con sus hechos, gloriosas páginas de la historia argentina, él, en las cien poesías que forman el libro que con modestia propia del verdadero mérito llamó *Hojas al viento*, no consagra ninguna á celebrar los triunfos de las armas de su patria, como la que dedicó y de altísimo valer, en mi sentir, á los inmortales defensores de Puebla. ¿No es este un testimonio elocuente de que Guido y Spano ardió en generoso entusiasmo al repercutir en las márgenes del Plata los ecos del cañón republicano que retumbaban en el Anáhuac, y no es también un testimonio de que él se sentía ligado por fraternales lazos á los que aquí combatían por la libertad y por la honra de la patria?

Lejos de mí, al insistir en los merecimientos que á nuestra gratitud tiene el poeta argentino, la idea de atraerle por este medio admiradores por comunión de ideas políticas y no por el reconocimiento de sus altísimas dotes como inspirado cincelador de estrofas, egregio artista y gloria de las letras latino americanas. No ha menester, ciertamente, de que en su favor se pongan en juego tan pobres recursos. En el nuevo mundo tiénesele por modelo de buenos poetas, y en Europa misma, Víctor Hugo, en carta autógrafa, le rindió merecido homenaje.

Tocó á los ascendientes de Guido y Spano que sus nombres de héroes fuesen inscriptos en los monumentos que trasmitirán á las edades venideras las glorias más grandes y más puras de su patria, y habrá de caberle á él ocupar con su nombre de poeta una de las páginas más excelsas en la historia de las letras americanas.



CARLOS GUIDO Y SPANO

(Fantasia descriptiva)

¡El es! él es! miradle desde lejos
A breve paso andando.
Cuando brillan los últimos reflejos
Del moribundo sol, que por la PAMPA,
De su arrebol el rojo sello estampa.
Nadie se le parece: su figura
Nadie con otra humana confundiera;
Que en ella lo senil de la hermosura
Completa la frescura
De una eterna y amable primavera.

Cual sombra que indecisa
Entre la luz y las tinieblas vaga,
En vespertinas horas va pasando
Por la verde arboleda: allí la brisa
Le acaricia la espléndida melena;
Y al verle así, mostrando
Siempre la frente plácida y serena,
Sobrado se adivina
Que á su lado el honor también camina.

Ancho y negro gabán que flota al viento
A su robusta espalda presta abrigo
Y á su apostura raro movimiento;
Y, ya el indiferente, ya el amigo,
Si de lejos le ve, lo reconoce
Por el enorme alero
Del abultado y cónico sombrero
Con que su nivea cabellera cubre.
Amplio cuello de armíño
Le ciñe la garganta,
Que aire le da como de viejo niño;
Y en su ademán tranquilo y campechano
Y en su noble mirar, nunca altanero,
Se adivina que el hombre, al dar la mano,
O la da como hermano,
O al menos con la fe del caballero.

De hidalgos fué su cuna
Y patrimonio recibió de gloria;
Si esquivó le negó bienes Fortuna,
Limpia y pura dejó su ejecutoria;
Que si ganó su padre en el combate
Por Patria y Libertad claro renombre,
Libre naciendo y hombre
Él alzó el vuelo de inspirado vate,
Con su ingenio ganando
Honra que aquel se mereció luchando.

Rápido en el andar, alta la frente,
De nieve coronada
Como cima del ANDE refulgente,
Y dulce la sonrisa, y transparente
Como lago apacible, la mirada,
Al rayo del crepúsculo camina
Con paso distraído,
Ya salga de las flores de su nido,
Ora al hogar, cumplida su faena,
Torne, sin que le aflija ruda pena;
Y sí con abandono
Entre las turbas se desliza errando,
Libre de orgullo, vanidad y encono,
Va con el cielo y el amor soñando.

Nunca de la ambición la férrea espina
Hizo en su corazón herida ó mella,
Ni su arpa peregrina
Que con dulces cantares luz destella,
Fuso al arrimo del poder, que acaso
Con el favor que otorga
Suele las almas corromper de paso.
Vivió para el amor cantando amores.
Y libertad y gloria y esperanza
Y, modesto repúblico, loores
Sólo supo entonar, diciendo al mundo
Con acento dulcísimo y profundo
La sublime alabanza
Del bien que nace y la virtud que avanza.

Mirad su sombra allá: de MALDONADO
Cerca del viejo puente,
Cabe el camino triste y empolvado
Que gira hacia el Poniente,
Casi en la soledad, que no le inquieta,
Su vivienda gentil tiene el poeta.
Es del arte su hogar un monumento;
Que si el gusto le tiene en la pobreza,
Vive su pensamiento
En el encantamiento
Y el divino ideal de la belleza.

No habita la abundancia
Aquel modesto asilo,
Templo del genio y del amor tranquilo.
Mas reina la fragancia
De arbustos raros y de lindas flores,
Desde la baja estancia
Hasta el tope de frescos miradores
Que dora el sol con vivos resplandores.

Sobre amplias azoteas
Do la mirada hasta el confin domina,
Torre enhiesta se empina,
Cual mudo centinela
Que en las campiñas del contorno vela.
Allí pasan las brisas gemidoras
Sus idilios cantando y sus doloras
Y el crepúsculo pinta,
Rosas sin par con su invisible tinta,
Y su luz desparraman las auroras.
Allí el bardo sus sueños acaricia
Con dulce y hondo anhelo;
Y es su mayor encanto y su delicia
Más de cerca el azul mirar del cielo.

Su amante corazón allí se inflama
Con la secreta llama
Que en sus arcanos las bellezas prende
Y la mirada escrutadora tiende
Por el vasto y hermoso panorama
Que en torno Dios, y el hombre en su porfía
Llenaron de esplendor y poesía.
No lejos, entre gayo laberinto
De jardines y quintas yace FLORES,
Villa de huertos y de luz que el cinto
Ciñe con los fulgores
Del sol, que deja en la tranquila tarde
De amaranto y carmin el cielo tinto.

Allí, de la METRÓPOLI argentina
La gigantesca mole se dibuja
A la luz del crepúsculo divina,
Y calles estruendosas,
Y amenas plazas, y agitados puertos,
Y templos y palacios
Y monumentos de la gloria humana,
Brillan como topacios
O esmeraldas ó rubia filigrana
Al rayo decadente
Que el tibio sol fulgura en Occidente.

Allá la parda torre
De algún templo ojival, parece que arde
En la trémula llama,
Con que el fulgor crepuscular recama
Cuanto á la sombra quiere
Detener, con un rayo
Que, al fin, con melancólico desmayo
En el follaje obscuro
De los cipreses y los pinos muere.

Después... el PLATA, el anchuroso PLATA
Mar de gigantes ríos, que desata
Ondas de cieno, donde á veces vuela
Con alas de PAMPERO el viento airado
Y, rival del vapor, borra la estela
Que la estridente nave



De aspas de bronce y corazón de fuego
Va dejando, al batir, marina ave,
El caudal que á las PAMPAS dió su riego,
Que gloria fué del navegante hispano
Y es esplendor del mundo americano.

El PLATA... do el Atlántico su empuje
Impotente detiene cuando rugie
Ante aquella grandeza, que del ANDE
Descendiendo por mundos de verdura,
Si lleva la hermosura
Que es de Naturaleza eterna gloria,
Lleva también promesas de ventura
Que con asombro cantará la historia.

Allí cerca, BELGRANO
La villa del solaz, bella y florida,
Cuyo nombre recuerda al ciudadano
De una heroica virtud la ilustre vida;
Allí, sobre la alfombra,
De rosas y claveles y jazmines
Que florece á la sombra
Del cespicio pino, rey de los jardines,
La cúpula brillante
De templo circular su lomo ostenta,
Ya al rayo matinal, vivo y cambiante,
Ya á la pálida luz amarillenta
Que triste el sol despide
Cuando entre sombras de dolor se ausenta.

Y veinte pueblos más, desparramados
En lo que PAMPA fué salvaje y triste
Y hoy de humanos tesoros se reviste,
En grupos ondulados
Aumenta la armonía
De aquel vasto concierto
Que el hombre entona sin cesar, luchando
Con lo feroz, y por doquier poblando
Con su potente genio lo que un día —
O aterrador ó incierto —
Dominio fuera del feraz desierto.

Lejos, muy lejos, tras la línea extensa
Que marca vagamente el horizonte,
La vieja PAMPA, inmensa,
Donde nunca se vió colina ó monte: —
La PAMPA, el mar de grama,
De no remota edad salvaje imperio,
Se dilata en lo grande del misterio.
Tierra que el GAUCHO por hogar reclama;
Que la indígena tribu, cual torrente,
Asolaba en su lucha por la vida,
Con el furor del que en su sangre siente
Veneno que infirió mortal herida.
En vano el Indio, intrépido, su flecha
Arroja al viento, el corazón buscando
Del que le va su reino conquistando.
Su antropófaga raza está deshecha,
Ya la voz de otro siglo se insinúa
Donde luchaba indómito el CHARRÚA
De la selva señor y del estero;
Y ya sonó la hora
En que la nueva luz, señora
De cuanto bien el porvenir encierra
En el ámbito inmenso de la tierra.

Y tú también, vencido, gaucho heroico,
Por el trabajo más que por la espada,
Ya la cerviz inclinas con estoico
Valor, ante la ley, que, si mermada
Dejó tu libertad en la llanura
Para sufrir y vegetar bravo,
Con la fe del Progreso te procura
Seguridad y honor, y nuevo brio
Te da para la lucha y la victoria
Que Dios impuso al hombre
Para su redención y excelsa gloria.

Donde quiera el dragón de ardiente acero
Que en valles y montañas
Deja de claridad ancho reguero,
Penetra en las entrañas
De la desierta PAMPA; y su plumaje

De humo y vapor, que en espirales vuela,
Más que el cañón—conquistador que asuela—
Vence y doma las iras del salvaje.
El telégrafo — mudo mensajero

Del pensamiento humano,
Que con la chispa eléctrica ilumina
La selva, el monte, el dilatado llano
Y el abismo del mar ó de la mina; —
El alambre sutil — nuevo Ashavero
Que ANDA y ANDA, y la voz de polo á polo
Lleva, en la soledad reinando solo, —
A través de las PAMPAS al PAMPERO
Con su oculta potencia desafia;
Y lo que el huracán no alcanzaría

Con su furioso aliento,
Él, como el rayo, en misterioso instante
Lo recibe y trasmite centellante
Bajo el palio eternal del firmamento,
Gloria de Dios y de la luz asiento.
También el plomo, que otro tiempo fuera
Sangriento vencedor, más poderoso
Sus tipos presta á la Verdad viajera,
Y al pueblo da reposo
Si en la justicia y la razón espera.

Y en pos la Industria, obstáculos venciendo
Va con su ardiente carro
Al pobre redimiendo
Y oro arrancando al polvo y al guijarro.
Y al duro pedernal ó cuarzo mismo
Que el ingenio y la fuerza
Socavaron del fondo del abismo,
Torna en oro luciente
Y en máquina que muerde ó que tritura,
A engrosar en América el torrente
Que en su principio fué sólo hermosura.

Y donde ayer la obscuridad reinaba
Cual insondable abismo,
Prestando al despotismo
Y al caudillaje audaz fácil morada,
Y sus sombras al crimen iracundo,
Sólo señor del ignorante mundo,
Hoy la MADRE DEL PUEBLO
Que luz difunde en la apacible aldea
Como en la villa ilustre y cortesana,
La madre del trabajo y de la idea
Fecunda, honrada, próspera, cristiana:
La ESCUELA, el nuevo templo
Donde á la Libertad se alzan altares, —
Va con su grande ejemplo
Sembrando la Verdad en los hogares,
Ella el molde será donde una nueva
Generación se amasará, patriota,
Con la sangre que el Viejo Mundo brota
Y la que el PLATA entre sus ondas lleva.

Eso, desde tus altos miradores
Ves tú, gentil poeta
Del ensueño de amor á los fulgores;
Eso, lo que con planta temeraria
Holló el conquistador cuando el asombro
Le hizo sentir la PAMPA solitaria;
Eso, lo que, saliendo del escombro
Que amontonó la vieja tiranía,
Hoy, á la luz del día —
Honor de la república cristiana —
Canta á la libertad solemne hosana.
Cántalo tú también con voz profunda,
Noble león del PLATA, que sonora
Tienes, en vez de garra, arpa canora.
Sacude tu melena
De inmaculado armiño, que flotante
Muestras en la alta almena
De la tarde al reflejo centellante.
No calles, bardo amante;
Y así, cuando la muerte deje rota
Entre flores y pámpanos tu lira,
Sabrá la edad remota
Como el ingenio que en la luz se inspira
En brazos del amor tranquilo expira!

Nuestra Literatura

Cuestionar sobre si tenemos Literatura es como cuestionar sobre si tenemos Gobierno, Leyes, Patria. No se puede concebir una Nación, sin su propia autonomía, sin sus propios elementos de desenvolvimiento, más ó menos poderosos.

Desde el año diez al presente, ochenta y cinco años (la vida de un hombre) el alma patria se ha espaciado, en prosa y en verso, con puro y noble vuelo, con rico caudal de luces y fecundidad de ingenio. Este precioso patrimonio, que las generaciones pasadas y presentes legan á las futuras generaciones, está esperando la pluma inteligente é inspirada que lo haga relucir al sol de la vida. Nuestro país se encuentra en los dinteles de la existencia. No puede ofrecer, pues, las incubaciones de los siglos, pero sí puede enseñar, en su infancia, las palpitaciones del gigante, que revestirá, en su crecimiento, dimensiones colosales.

La espontánea y nacional apoteosis al vate olímpico prueba que tenemos la fe de Jesús para trasladar las montañas y la intuición de nuestro áureo vellocino. — ¡Adelante, pues, generaciones nuevas y á la obra, *sin dar paz á la espuela!*

Federico Tobal.





Procumbit domus ...

En la gruta de Venus predilecta
resuenan del laúd vagas canciones
y en tenebroso maridaje inmenso
mézclanse los humanos con los dioses.

La bacanal triunfante se arrebató
con furias de Centauro y alma de hombre
y su clamor confuso, turbulento,
en sorda tempestad llega hasta Jove.

El crimen ha ensanchado sus conquistas;
nadie resiste los tremendos golpes,
vacila la razón y el mundo cede
á la avalancha enorme....

Dichosos los que duermen en las cimas
y dominando la extendida zona
piensan por todos, mientras todos ríen,
lloran por todos, cuando todos lloran....

Dichosos los que en medio á los festines
y la espantable corrupción de Roma,
evitan el tumulto, huyen la orgía
y como planta virginal retoñan.

Ellos son los que sienten la justicia,
los que adoran á Dios, son los que flotan...
Para ellos el laurel alejandrino,
para ellos la corona...!

Manuel B. Ugarte.



ADHESIÓN URUGUAYA

Buenos Aires, Abril 19 de 1895.

A la Comisión encargada de realizar una demostración de simpatía al poeta Carlos Guido y Spano:

Conmemorando en el día de la fecha uno de los acontecimientos más trascendentales que se registran en la historia política de la República Oriental del Uruguay, no hemos podido menos que recordar al insigne poeta Carlos Guido y Spano, cuyas afecciones por nuestro país jamás ha despreciado la oportunidad de expresarlas de viva voz ó en la forma conceptuosa con que sabe burilar el pensamiento, dándole vida y acción en estrofas sublimes, á las que recurrimos más de una vez para confortar nuestro espíritu en las horas de tribulación y de hastío.

Hoy que se trata de resolver la mejor forma en que ha de honrarse á tan digno ciudadano, para quien las pompas humanas son desconocidas en su modesto y solariego retiro, los que suscriben tienen el honor de dirigirse á esa comisión á fin de significarle que adhieren sin reservas á la idea precedentemente apuntada, poniendo al servicio de tan elevado propósito todo el esfuerzo de su buena voluntad.

Con este motivo, nos es grato saludar á esa H. Comisión, ofreciéndole el testimonio de nuestra mejor consideración y aprecio.

Juan Coustau, Jacobo Z. Berra, Juan Angel Golfarini, Carlos M. Morales, Dario Brito del Pino, Leandro Gómez, Julio Arrié, Juan A. Furtado, Eustaquio Tomé, Agustín de Vedia, Ambrosio N. Solari, Francisco I. de Arteaga, J. Requena y García, Ramón Artagaveytia, Guillermo Melián Lafinur, Juan C. Lenguas, Angel Ordoñana, Aurelio Berro, Manuel Acevedo, Pablo S. Sivori, José Antonio Berra, Eduardo Fariña, D. Lamas, Adolfo Acevedo, Ramón García, Aparicio Sierra, Cornelio Alfonso, M. Chaveguren, Pedro Cedrés, Gustavo Mandel, Florentino Ortega, Eusebio Giménez, Jacinto Susviela, Ricardo M. Haedo, Pedro Palacios, Carlos Rodríguez Larreta, Héctor García Vargas, Enrique Fyuu, Alfredo de Arteaga, Emilio Rodríguez, Alberto Ibarra, F. Baceda, Joaquín V. Castro, R. C. Massey, Francisco González Arrascaeta, Gilberto Lerena, Orlando Rivero, Eduardo F. Erausquin, Juan M. de Vedia, Laurentino Sienra Carranza, Juan Pedro Bermúdez, Francisco I. Oribe, S. Criado Pérez, P. Raviolo, J. Murguiondo, Juan J. Britos, Domingo Errecart, J. Etchechury, Horacio Areco, Enrique Schlieper, Carlos Maderna, Juan B. Cornot, F. Harispurn, E. Calatayud, J. Morrison, Luis J. Vincent, Carlos R. Nalé, E. Avenillas, Federico Dumas, V. Muñoz y Maines, Juan Errecart, Pedro Errecart, B. E. Curbelo, Carlos Percovich, Fernando Rogge, G. I. Curbelo, Victor Percovich, Lucio J. Rodríguez, Juan J. Erausquin, Aureliano Rolón, Doroteo Vélez, Leopoldo Scotti, E. Martínez Alonso, Rafael Rivero, Carlos Roxlo, Alfredo Rivera, Fernando Maldonado, Teófilo E. Lamolle, Benjamin Maldonado y Villademoros.





El Voto del Poeta

—No; no ambiciono de la gloria vana
Ni el lauro ni el dolor. Yo sólo aspiro
A vivir en la sombra, en un retiro
Donde no alcance la maldad humana.
Las ilusiones de la edad temprana
Huyeron para siempre, y cuando miro
Volar los años, por vivir suspiro
Hoy como ayer, y como ayer mañana.

Es mi anhelo la paz de mi conciencia,
El amor de los que amo; que Dios guarde
A mis seres queridos, y, clemente,
Deje correr sin luchas mi existencia
Para morir, al declinar la tarde,
Con un rayo de luz sobre la frente.

Luis V. Varela.



POR ÉL Y PARA ÉL

Despreciando, lógicamente, la hipótesis del Barón d'Holbach, pienso que Jesús, en su excelsa justicia, perdonó á Magdalena, no por lo mucho que había amado, no por la presunción de que todos pecarían, sino porque descubría en su arrepentimiento un resto de virtud, — génesis posible de regeneración futura.

Tal el precepto evangélico más hermoso: descubrir la virtud para alentarla, para aplaudirla, — surja de donde surja; sea quien fuere su poseedor; cultívela el grande ó germine en el débil.

Pero hay un fondo maldito de egoísmo en todas las conciencias y es poco menos que virtud la de reconocerla en otros, — aun cuando ello, por lo mismo, importe un mérito.

Mas ¿quién puede reclamarlo en la apoteosis á Carlos Guido?

Su vida ejemplar, su nobilísimo espíritu intachable, tenían que imponerse y que vencer, — y hoy le batimos dianas!

Como el triunfo, el mérito le corresponde á él sólo, — que, porque ha compartido los dolores ajenos y el propio pan, está viejo y pobre!

..... « *Pero forma su pobreza* »
« *La página más grande de su historia!* »

Enrique de ~~Meda~~ ~~V.~~



ALAS

— Poeta ¿dónde quieres vivir? ¿A la orilla de qué río, entre qué montañas, en qué selva? ¿Ambicionas el dominio de la pampa? ¿Deseas un rincón obscuro ó una cumbre esplendorosa? ¿Qué clima prefieres, qué cantos, qué perfumes? ¿Amas el silencio de la campaña, el naciente rumor del suburbio ó los estrépitos de la ciudad? ¿Te agradaría una choza, una vieja y amplísima casa, un primor de la arquitectura moderna ó una severa y colosal armadura de acero sobre la gran avenida? Elige, que tuyo será lo mismo que el nido, el palacio, lo mismo que la costa del océano el corazón de los Andes, lo mismo que el bosque impenetrable la desierta extensión...

— ¡No te afanes, no te aflijas!... ¿Sabes dónde quiero vivir?... ¡Bajo el cielo de mi patria, en el alma de mi pueblo, sobre mi tierra argentina!... ¡Así, en cualquier parte!... ¿Ó no tengo alas para llegar á todas las alturas, cruzar rozando todos los llanos, posarme en todas las riberas, salvar todos los montes, aspirar todas las fragancias, escuchar todos los trinos, penetrar todos los hogares, sentir todas las tristezas de la soledad y embriagarme con todos los refinamientos de la civilización?...

Mariano de Vedia.





LA PROPIA APOTEOSIS

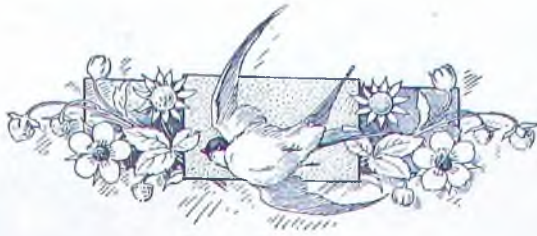
La Argentina, al honrar á Guido y Spano, hace su propia apoteosis.

¡Justiciera y muy expresiva frase que, del Album venezolano dedicado á Bello, en Noviembre de 1881, me animo hoy á engarzar, á manera de hermosísima perla, en la corona de gloria que luego adornará las sienes del gran poeta nacional, Carlos Guido y Spano!

Albricias al pueblo de San Martín y Belgrano.

Pro. E. Millanova Sanz.





Julieta y Romeo

(ELLA á ÉL)



BRÁZAME á morir! ¡Dentro mi pecho
Vida y alma derrama;
Dáme tu eternidad y toma en cambio
Mi primer beso y mi primera lágrima!

—
Tu sér dentro mi sér quede fundido
Cual se funden dos llamas,
Y así para los dos, unidos siempre,
Tengamos sólo una alma.

Juan Cruz Varela.



EL HOMENAJE



Lo primero que celebran los pueblos; los hechos que mayor prestigio adquieren á sus ojos, son, sin duda, las glorias de la espada victoriosa. Basta para inspirar ese culto la pasión instintiva que se despierta en el alma de las razas oprimidas. — Más difícil es rendir tributo á los triunfos literarios, y discernir coronas á los que han consagrado la mejor parte de su vida al cultivo de las letras, al amor de lo bello, al arte y á la poesía, sirviéndose de esas formas para elevar la mente y el corazón de una generación, trazándole nobilísimos ideales, retemplando la virtud y fulminando los vicios que nos degradan. Es que este último homenaje parece corresponder también á un período más avanzado de la civilización. Algo más que un sentimiento instintivo reclama. Para honrar al eximio poeta y al modesto y austero ciudadano, se requiere el espíritu y la conciencia de un pueblo culto y adelantado.

Agustín de Meda.





EL POETA

(En honor del ilustre poeta Guido y Spano)

I

¡Ay, dejando en las sendas los mejores
sueños de juventud de que blasona,
los años á los años eslabona
tras esa luz de eternos resplandores!

¡Feliz, cuando á los últimos fulgores
del moribundo sol que le abandona,
ciñese al cabo la inmortal corona
tejida de laureles y dolores!

Es el poeta; extraño peregrino
de un desierto sin fin, abandonado
en las sendas oscuras del destino.

Grande ó pequeño, ilustre ú olvidado,
deja su corazón en el camino
Sin llegar nunca al ideal soñado.

II


¡Venid, poetas, y ensayad sentida
canción de honor que dure en la memoria,—
y en un libro grabad la ejecutoria
de este anciano de frente esclarecida!

Le dió el dolor su palma entristecida
y su beso de amor le dió la gloria,
¿qué apoteosis mejor para su historia,
si veis sus obras y sabéis su vida?

¡Ciña, pues, su corona! Colocada
sobre la nieve pura de su busto,
quede ya para siempre consagrada.

Y al par más bella en su semblante augusto
brille la luz de su existencia honrada,
su corona inmortal de varón justo.

Segundo I. Millafanc.



La Tradición Nacional

*Santos Vega cruza el llano
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.*

• R. OBLIGADO.

I

En esas noches calladas
De celestial hermosura,
En que ostenta la llanura
Sus praderas encantadas, --
Las fantasías aladas
Van en giro soberano
Hasta el rancho del paisano
Y les parece notar
Que, del día al despertar,
Santos Vega cruza el llano.

II

Se agolpan á la memoria
Los recuerdos del pasado, --
Vuelve el tiempo venerado
En que ser gaucho era gloria;
Y los días de victoria
Que dió á la Patria primero;
Y entre ese hermoso hervidero
De galardón y de encantos,
Parece que surge Santos
Alta el ala del sombrero.

III

Allí el poeta se extasía,
A impulso de un vano anhelo,
Y como canto del cielo
Brotó lleno de armonía;
Y piensa en su fantasía
Que oye el eco lastimero
De un pecho noble y sincero,
Que hasta su oído resbala,
Un canto que trae el ala
Levantada del pampero.

IV

Como flores deshojadas
Por el aquilón violento,
Que lleva el helado viento
A regiones ignoradas;
Como las olas crispadas
De embravecido océano, --
Aquel ensueño galano,
Aquella aureola de gloria,
Van llevadas de la historia
Al impulso soberano.

Lomas de Zamora.

Pablo J. Vásquez,
Payador Argentino.



A LA BANDERA ARGENTINA

Pro ipsa sanguis meus.

Bandera noble y gloriosa
De esta patria esclarecida;
Tú, que diste honor y vida
A esta nación valerosa;
Tú, que flameaste orgullosa
Y con brío el más pujante,
Saliste siempre triunfante
En todo marcial terreno.
Deja que de gozo lleno
Un argentino te cante.



Pobre, muy pobre es mi lira
Para cantarle á tu gloria,
Mas trayendo á la memoria
Tus hechos, que el mundo admira,
Una alta idea me inspira
Y un más noble sentimiento
De amor que en el alma siento
Por tí, gloriosa bandera,
Que defenderé doquiera
Con patriótico ardimiento.



Tú, de la patria grandeza
Con esplendor soberano,
Has mostrado que es en vano
Querer domar la fiera;
Mientras que con fortaleza,
Al son de caja y clarín,
Del uno al otro confín,
Enseña la más gloriosa,
Te llevaba victoriosa
El heroico San Martín.



En tí mi dicha se encierra,
Y es mi anhelo, el más hermoso
Acompañarte, orgulloso,
En la paz como en la guerra.
Nada en el mundo me aterra
Ni el más grande hecho me asombra,
Si cobijado á tu sombra
Puedo servirte y amarte...
Y el que pretenda injuriarte
Servirá, quizás, de alfombra.

Tus hijos no han conocido
Jamás peligro ó temor:
Para defender tu honor,
Por todos reconocido,
Al adversario han vencido
Aunque haya sido un gigante;
Y tú, altiva y arrogante,
Llevada en potente brazo,
Desde el Plata al Chimborazo
Has recorrido triunfante.



Maipo y Chacabuco fueron
Testigos de tus blasones,
Do lucharon como leones
Los que siempre te siguieron;
Los que su vida ofrecieron
Para alcanzar la victoria
Que, dándote nueva gloria,
Tan alto te colocara,
Y para siempre te alzara
Un altar en la memoria.



En el suelo americano
Por siempre sus esplendores
Lucirán esos colores
Con que te formó Belgrano;
Y el sol brillante y ufano
Que en tu centro, sonriente,
Esparce continuamente
Sus rayos de luz divina,
A la nación argentina
Alumbrará eternamente.



Y si algún día llegase
Que, ofuscadas las pasiones
Por bastardas ambiciones,
Otra nación te injuriase,
Y de tu valor dudase,
Queriendo manchar tu gloria,
Nuestra pujanza notoria
Al mundo le mostraremos
Y con los hechos daremos
Nueva página á la Historia!

Ángel G. Willoldo.



1895, Junio 25

Acabo de leer un opúsculo sobre el socialismo. La teoría está expuesta en él con claridad y sencillez.

No me parece muy absurda en su calidad de ambición para mejorar la sociedad humana, pero creo que ésta necesita una evolución de veinte mil años, á lo menos, para adaptarse á las condiciones que hagan posible la implantación y práctica de tales doctrinas.

Como yo creo en la transmigración de las almas y Carlos Guido, mi amigo, por su adelanto y la índole de su filosofía, es un candidato admirable para representar en lo futuro el más genuino socialismo, tal vez nos encontremos en un continente recién surgido del océano: Guido metido en el cuerpo de algún músico griego, tocando la flauta, una flauta de aluminio provista por el Estado, mediante un módico alquiler, y yo convertido en un perro aburrido de la tierra nueva, nostálgico y arisco, ladrando á la luna decrepita y deslustrada, con lamentos antiguos de doscientos siglos y con tonos de tristeza inveterada; extrañando las noches serenas de los barrios del Sud, llenos de misterios tranquilos y trances de juventud inolvidables.

Ya no habrá Buenos Aires; la América estará cubierta por el mar, pero las Hojas arrojadas al Viento por el ático poeta flotarán sobre las aguas imperecederas é imborrables.

E. Wilde.



EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA EN 1871

PÁRRAFOS DE LA MEMORIA DEL PRESIDENTE DE LA
COMISIÓN POPULAR

La Comisión Popular estaba dividida en tres Cuerpos, que yo calificaría de este modo:

- 1º Zapadores de vanguardia.
- 2º Cuerpo de operaciones rápidas y activas.
- 3º Reserva.

Al primero pertenecían Carlos Guido y Spano, Tomás Armstrong, canónigo César, Bartolomé Mitre y Vedia y Enrique D'Almonte. Estos señores vivían materialmente entre los focos, no de infección sino de muerte, que habían convertido á Buenos Aires en un vasto cementerio.

En las casas de los atacados, en los inmundos *Conventillos*, en los *Lazaretos*, en todas partes donde había que visitar un enfermo y llevar un socorro, allí se veía siempre á Guido, á César, á Mitre y á Armstrong, exagerando materialmente el cumplimiento de lo que creían su deber, puesto que pasaban muchas veces horas enteras al pie del lecho de un paciente, dándole los alimentos, y atendiéndolo con ese cariño, que parece sólo pudiera inspirarnos la sangre que nos liga á otro sér ó la pasión ardiente que le profesamos. De esos que yo he calificado de *Zapadores de vanguardia*, sólo Guido y Armstrong consiguen salvar de la epidemia. La salud del primero ha mostrado ser realmente de hierro. Los que conocen los hábitos de vida de Guido, al parecer propenso á la molicie y á esa vida contemplativa, tan propia de un poeta de su fecundo genio y de su imaginación siempre galana y esmaltada, difícilmente podrían darse cuenta de una actividad más pasmosa, de un trabajo más incansable.

¡Ha estado admirable!

Héctor E. Marcla.



EDUCAR ES GOBERNAR

El censo que actualmente se levanta en el país importaría una decepción para el sentimiento argentino, si las leyes sociológicas que obran sobre las colectividades constituídas en naciones no rigiesen con la misma invariabilidad inquebrantable de las que actúan sobre la materia.

El demostrará, en efecto, que después de haber fundado nuestros padres una nacionalidad á costa de cruentos sacrificios, ayudado á constituir cuatro más, así como á sacudir el yugo de España en toda la América del Sud, estamos en caracteres sociológicos de primordial importancia, tales como el comercio, la industria, la agricultura, que son las primeras y más fecundas fuentes de la riqueza, en condiciones muy inferiores á los elementos extranjeros que en forma de aluviones han inundado casi todo el país y se han adueñado de sus partes más importantes mediante el trabajo propio ó la riqueza importada.

Mostrará también que los caracteres originales de nuestra inepta conquistadora, así como los más concordantes con las nuevas exigencias del siglo y del régimen de libertad que se adoptó en contraposición al despótico que rigiera antes, han desaparecido ó tienden á desaparecer completamente, dejando, en cambio, otros más progresivos que aquellos, quizá, pero que alejan al espíritu de la fuente gloriosa de donde surgió, circundada del Sol de Mayo, la nacionalidad Argentina.

Todo esto no importaría un peligro próximo ni remoto, si el mismo censo no fuese á demostrar también que el crecimiento aluvial de la población de nuestro país asume en algunos puntos y principalmente en la Metrópoli y demás centros importantes de donde irradian las ideas que dirigen casi todo el movimiento sociológico del país, caracteres definidos de inundación que tiende á asumir proporciones parecidas al fenómeno geológico del diluvio universal que menciona la leyenda de casi todos los pueblos, desde el preferido de Dios, el de Noé y sus descendencias según la Biblia, hasta la ignorada América, como lo demuestran las pinturas y grabados descubiertos por la ciencia y pertenecientes á los toltecas, habitantes de Méjico.

Es de suponer que esa gran masa que forma el éxodo moderno y llena las fértiles riberas de nuestros grandes ríos y se lanza ya, en alas de la locomotora, á conquistar pampas, valles y montañas mediterráneas, no se adapte á nuestros usos y costumbres y trate de imponer los suyos, no sólo en el orden privado y social, lo que podrá ser ventajoso, sino también en el político, que no puede, en realidad, según el concepto constitucional moderno, mejorarse nada más que en la práctica, porque en la teoría y en la letra nuestras instituciones son las más perfectas, es decir, las que mejor realizan, en el momento actual, el ideal filosófico para el amplio desarrollo de la entidad humana y de la entidad social, — molécula de aquel átomo, — y hasta haga peligrar la integridad nacional. Las tituladas colonias extranjeras, no serían entonces, más que el primer jalón puesto en el campo de conquistas futuras.

Delúcese de estas simples premisas la forzosa conclusión de que la fórmula de Alberdi: «poblar es gobernar», ha hecho ya su reinado, no porque el país no necesite más población extranjera — que signifique progreso moral ó material — sino porque la corriente inmigratoria está ya establecida, debido á la liberalidad de nuestras leyes, á la fecundidad y riqueza de nuestro suelo y á la generosidad de nuestros gobiernos, y que debe ser reemplazada por la que tienda á mantener, estimular y desarrollar el espíritu genuinamente nacional-americano y democrático-liberal.

La nueva fórmula que responda á este ideal no puede surgir sino de la educación, yunque en que se forja el destino de los individuos y de las nacionalidades; pero no de la educación deficiente y decorativa que nos legó la edad media y aun impera soberana entre nosotros, sino de la científica que ha pregonado la sana filosofía, realizan ya algunos países, y que, según Isaurat, historiador de la Pedagogía «organice la instrucción integral, la escuela con talleres agrícolas é industriales, sin Dios, quizá, pero no sin pan; en la que el niño y el joven encuentran la preparación más completa y más elevada para llenar todas las funciones sociales; la escuela en fin, que forme realmente el hombre y el ciudadano.»

J. B. Zubiaur.

Concepción del Uruguay.



Consejo Nacional de Educación

Buenos Aires, Agosto 13 de 1894.

Al señor Carlos Guido y Spano.

Mi muy querido amigo:

Anoche recibí su amabilísima carta de ayer, que hoy contesto desde el lecho del dolor, donde me encuentro desde hace algunos días, vencido por un fuerte resfrío. Mucho siento no haber estado en la casa del Consejo cuando fué Vd. á hacerme su visita de despedida, en el campo mismo de nuestras respectivas tareas, en las que hemos actuado juntos durante cerca de tres lustros, como Vd. bien lo dice. Reclámole, sin embargo, esa visita, que será á Vd. mismo agradable, pues Vd. está seguramente persuadido de que en el Consejo su personalidad es altamente simpática, querida y dignamente apreciada, tanto por el humilde portero, como por el presidente del Consejo: será Vd., pues, siempre bien venido.

Y no podía ser de otro modo tratándose de una personalidad tan distinguida como la suya, que une á las altas dotes, que hacen de usted el más encumbrado representante de las letras argentinas, como nuestro primer poeta clásico, las altas cualidades de un apreciable caballero, siempre distinguidísimo, siempre ameno, siempre bondadoso y siempre levantado.

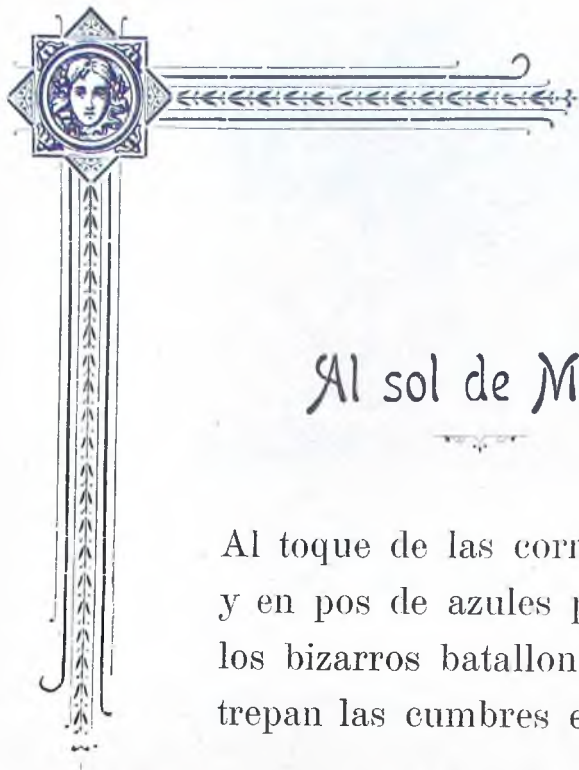
Al Consejo llevó Vd. el contingente poderosísimo de todas estas dotes inapreciables, y en sus deliberaciones fué Vd. el Nestor por la prudencia y sabiduría de sus opiniones, que facilitaron con frecuencia la acertada resolución de las más difíciles cuestiones que se suscitaron, por arduas que fuesen, y contribuyeron á mantener las discusiones dentro de los límites prescritos por una delicada cortesía, por más que á veces los pareceres fueran abiertamente opuestos.

Mucho agradezco y aprecio sus favorables conceptos, francamente expuestos por Vd. en su carta, y los reputo honrosísimos para mí; pues, por propia experiencia, sé que, si Vd. no los siente, seguramente no los dice; gracias, pues.

El personal docente, que en todo momento fué la constante preocupación de su espíritu y al cual prestó Vd. su valiosa protección, ha de acompañarme á mirar con pena su separación del Consejo y tendrá, como yo, un lugar preferido en la escuela para recibir al viejo consejal y un sitio reservado en el hogar para el querido é inolvidable amigo.

B. Zorrilla.





Al sol de Mayo

Al toque de las cornetas
y en pos de azules pendones,
los bizarros batallones
trepan las cumbres escuetas.

¡Qué de emociones secretas
agitan los corazones!
¡Ruedan sordos los cañones
y tiemblan las bayonetas!

Costeando despeñaderos
van los bravos granaderos
con rumbo al otro confín.

Sobre el Ande el sol naciente...
Lo contempla fijamente
San Martín.

A. de Zuviria.





L'OMBRE AUX TABLEAUX

À l' Illustre poète argentin Carlos Guido y Spano.

O mme pour faire un monde il faut un peu de tout,
V insi, sur un album d'écrivains de bon goût,
R rien ne rehausse mieux les grands sujets que l'ombre.
T 'appel s'adresse à ceux qui l'aiment. De ce nombre,
O serai-je, argentins, d'une timide voix,
S olliciter l'honneur d'en servir aux tournois
D racieux qu'on dédie au Maître en harmonie,
U niversellement acclamé « beau génie »,
I llustre Barde aimé du grand peuple argentin !
D ans notre adversité, pleurant notre Destin,
O n le vit, en tous lieux, en nos jours de souffrance,
A faire ressortir son amour à la France,
S a voix, son cœur, son âme, en chants mélodieux
D roclamaient que jamais nos tyrans odieux,
V yant pour alliés la Discorde et l'Envie,
N 'atteindront à leur but : Voir la France asservie,
O r, Français, à Guido, bonheur et longue vie !

Joseph Zimmermann.

